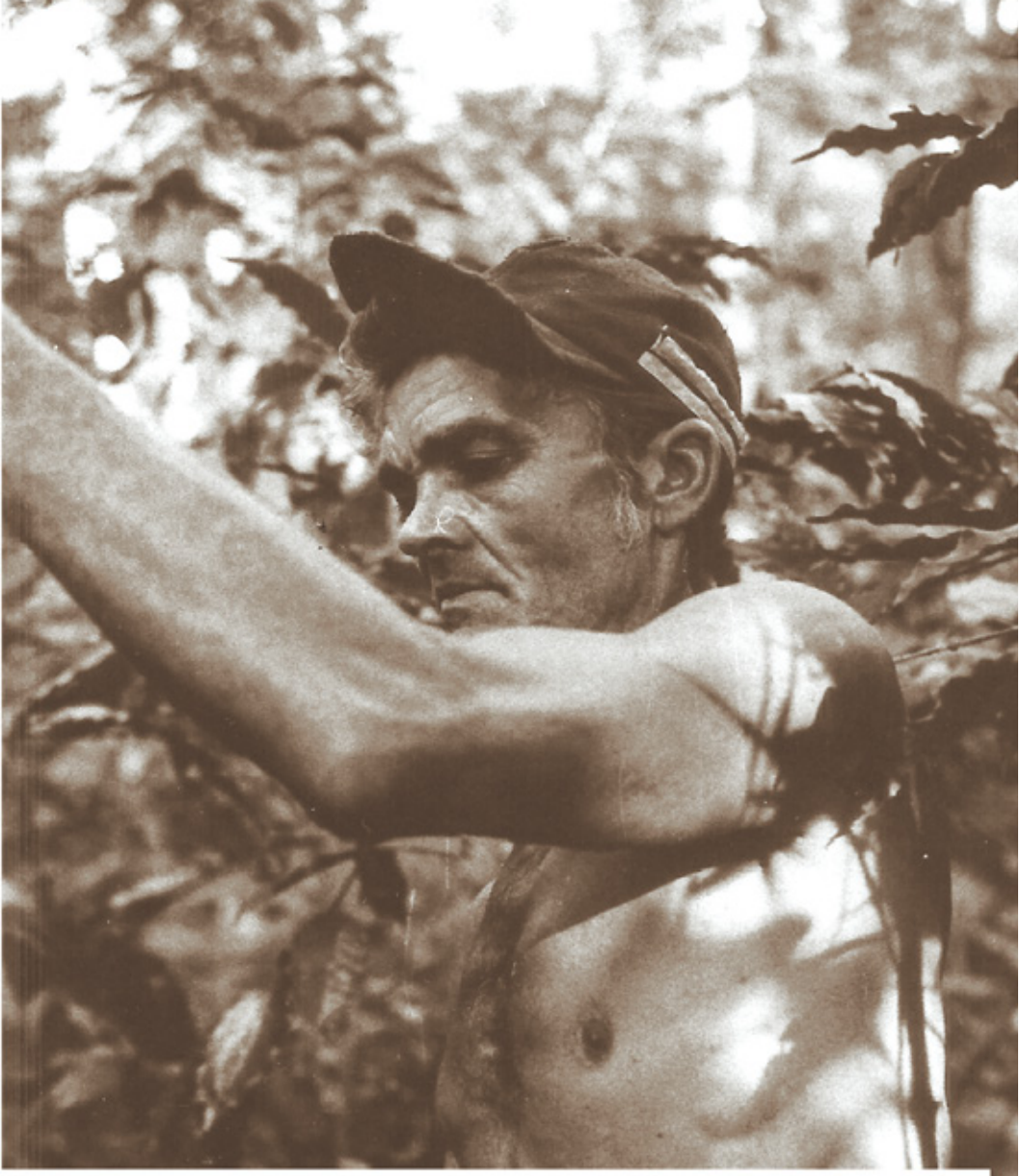


Ariel Jiménez

Cercana lejanía

Colección **CIUDAD VIVIDA**

ARCHIVO
FOTOGRAFÍA
URBANA

Un viaje de trabajo a Cuba, en mayo de 1989, se transforma en una experiencia personal y autobiográfica cuando el autor –venezolano de origen cubano– se enfrenta a la vez al presente revolucionario de ambos países y al pasado de sus padres; un pasado que ilumina, en un constante chisporroteo de ideas, su infancia y su presente de caraqueño comprometido con las libertades democráticas.

Colección **CIUDAD VIVIDA**

Cercana lejanía

© Archivo Fotografía Urbana
Autor: Ariel Jiménez
Edición: Carlos Sandoval
Diseño de colección: Lucas García

Impreso en España – Printed in Spain
ISBN: 978-84-122665-4-2

Archivo Fotografía Urbana
Caracas, Venezuela
Presidenta /
Diana López
Junta Directiva /
Herman Sifontes Tovar
Jaime Abello Banfi
Horacio Fernández
Tulio Hernández
Óscar Lucien
Luis Pérez-Oramas
Director curador /
Vasco Szinetar
Coordinadora del Fondo Visual /
Lucía Jiménez
www.fotourbana.org

Ariel Jiménez

Cercana lejanía

ARCHIVO
FOTOGRAFÍA
URBANA

El seminario se perdía en intervenciones huecas. La acostumbrada seguidilla de proyectos utópicos, de sueños sin fundamento, dejaba arrinconadas las pocas experiencias concretas. Yo escuchaba distraído, huyendo de la interminable guirnalda de palabras que se deshacían en lo oscuro. Nada me interesaba en verdad. Había aceptado aquel viaje con el objetivo exclusivo de enfrentarme con el pasado de mis padres, para mí lejano, cuya existencia fue siempre un misterio, un mito infantil de personajes sin cuerpo, sin vísceras ni espalda, a menudo sin piernas, para siempre apresados en la epidermis brillante de las fotografías que guardaba la familia. Cuba, la tierra de los viejos, pasado íntimo sin arraigo en las cosas, sin un aquí tangible, sin espacio ni tiempo.

Ese día, segundo del seminario, decidí averiguar la manera de tomar el primer avión disponible para

Guantánamo. El papelito plegado en el que mi madre había escrito las direcciones de su familia –en su letra tambaleante y trabajada de analfabeta– pesaba en mis bolsillos. Allí esperaba, como un organismo vivo, como un animal apresado entre la tela. Eran las mismas coordenadas de treinta años atrás, cuando salió de Cuba por primera vez y para siempre. Desde entonces tuvo muy pocos contactos con ellos y ya no sabía si habían muerto o seguían vivos, mucho menos si habitaban aún el mismo lugar. Sus vidas se borraban para ella como los recuerdos de la infancia, como los sueños.

La posibilidad real de encontrarme con los personajes que habitaban esa familia de fantasmas me importaba tanto como el hecho mismo de ir hasta allá; conocer ese paisaje, ese punto del planeta donde mi historia familiar echaba raíces. Quería llegar hasta el caserío donde mis padres vivieron su infancia, recorrer sus calles, estar frente a la casa que fue suya –si aún existía– y entregarme a la eventual experiencia de detectar en un rostro ajeno la huella biológica de una familia: la comisura de los labios característica de mi madre, la entrada pronunciada en los cabellos de mi padre, el tono de su piel, el color de sus ojos. Un hombre, una mujer, seguramente mayor, que compartiría conmigo un pasado que yo ignoraba pero que, en parte, o en gran medida, explicaría lo que soy. O quizás constatar la realidad de una familia sin existencia concreta, restringida a la memoria de mis padres y a lo poco que pude conocer de ella por algunos relatos aislados, frases y gestos solitarios que poco a poco fueron entretejiéndose en la intimidad de la memoria. Me bastaba, incluso, con ver el paisaje que un día recorrieron ignorando que lo dejaban varado en ese allá de su infancia, como un barco encallado entre corales lejanos.

Debían ser las diez de la mañana y en las zonas de la ciudad que el sol no alcanzaba todavía, el aire conservaba el fresco de las madrugadas. Aproveché la pausa que siguió a la primera conferencia y me acerqué a uno de los cubanos que me asistía. Lo hice para preguntarle cómo llegar a Guantánamo. Mis padres son cubanos, le expliqué, y nunca he conocido al resto de la familia. Sin mayores preguntas, como si no le interesara, aunque amable, me indicó un lugar a pocas cuadras de distancia donde podría adquirir el boleto aéreo. Tan pronto como estuve solo me dirigí a la agencia que me había indicado, decidido a enfrentar, de una vez por todas, el verdadero objetivo de mi viaje.

Poco antes de llegar una fila interminable de hombres y mujeres mal vestidos delató la ubicación de la agencia. Esperaban en la puerta, ordenados al lado de la entrada, en la ligera pendiente de la calle. Algunos conversaban como viejos amigos, o esperaban tranquilos, la mirada distraída, siguiendo por momentos a la mujer que atravesaba la calle, o leían el periódico. Sobre la puerta vieja, de vidrio y metal, había decenas de anuncios escritos a mano; unos minúsculos, otros medianos, en los más diversos papeles y retazos de cartón. En uno de ellos, el de mayor tamaño, situado a la altura de los ojos y en pleno centro de una de las hojas de vidrio, pude leer: «No hay boletos para Guantánamo».

Creo recordar que a uno de los clientes le recomendaban volver la semana entrante, es decir, cuando yo ya no estaría en La Habana. No tendría tiempo de ir, todo había terminado. Por tierra, en carro o en bus necesitaría doce o catorce horas para llegar al extremo sur este de la isla; otras tantas para regresar. Era imposible. Mi desconcierto debió ser tan evidente que uno de los hombres apostados a

la entrada, entre los primeros de la cola, se acercó para decirme:

–Entra, que para ti sí hay boletos.

Me sorprendió lo espontáneo de su comentario y en un primer momento no supe cómo ni qué responderle. Vestía camisa de cuadros en varios tonos de marrón y de un rojo desvaído. Los faldones por fuera del pantalón caqui. Zapatos negros de suela gruesa.

–No, no hay –respondí– con un ligero tono de duda. Quería ir a Guantánamo, pero aquí dice que no hay boletos hasta la semana próxima, y yo me voy el sábado.

–Entra –repitió, con voz pausada–, para los turistas siempre hay boletos. Me dio la espalda y retomó su lugar.

Miré de nuevo la larga cola de personas que esperaba su turno. Por un instante pensé regresar al hotel, olvidarme de Guantánamo y de las haciendas de mis padres, los tíos y tías que imaginaba; los caballos, los cafetales, las palmeras que me habitaban. Pero el hombre que se me había acercado hizo de nuevo un gesto con la cabeza indicándome que entrara. Me acerqué a la puerta buscando la complicidad de su mirada, como pidiéndole permiso, mientras atisbaba la reacción de los que esperaban cerca. No parecía importarles. Finalmente, decidí entrar.

Era un local estrecho y oscuro que ocupaba el ángulo entre dos vías: una que bajaba hacia la costa, otra paralela al mar. La entrada daba hacia la calle que, en una pendiente suave, conducía al Malecón. Del lado derecho, hacia la otra calle, dos ventanas medio obstruidas por letreros y afiches de propaganda turística dejaban entrar algo de luz. Tras una serie de escritorios viejos, no sé si grises o de un azul desvaído por los años, había tres

funcionarios: en el primer escritorio de la izquierda, una mujer; tras los otros dos, a la derecha, un par de hombres de pie conversaban con ella. Mi presencia no pareció perturbarlos y, por un tiempo que no sabría precisar, no me atreví a interrumpirlos. Una planta trepadora de un verde oscuro y de hojas cortas, sostenida por un tutor de madera, cubría parte de la columna que dividía el área administrativa del espacio reservado al público. Tres sillas de metal, una para cada escritorio, habían sido dispuestas para los clientes. Hacia el fondo, detrás de los dos hombres, de la planta y la columna, el resto de la oficina se perdía entre las sombras. Más allá parecía haber otra oficina. Me dirigí a la mujer cuyos movimientos y gestos le daban una apariencia más amable. Pregunté si podía viajar a Guantánamo. Hice la pregunta como si no hubiera leído el anuncio en la entrada. Expliqué que había venido a Cuba por pocos días y que deseaba conocer el oriente del país antes de marcharme.

–Siéntese –dijo–. El avión sale mañana a las nueve de la mañana. ¿Cuándo quiere regresar?

Era martes, el seminario concluía el viernes, el regreso a Caracas estaba pautado para el sábado, de manera que no había muchas opciones, en particular si quería asistir al cierre del seminario.

–Si es posible me gustaría regresar el jueves, a finales de la tarde o temprano por la noche.

–Hay un vuelo de regreso para el jueves a las seis de la tarde, ¿le sirve?

–Perfecto.

Preguntó mi nombre y apellido. Tomó un talonario preimpreso y lo completó con los datos necesarios. No recuerdo el costo del boleto, pero sí que su precio me pareció ridículo. Tampoco olvidé el curioso sentimiento de asombro ante el cupón relleno a mano en las líneas que indicaban el nombre del pa-

Pronto nos internamos en la penumbra de un bosque fresco y claro.
Grandes árboles, entonces frondosos, habían sido sembrados a intervalos regulares…
su follaje aseguraba una sombra clara filtrando el sol para los cafetales.

sajero, el día, el número y la hora del vuelo, como si en mi imaginario nutrido por una historia de cubanos exiliados, los boletos de una compañía aérea socialista tuvieran que ser diferentes. No sabía en realidad qué característica distintiva esperaba encontrar; quizás algún signo como la hoz y el martillo o una propaganda con la cara de Fidel y una de sus frases más conocidas. No sé, lo cierto es que me asombró su insignificancia. En todo caso, fuera de cierta pobreza en el papel y de la anticuada composición tipográfica, no encontré nada que pudiera delatar ese algo extraño que esperaba. Apenas lo tuve en mis manos, los tres funcionarios retomaron su conversación, indiferentes no solo a mí, sino a todas las personas que esperaban afuera. Me sorprendió que nadie entrara después de mí. ¿Qué estarían esperando?

Salí de la agencia cabizbajo, simulando leer el papel impreso para no cruzar la mirada con los que esperaban a la entrada, para eludir sus posibles reproches y mi vergüenza. Me avergonzaba haber comprado pasaje sin hacer la inmensa cola que no parecía moverse nunca. Para los cubanos que esperaban en la calle, era sin duda común que los turistas tuvieran privilegios negados a la mayoría de ellos. Para mí resultaba ofensivo, casi insoportable. Imaginaba sus miradas como decenas de líneas que confluían sobre mí, escudriñando con rabia mis gestos, mis zapatos, mi pantalón, mi camisa; y mi cámara fotográfica. Todavía vibraba en mi memoria la imagen del letrero donde podía leerse: «No hay boletos para Guantánamo».

Me alejé tan rápido como pude por las calles grises de La Habana, huyendo de los reproches que imaginaba, de la tristeza o la rabia que hubiera sentido yo de haber estado en su lugar. No logro recordar si

tomé la guaga o si regresé a pie hasta el Habana Libre donde me hospedaba y donde tenía lugar el seminario de ALADI. Con el tiempo, los recuerdos se mezclan, se desplazan o se funden entre ellos según las leyes secretas del inconsciente; la ciudad misma, que recorrimos palmo a palmo, se va reduciendo a una serie de imágenes desconectadas, de contrastes significativos: la esquina de un parque donde un grupo de hombres discutía –con agitación caribeña– a la sombra de los árboles, las librerías y tiendas de las áreas turísticas con aquella sorprendente variedad de discos en vinil y libros fantásticos: clásicos de la literatura y la filosofía, grandes compositores y conciertos a precios increíbles, lo que me pareció entonces un acierto evidente de esa voluntad educativa que, decían, caracterizaba a la Revolución cubana. También la entrada oscura y destartalada de los edificios, con una multitud de cables eléctricos que subían de la planta baja hacia los pisos superiores –que me hicieron recordar los árboles de raíces serpentinas entre las ruinas de Angkor– aferrándose a los muros, penetrando por ventanas y puertas con la fluidez de los reptiles. El llamado directo y a la vez sigiloso de las prostitutas en la calle ofreciéndome sexo por dólares. La belleza de aquella plaza en el viejo centro histórico de La Habana, con la perfecta armonía de sus proporciones y los troncos nudosos y grises de sus árboles centenarios.

Tan pronto como regresé al hotel me integré con discreción al seminario. La última ponencia de la mañana había comenzado y una ligera penumbra lo cubría todo. Tras la sesión de preguntas y respuestas fui hasta la mesa donde se servían jugos y café, situada en un pasillo largo a la entrada del gran salón de conferencias. Allí estaba el anfitrión cubano que

me había indicado cómo llegar a la agencia de viajes. Hablaba con una pareja de invitados en medio de pequeños grupos. Por sus acentos podía distinguir la procedencia de los asistentes: los de Argentina y México discutían con brasileños, peruanos y haitianos. Algunos angloparlantes, que supuse de Trinidad o de otras ex colonias inglesas del Caribe, conversaban entre ellos. Me acerqué con discreción al grupo del cubano, quería agradecerle la información que me había permitido obtener el boleto. Al verme detuvo la conversación que sostenía y se acercó hasta mí. La pequeña delegación de Venezuela, reducida a mi sola presencia, parecía interesarle de manera particular.

–¿Qué tal? ¿Cómo te fue en la agencia?

–Bien, bien, conseguí mi boleto sin problemas, muchas gracias por tu ayuda. Mañana temprano salgo para Guantánamo.

–Me alegro –dijo–, yo tampoco me perdería una ocasión como ésta.

No quise comentarle la desagradable experiencia de la agencia, lo humillante que ese tipo de situaciones resultaba para alguien acostumbrado a sociedades donde el cliente, sea quien sea, tiene derechos y puede reclamarlos. No sabía cómo podría reaccionar, si mi comentario despertaría en él ese sentimiento de solidaridad que surge entre los que se sienten víctimas de un mismo agravio o si, por el contrario, encendería las alarmas defensivas de un sincero revolucionario, de un hombre comprometido con la realidad social y política de su país pese a todas las eventuales deficiencias del sistema. Preferí callar.

–En verdad no creí que pudiera conseguirlo. Me quedo tan poco tiempo en Cuba que lo imaginé imposible. Además, siento un poco de vergüenza por mis faltas en el seminario. No quisiera perderme las

conferencias que puedan aportarme la información que necesito.

–Bueno, tú no tienes ninguna intervención, lo importante en tu caso es que hagas los contactos indispensables para montar el proyecto de ustedes en Caracas.

–Es cierto, y eso lo hice ya, al menos en parte. Trataré también de conseguir el texto de las conferencias de mayor interés.

–Yo te ayudo con eso, no te preocupes. Ver a tu familia es tan importante, sino más, que este seminario. Además, entre las cosas que nos interesan de estos encuentros está la red de amistades que pueda construirse, estrechar los lazos entre latinoamericanos. Que nos conozcamos mejor, que intercambiemos ideas, que hagamos proyectos juntos. Eso es lo central.

A pesar de su función oficial y del tono calculado de sus palabras, había sido tan amable, tan calurosa su recepción en La Habana, que no quise irme sin tener un gesto con él. Pensé invitarlo a cenar, aunque enseguida supuse que sería complicado, y que después de un día entero de trabajo lo más seguro es que quisiera estar con su familia o sus amigos, de modo que me decidí a invitarlo para el almuerzo.

–¿Qué vas a hacer ahora? ¿Tienes algo previsto para el almuerzo?

–No, no, mi trabajo es estar con ustedes y asistirlos en todo lo que necesiten.

–Sí, pero somos un grupo grande y quizás tengas tareas urgentes por resolver.

–No hombre, no, si quieres almorzamos juntos. Hay un restaurante muy bueno cerca de aquí.

–Yo invito, eso sí, por favor. Subo a la habitación, me baño y nos encontramos aquí en media hora. ¿Te parece?

–Perfecto. Así nos da tiempo de regresar para las conferencias de la tarde.

Nos instalamos en la terraza de un café-bar. Las puertas del establecimiento se abrían hacia las mesas que ocupaban el ángulo formado entre dos calles. A pesar del calor, soplaba una brisa agradable y la ligera vibración de las palmeras parecía materializar las ráfagas de viento. Desde la mesa podía ver al encargado sirviendo las cervezas, despachando los platos, dando órdenes a los mesoneros. Pregunté a mi invitado si aceptaba una cerveza.

–Claro, cómo no, si las pago yo, eso sí ¿eh? Que ya tú pagas el almuerzo. Espérame aquí, que yo voy a buscarlas.

No entendí bien por qué decidió irse sin esperar al mesonero, y prefirió acercarse al bar para ordenar las cervezas. Lo observé con detenimiento mientras se alejaba. Era un hombre joven, de piel blanca y pelo negro. Los cañones de su barba eran evidentes a pesar de estar bien rasurado, como tantos descendientes de españoles. Debía tener mi edad, con un par de años de diferencia a lo sumo. Vestía blue jeans y camisa azul de manga corta. Siempre me sorprendieron su corrección y formalidad. Nunca un gesto inadecuado y en cambio una respuesta clara para todas mis dudas. Desde mi mesa pude verlo dirigirse al encargado. Intercambió unas palabras con él. Me pareció que discutían. Al poco tiempo regresó sin las cervezas. El encargado del bar lo siguió con la mirada.

–¿Qué pasó?

–Nada, hermano, nada, que se dio cuenta de que estoy contigo y tú sabes que aquí hay control de la moneda. Es lamentable, pero no puedo invitarte. Los turistas tienen que pagar en dólares.

–¿Y entonces cómo voy a hacer con los pesos que cambié?

–No, no, si tienes pesos tú puedes pagar, lo único es que te van a pedir un recibo de cambio. Tienes que demostrar que cambiaste tus dólares en la isla.

No quise agravar su malestar y decidí buscar el recibo que, por simple azar –nunca imaginé que fueran a pedírmelo– conservaba en mi billetera.

–No te preocupes –dije–, ¡lo importante es que las cervezas estén bien frías! Voy a buscarlas y regreso enseguida.

Ordené las cervezas que el encargado se apresuró a servirme. No intercambiamos ni una palabra más de las indispensables.

–¿Tiene un recibo de cambio?

–Claro, como no, aquí lo tiene.

Pagué en pesos cubanos y regresé a la mesa. Almorzamos en medio de la brisa y el sol. Hablamos del seminario y de Cuba, de La Habana y Caracas, de mis estudios en Francia, de mi familia y la suya, jamás de la situación política.

Cuando nos dirigíamos hacia el Habana Libre fingí un leve malestar estomacal: –No es grave; ofrecí una excusa: –Comí muy rápido. Caminaré un poco. Al volver me sentiré mejor. Regresaré antes de que comience el seminario.

Quería estar solo.

–No puedo acompañarte, lo siento, tengo que regresar al hotel a ocuparme de otros asuntos. Te espero en el seminario.

–Okey, nos vemos al rato. Mientras él se dirigía a la izquierda para regresar al hotel tomé a la derecha, rumbo al Malecón. Pocas cuadras nos separaban del mar y su rumor. A pesar de tener dos días en La Habana no había tenido oportunidad de caminar por

la costa, siguiendo el sobrio paseo de cemento que bordea la ciudad por el norte. Al llegar a la orilla, tras atravesar la gran avenida del Malecón, me senté frente al mar, sobre el gran muro gris. La brisa cálida de mediodía palpaba mi rostro con el sigilo de los ciegos ante un objeto que desconocen. La curiosa nostalgia que no me dejaba nunca cargaba al aire de un sabor arcano, como si el mar que le prestaba su aroma le confiara también su memoria de siglos, la secreta multitud de seres y cosas que encontraron en él un destino. Con el olor a sal y a vida marina parecía llegarme el eco de sus voces: la de cientos, miles de hombres y mujeres que, de Europa a las Antillas, de las Antillas a Europa y ahora de las costas de Cuba a las cotas de Florida, persiguieron y persiguen sus fantasmas de progreso, libertad y esperanza.

*

A la mañana siguiente me levanté muy temprano. Todavía recuerdo el inmenso salón del Habana Libre donde servían el desayuno. Todo parecía viejo, como detenido en el tiempo. Las alfombras, de un tejido grueso, se sentían esponjosas al caminar. Los manteles y las grandes cortinas de las ventanas eran rojas, de un rojo bordeaux oscurecido por los años y sin duda ensombrecido aún más por la luz mortecina del amanecer. Poca gente ocupaba las mesas. Los invitados del seminario debían dormir. Los tempraneros estaban quizás bañándose y bajarían de un instante a otro. Decidí comer rápido para no encontrarme con ellos. No deseaba verme en la obligación de dar explicaciones, si acaso alguno preguntaba lo que hacía, tan temprano, con mi morral en la mano y sin los materiales del seminario. La perplejidad y el

temor que sentía ante la posibilidad de ir a Guantánamo, la tierra de mis padres, no me dejaba un instante. Guantánamo, ese nombre escuchado una y otra vez en la Caracas de mi infancia, junto con la evocación de las haciendas con sus cafetales floridos en medio de los bosques y sus palmas reales vibrando contra el viento. Tampoco lograba eludir la angustia, el miedo de ser detenido en algún momento, la incertidumbre de no saber si lo que hacía era permitido o si estaba a punto de emprender un viaje que las autoridades cubanas pudieran reprocharme. A su vez, lo corroboraba a cada instante, el turista –yo entonces era uno de ellos– podía sentirse protegido al detentar un estatus diferente, casi superior, al de los ciudadanos cubanos. Todas las miradas me lo decían –discretas o agresivas– a cada instante.

Al terminar el desayuno me dispuse a buscar un taxi. No quería llegar tarde, ni perder un segundo siquiera de una experiencia que vivía como algo extraordinario, como un sueño extraño. A la entrada del hotel pude tomar un pequeño taxi blanco. Parecía un Fiat, aunque con una marca diferente que entonces descubría por primera vez: LADA. El taxista era un hombre delgado y menudo, de piel blanca quemada por el sol, cuyo tono contrastaba suavemente con el blanco curtido de su guayabera. Las venas de sus manos y antebrazos se dibujaban con claridad bajo la piel brillante y seca. Un bigote delgado, que debía llevar desde los años cincuenta, bailoteaba sobre sus labios. Aunque hubiera deseado observar la ciudad en silencio, no pude evitar la conversación fácil y amena del cubano.

–¿De dónde tú vienes?

–De Venezuela.

–Alabao. ¿Y cómo están las cosas por allá, mijito?

–Bien –respondí en un tono seco, esperando que la conversación se detuviera allí–. Pero una interminable serie de preguntas y respuestas ocupó por completo la media hora que nos separaba del aeropuerto. Si por un instante callaba observando algún detalle del paisaje, un árbol, una forma cuyo nombre llegaba hondo en mi memoria, él seguía hablando y observándome por el retrovisor. La situación venezolana le ofreció un punto de partida fácil. En febrero de 1989 –estábamos en mayo– Venezuela había vivido una gigantesca rebelión popular. Un grito sordo salió de las entrañas de ese pueblo mestizo. La rabia y la humillación acumuladas brotaron por sus bocas como heridas abiertas, dictaba sus palabras, movía sus brazos. Saqueos, incendios, enfrentamientos armados contra el poder establecido, contra los ricos, contra los blancos, contra ellos mismos. Una furia irracional y autodestructiva lo estremeció todo dejando a su paso una cifra nunca revelada de víctimas, y un sabor amargo, como murmullo secreto y profundo. Lo que se produjo allí fue un quiebre en la psiquis colectiva, en la historia nacional. Todas las heridas de un pueblo sangraban abiertas, eran visibles, palpables. Ambiciones oscuras de poder y angustias generosas se pusieron en movimiento, pero en secreto, mientras la vida parecía retomar la cotidianidad de los gestos y la ligereza despreocupada de los jóvenes.

Sin embargo, pese a la intriga que representaba para él esa explosión social en Venezuela, la realidad cubana era aún más apremiante; su urgencia, mayor. La conversación se centró en la situación interna. Supe así que un taxista ganaba diez dólares por mes, sin importar lo que pudiera producir con su trabajo; lo demás era para el Estado. Supe también que era

igual para todos los demás habitantes de la isla, profesionales u obreros (incluso los limpiabotas eran empleados del Estado), salvo para la policía y los militares que ganaban veinte dólares. No obstante, a pesar de esa reguladora estructura de sueldos –¿o quizás a causa de ella?– lo que ganaban no era suficiente para cubrir las necesidades elementales de una familia: alimentación, vestido, ciertos medicamentos. Por eso, muchos cubanos buscan la manera de ganar dinero extra en su tiempo libre. Se improvisaban artesanos y confeccionan joyas de fantasía que vendían en dólares a los turistas. Era la única manera de acceder a la mercancía vendida en las tiendas especiales, reservadas para los extranjeros, a las que ningún cubano, salvo los funcionarios autorizados, podía entrar. Así, y solo así, podían adquirir leche para los niños (un litro alcanzaba el exorbitante precio de seis dólares), zapatos, blue jeans y electrodomésticos. Todos vivían, pues, en una eterna búsqueda de dólares –tanto los ciudadanos comunes como el Estado– incluso a riesgo de su libertad, pues poseerlos era ilegal. Su discurso tenía, por supuesto, un objetivo preciso: obtener del cliente la esperada propina en dólares.

–Es por eso, supongo, que el cubano que me acompaña en el seminario no pudo ofrecerme una cerveza en los bares. Tenía que pagar yo, de preferencia en dólares, o en pesos si podía probar que había cambiado mis divisas en las agencias autorizadas.

–Ni lo dudes que eso es así. ¡Y cuidao si ese amigo tuyo no es un policía, oye!

–¿Y cómo podrían saber las autoridades si el dinero es suyo o mío?

–Aquí se sabe hasta de lo que te vas a morir hermanito –dijo–, con el tono cansado de quien ha visto ya de la existencia lo mejor y lo peor. El que menos te

imaginas: tu vecino, tu amigo de toda la vida, tu propio padre, te denuncia. Aquí todos estamos buscando dólares porque los necesitamos, y el gobierno más que nadie. Ese billetico vedde de los gringos le para los pelos a Fidel, óyeme, pero no puede vivir sin ellos.

Mientras el chofer continuaba su conversación y atravesábamos una calle de enormes árboles frondosos, observé un letrero al frente de una casa azul oscuro, al borde de la calzada: Se permuta. Como de todas maneras no lograría evitar su charla y el término me intrigaba, le pregunté:

–¿Qué significan esos letreros al frente de las casas?

–¿Cuáles?

–Esos que dicen: «Se permuta».

–Bueno, que los que viven ahí quieren mudarse a otro lugar y buscan cambiarla por otra. Aquí no existe la propiedad privada; si tú quieres mudarte debes buscar una familia que quiera cambiar su casa por la tuya. Tú no puedes venderla para comprarte otra, como hacen en el capitalismo. Aquí las viviendas son del Estado, que te las presta no más. Lo único que puedes hacer es permutarla con otra. Ahora, claro, como sucede es este país, ya tú sabes, la gente se las arregla para sacarle algún provecho económico, en especial si es una construcción sólida, grande y bonita. De modo que si quieres mudarte a una casa que te gusta, tienes que pagarle al que la ocupa, callaííito eso sí, sin que nadie se entere. Eso es, como decimos aquí, ¡un secreto a gritos!

Yo lo escuchaba algo contrariado, haciendo las preguntas necesarias para no parecer descortés, pero en verdad no dejaba de escudriñar sus expresiones buscando en ellas algún reflejo de mis padres. Sus gestos, sus palabras y dichos populares cobraban para mí un curioso sabor de familiaridad, de intimidad incluso, todo eso en boca de personas que me eran distantes y extranjeras. Eran expresiones familiares que me llegaban de lejos, de lo profundo de mi memoria, en medio de una atmósfera inquietante y nueva.

Tras una media hora de conversación, llegamos al aeropuerto. Bajé del taxi entre hombres en guayabera, uno que otro soldado y el sol aplastante de La Habana que esa mañana brillaba como nunca. Ni una sola nube empañaba la transparencia cristalina del espacio. Un azul parejo y prístino cubría la extensión del cielo, cobrando un tono apenas más ligero cerca del horizonte. En el pequeño hall del aeropuerto, tras registrarme en el mostrador y mientras esperaba la hora de la salida, me detuve a leer la propaganda del gobierno en textos enmarcados con fotos viejas y desvaídas. En el muro opuesto a los grandes ventanales que separan al público de la pista había un mural con textos y fotografías en blanco y negro. En general, exaltaban los logros agrícolas del gobierno y ofrecían cifras que comparaban la producción en tiempos de Batista con los logros de la Revolución. Para darle a lo que se afirmaba un carácter histórico, que esperaban irrefutable y objetivo, se reproducían viejos recortes de prensa y una que otra frase de Fidel. El contraste con la realidad cotidiana, tan desaliñada y pobre, daba a esos textos de propaganda política un marcado carácter de ficción. Era como estar ante los restos de un inmenso mapa ficticio que, a escala 1:1, se esparcían por el mundo como en un relato borgeano.

Por fin llegó la hora del embarque. Me invadió de nuevo el temor de que pudieran detenerme. Tras los grandes ventanales que me separaban de la pista y del avión, podía observar a un militar armado y a los responsables del vuelo. Unas diez personas aguardaban

todavía delante de mí, entregando uno a uno sus tarjetas de embarque.

Es ridículo, me decía, intentando calmarme. Si pude comprar el boleto, si al registrarme me trataron con amabilidad y respeto, ¿por qué me detendrían ahora? De ser algo irregular hace rato me lo hubieran hecho saber, incluso en la misma agencia. Pero todos los argumentos que imaginaba eran inútiles para sosegar mis temores, la tensión aumentaba a medida que se acercaba mi turno. ¿Me interrogarían? ¿Podría decirles la verdad? ¿Y si me preguntan a qué iba? ¿Podría decir, simplemente, que deseaba conocer a mi familia? Cuando llegó mi turno, la joven encargada de recoger las tarjetas de embarque me recibió con una sonrisa discreta deseándome feliz viaje. Nada delataba ese mundo de represión del que tanto, y tantas veces, me habían hablado.

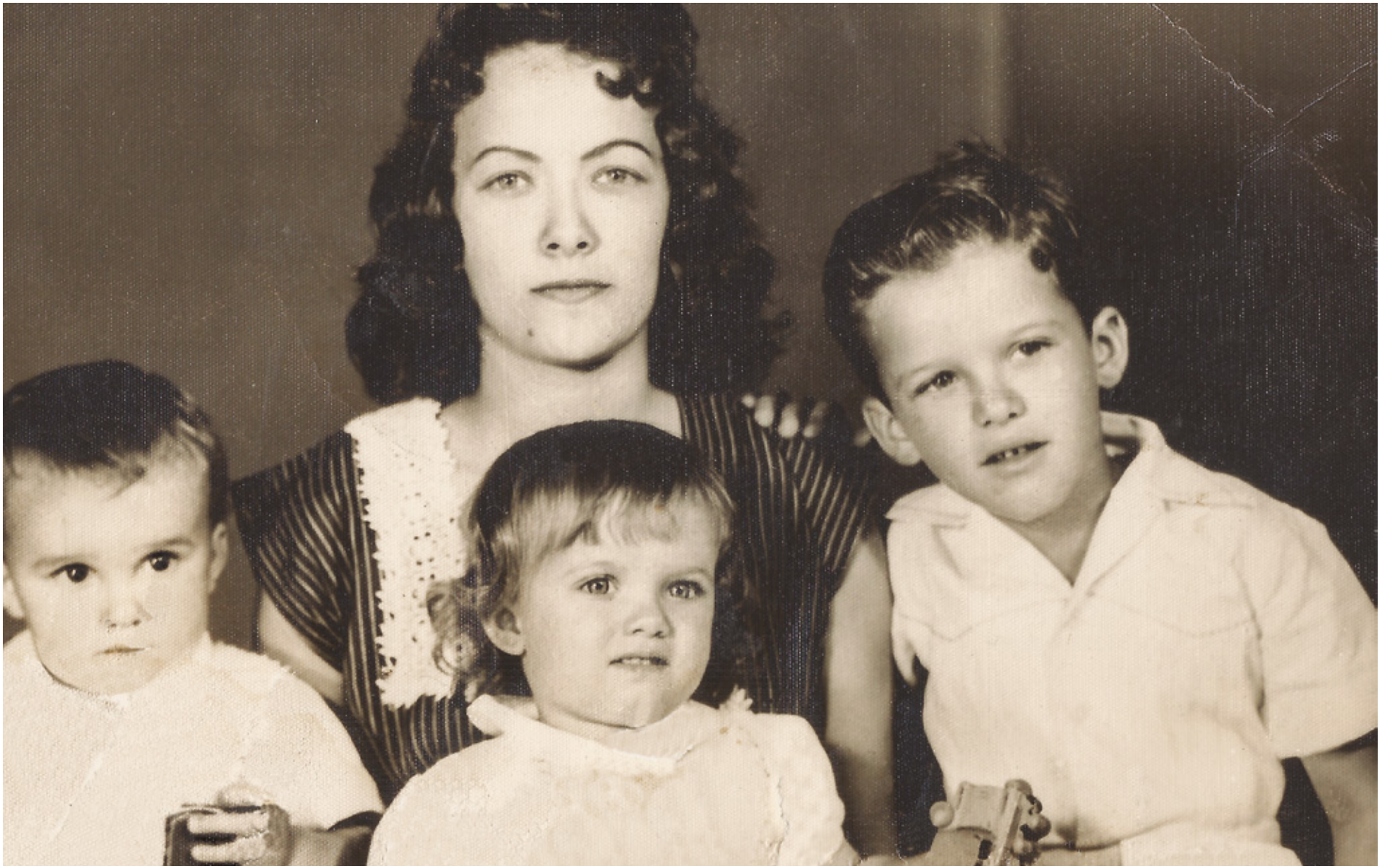
Subí a un avión de hélices con capacidad para unas cincuenta personas. Tuve la impresión de estar abordando uno de esos aparatos ruidosos que iban y venían por los aeropuertos de mi infancia, cuando bajábamos al viejo terminal aéreo de Maiquetía a recibir o despedir a alguien. Imaginaba estar en un aparato de fabricación soviética; observaba cada detalle buscando diferencias, aquello que pudiera delatar al otro: alguna inscripción en ruso, algún dispositivo desconocido o inhabitual en los aviones americanos o europeos que conocía, algún detalle técnico anticuado. Pero solo sentía el peso del tiempo en los materiales ya viejos, en los colores que parecían apagarse sobre la tela de los asientos y en el acento cercano –y a la vez exótico– del cubano.

Recuerdo poco del viaje, tan solo que me parecía estar volando sobre las zonas costeras de Venezuela.

El mismo verde intenso de los bosques en su contraste con el azul-verde del mar y las líneas blanquísimas de las olas rompiendo sobre la costa. A los pocos minutos, ya estabilizado el avión, sirvieron algo de tomar. Una media hora más tarde, perdido en el tumulto de mis pensamientos, escuché el anuncio del capitán. Sobrevolábamos la región de Santiago. Faltaba poco. Pronto iniciaríamos el descenso hacia Guantánamo y hacia un pasado familiar que ignoraba por completo.

Mis sentimientos eran confusos, a menudo contradictorios. Sentía el temor de llegar ante una casa donde alguien me diría, con indiferencia o quizás con curiosidad: «Aquí no vive la familia Benítez», cerrando la puerta de su hogar y al mismo tiempo las esperanzas de colmar el vacío que me llevaba hasta allí. También me intimidaba la posibilidad de encontrarme ante familiares que desconocía por completo. ¿Cómo me recibirían? ¿Qué podría decirles? ¿Me parecería a ellos? La sorpresa, de cualquier manera, sería enorme, pues no habíamos tenido ni la ocasión ni la manera de anunciarles mi viaje. En medio del tumulto de ideas y sentimientos dispares, opté por abandonarme como un insecto herido sobre el agua, dejándome llevar por los acontecimientos, aceptando como peripecias del viaje lo que pudiera suceder. No controlamos las circunstancias –me repetía–, menos aún cuando nos lanzamos a un viaje así, sin destino preciso, a un lugar desconocido. Apenas un nombre en el mapa, como lo era Guantánamo para mí.

Estaba consciente de que lo más probable era que mis familiares no vivieran ya en el mismo lugar, y que el viaje al pasado de mis padres se detuviera ese mismo día: apenas el tiempo de recorrer algunas calles, dormir en un hotel cercano y regresar al día siguiente a La Habana. En ese caso, aprovecharía la ocasión



Lo que me extrañó en los pocos minutos que estuve allí e invariablemente retuvo mi memoria años después, fue la presencia de una imagen familiar, íntima, en un espacio ajeno, incluso adverso…

para recorrer el centro de la ciudad y tomar algunas fotos, suficientes al menos para llevar conmigo imágenes de las calles o los sitios más significativos: un edificio viejo, si lo había, o cierta particularidad del paisaje. Guardaba la esperanza de que en alguna de esas imágenes mi madre pudiera reconocer un recodo de su juventud, algo siquiera que pudiera iluminar el armario oscuro de su memoria. La historia truncada de mis padres se enriquecería con algunos recuerdos comunes, aunque entre los suyos y los míos se interpusieran treinta años de olvido.

A pesar de la intensa experiencia que vivía, de las expectativas y las dudas que me agitaban, no conservo la más mínima imagen del aeropuerto en Guantánamo, ni de la llegada ni del regreso. Me veo de golpe en el taxi rumbo a la ciudad, en una carretera larga y calurosa, como muchas de las que surcan el llano venezolano. Toda mi atención debía estar concentrada en el encuentro cercano y en los pocos indicios que la reminiscencia de conversaciones pasadas me ofrecía. Quizás por eso solo recuerdo lo que se ataba de alguna manera a mi experiencia previa. Recodos del pensamiento donde, sin duda, no existía el aeropuerto. Por ello desaparecieron por completo las imágenes de los pocos minutos que pasé en él, conservando solamente la curiosa cercanía de la carretera, con el asfalto hirviente y el polvo amarillento de sus laterales desnudos. El sol reverberaba sobre la calzada gris y el aire caliente brillaba a lo lejos. Debíamos haber recorrido unos cinco kilómetros cuando de pronto el conductor baja la velocidad y del lado izquierdo sube a la carretera un jeep militar, uno de esos viejos jeeps de la Segunda Guerra Mundial que abundan en las películas norteamericanas. A bordo iban dos soldados; por

un rato los seguimos con lentitud mientras los bordes laterales de la lona que cubría su techo aleteaban contra el viento produciendo un ruido estruendoso. Luego bajó de nuevo la velocidad y se perdió por el lado derecho del paisaje levantando una nube de polvo entre los matorrales. Al pasar alcancé a ver dos niños y un adulto que, detenidos al borde de la carretera por donde pasaba el jeep, se apresuraron a cubrir sus rostros con las franelas que llevaban puestas para protegerse del polvo.

Me sorprendió la considerable presencia militar en las carreteras que rodean la ciudad y la fuerte propaganda antiamericana en afiches y pancartas. Sin duda se debía a la proximidad de la base militar. En algún lugar cercano debían encontrarse la base y la bahía, y la zona sufría las tensiones heredadas de la Guerra Fría. El trayecto del aeropuerto a la ciudad se me fue en vagas suposiciones sobre las formas que podrían tomar esas tensiones y en cómo sería la vida cotidiana en esas regiones apartadas, tratando de encontrar, además, algunos puntos de contacto entre las escasas historias familiares y lo que observaba a mi alrededor. Era tan poco lo que sabía sobre mis padres y su infancia cubana, en particular sobre Guantánamo, que intentaba aferrarme a cuanto detalle parecía encontrar un eco en mí, forzándome en recordar algún viejo comentario que pudiera anclarse en lo real.

Le pregunté al taxista, cuyo silencio contrastaba con la algarabía del chofer en La Habana, en qué dirección se encontraba el mar. Sin decir una palabra, sin siquiera mover la cabeza, señaló con su mano el lado derecho del paisaje. Su indiferencia era casi ofensiva; cualquier turista hubiera deseado un contacto mayor, como el que yo mismo hubiera buscado en otras circunstancias o en otro país. Su silencio me dis-

pensaba, sin embargo, de toda formalidad, y en ese momento lo agradecí. Liberado de su presencia, puse toda mi atención en el panorama que observaba a través de las ventanas. Buscaba entre los árboles y las colinas verde-grisáceas del horizonte algún indicio de la costa. Pensé, con ingenuidad, que en algún punto podría ver la base y acaso el lugar donde mi tía se había ahogado tratando de alcanzar las instalaciones militares americanas. Desconsolada de tanto esperar la autorización oficial para emigrar, quiso reunirse a toda costa con sus hijos en los Estados Unidos. Nunca se supo lo que ocurrió en realidad. Unos piensan que perdió la vida asesinada por quienes debían conducirla hasta el sitio donde se lanzaría al agua. Es lo que –según dicen– pasó con muchos de los que intentaron la travesía, tan pronto como se internaron en los bosques. Otros familiares creen que fue víctima de una de las minas sembradas por el Gobierno en torno al asentamiento norteamericano, o tal vez de una bala disparada por un escuadrón cubano de vigilancia. La versión más corriente es la que contaban sus familiares más cercanos (entre ellos mi madre): su muerte se produjo en el mar. Un día se fue a la costa, lo más cercano posible de la base, no se sabe si fue sola o con algún guía, e intentó nadar hacia las instalaciones militares. Pero el océano, el destino o sus brazos sin fuerza, se lo impidieron, y se quedó entre las aguas, ensanchando aún más ese otro mar de silencio que nos separa, que nos separó siempre. La imagino, no sé por qué, con una bata amplia y blanca (como si un drama antiguo se reeditara en ella, en su vida truncada), su cuerpo flotando sobre la superficie cristalina del Caribe, al vaivén de olas indiferentes. Sus hijos no son para mí ni siquiera un nombre. El de ella, Blanca, quedará para siempre asociado a mi imaginario ma-

rino, a la herencia de una familia que se ignora y a la historia de un sistema político que no puede asegurar la supuesta igualdad entre los ciudadanos, sino a costa de indescriptibles e interminables sufrimientos.

Las primeras edificaciones anunciaban el espacio urbano y, como sucede a menudo en las ciudades del tercer mundo, pronto nos encontramos en el corazón de la urbe sin haber experimentado una diferencia notable entre los suburbios y el centro. El calor agobiante, la brisa del mar cercano (o que imaginaba cerca), los alrededores alegres y las calles polvorientas de ese pueblo grande que era Guantánamo me resultaban familiares. Era el mismo tipo de paisaje que solemos encontrar en ciertas provincias venezolanas, hermoso y adverso a la vez. Hermoso porque la vegetación es fantástica y aún parece dominar sobre la tierra, y porque la luz lo transforma todo en un continuo hervidero de energía. Hostil, sin embargo, porque el viajero no encuentra nunca, o muy pocas veces, un lugar acogedor y tranquilo, con servicios adecuados, donde detenerse. El resto me era extraño: los automóviles rusos, los viejos modelos americanos de la década del cincuenta y la arquitectura caribeña, tan próxima a la que había conocido algunos años antes en la isla de Barbados, me resultaban completamente exóticos.

A pesar de que Cuba era el país de mis padres y que mi memoria infantil atesoraba algunas historias sobre ella, la sentía ajena y distante. Nada parecía atarme a la vida que allí transcurría, consumiéndose entre calles y avenidas polvorientas. La mirada de hombres y mujeres, curiosa siempre, en ocasiones agresiva, me remitía a mi condición de visitante, de turista venido del otro lado de la cortina de hierro. Todos me obser-

vaban: los de la acera del frente, los que en la plaza detenían su conversación por un momento, mientras pasaba, los que entreabrían con discreción las puertas o ventanas de sus casas, los que pedaleaban, silenciosos, en sus bicicletas viejas.

El taxi finalmente tomó una calle relativamente estrecha, de grandes árboles frondosos, bordeada por esas típicas cabañas caribeñas extrañas y bellas, con sus porches y columnatas delgadas al frente, paredes con bandas horizontales de madera, de colores pastel, sus techos de zinc y esas especies de encajes metálicos que decoraban a menudo los bordes del muro en su parte superior o en las barandas de los balcones. El taxi se detuvo ante una de ellas. Una casa baja, de un solo piso, con su muro en bandas de madera verde azulado, muy tenue, casi gris. Escasos detalles la diferenciaban de las otras. Era una más, cualquiera y sencilla, similar a las que me rodeaban en aquel contexto caribeño que observaba como turista. Un árbol de tamaño considerable crecía a la izquierda, cubriéndola a medias con su sombra palpitante.

Aquí es –dijo el chofer–. Verifiqué el número y el nombre de la calle. Pregunté cuánto debía. Le pagué en pesos cubanos y me quedé solo en medio de una calle desolada, ante una casa extraña, en la tranquilidad de una mañana pueblerina.

No sabía qué hacer, y en mi timidez de siempre no me atrevía a tocar la puerta. Temía lo que estaba por suceder. ¿Seguirían viviendo allí? Si no, las personas que ocupaban el lugar, ¿conocerían su paradero?, ¿sabrían dónde vivían?, ¿si vivían aún? A medida que transcurrían los minutos aumentaba mi tensión y la curiosidad de los vecinos. Sentía el peso de sus miradas sobre mí, como si me tocaran el cuello a nivel de las orejas. Las cortinas en las ventanas se entreabrían con sigilo. Un rostro se asomaba a medias, escondido entre las sombras. Los transeúntes cruzaban de una acera a la otra; algunos para evadirme, otros para verme de cerca. Todos, sin duda, preguntándose: ¿A dónde irá, a quién estará buscando?

Tomé el papel donde mi mamá escribió las coordenadas de su hermana. Corroboré una vez más la dirección: Máximo Gómez Nº 12. Es aquí, sin ninguna duda. Observé con cuidado la casa, como si esperara detectar en ella algún signo de cercanía, algo que me hablara de mis padres y de esa familia que no conocía, pero que tal vez estaba a punto de descubrir. De nuevo me invadió la sensación de lo extraño, esa opacidad característica de lo desconocido. Me vi entre casas y personas sin nombre, como imágenes que aparecían de repente ante mí, sin pasado ni futuro, sin apellidos ni parentesco. Al fin me decidí a entrar al porche. «Hay que acabar con esto», me dije. Como su base se encontraba a unos cincuenta centímetros por debajo de la calzada, bajé dos peldaños. Atravesé el metro y medio que me separaba de la puerta y di tres golpes seguidos. Pasó un tiempo considerable. Nadie respondía, ni venía a abrir. Esperé, atento a los más mínimos sonidos que pudieran provenir del interior. A mis espaldas y en torno a mí, escuchaba el rumor suave del viento entre los árboles y el sonido de las hojas secas arrastradas por el viento. Olía a tierra seca. Los paseantes me observaban.

Entonces me dije que el esfuerzo había sido inútil. ¿Cómo pude imaginar que encontraría en el mismo sitio a las personas que mi madre había dejado treinta años atrás? En Caracas, nosotros mismos habíamos

Mi infancia y mi primera juventud transcurrieron allí, en el entorno de una pobreza campesina que fue transformándose, a medida que avanzaba la década del setenta, en marginalidad suburbana.

cambiado una vez de vivienda; la tía Ibis lo había hecho al menos en tres ocasiones. Era normal que fuera así. Quizás estaban muertos, o se habían mudado hace lustros, permutando su casa por otra. Ya comenzaba a preguntarme lo que podría hacer, y a dónde ir, cuando la puerta se abrió con lentitud. No la escuché llegar. Su cuerpo se movió con el silencio de las cosas, de los muebles, de las mesas.

Una viejecilla menuda y tranquila surgió de aquel interior sombrío.

–Buenos días, ¿a quién busca? –dijo–. Sus manos sostenían aún la puerta entreabierta.

–Buenos días –respondí, mirándola con detenimiento, buscando en su cara redonda los rasgos de la familia–.

–Busco a la señora Sara Benítez.

–Soy yo. ¿Qué se le ofrece?

No respondí de inmediato. Me quedé en silencio, observándola. La memoria, sin duda, carga de emoción un encuentro que entonces me sorprendió por su escaso dramatismo, su llana cotidianidad. Detallé la forma de su cara, el color de su piel y sus cabellos, el pardo de sus ojos, ese pardo amarillento que desde niño reconocí en los ojos de mi madre y que ahora veía en un rostro extraño. Su cuerpo erguido y redondo, sin rastro de cintura, estaba cubierto por un vestido de vagas flores oscuras, con dos bolsillos cuadrados y amplios al frente.

–Me llamo Ariel, Ariel Jiménez. Vengo de Caracas. Soy hijo de su hermana Velia.

–Niiiiño –exclamó, con un asombro tranquilo–, como si fuera normal que estuviera allí, en ese lugar preciso, parado ante ella, como si apenas ayer nos hubiéramos visto y hoy pasara de nuevo a saludarla, en una rutina de pueblo, antes de ir al trabajo.

–El hijo de Velia… No puede ser… ¡si ya eres un hombre!

–Pasa, por favor.

–Muchas gracias tía –respondí–. Ella no pareció captar la minúscula pausa y el casi imperceptible temblor que afectó mi voz al pronunciar el término filial, por primera vez, en ese espacio otro, en ese país extraño.

Entré en aquella vivienda oscura, mientras ella se dirigía al otro lado de la mesa que ocupaba el centro de la sala, y se quedó allí, de pie, mirándome en silencio. Observé con discreción el espacio que me rodeaba. Su mano derecha se apoyaba sobre el mantel de plástico. Un jarrón con hojas y flores de plástico ocupaba el centro de la mesa. No recuerdo si alguna imagen, religiosa o no, colgaba de las paredes. Un olor de intimidad salía de aquellos muebles. No había terminado el rápido paneo de la habitación cuando, en el seno de aquel interior extraño, en aquel hogar que sentía como algo diferente, distante y exótico, me topé con la imagen más cercana e íntima que hubiera podido imaginar. Del lado derecho de la sala, sobre una cómoda de madera reposaba –enmarcada– la fotografía de mi familia más cercana, la misma que durante mi infancia ostentó un espacio similar en el cuarto de mis padres, sobre una cómoda parecida, frente a aquel espejo grande donde nos peinábamos todos.

La reconocí de inmediato. Mamá ocupa el centro de la imagen, con su pelo negro y rizado, en una fotografía típica de los años cincuenta: con sombras densas y luces brillantes. Mi hermana, que debía tener, como yo, un año y medio –la foto debió ser tomada a fines de 1959– también ocupa el centro de la composición, justo debajo de mamá. A la derecha, mi hermano mayor; yo, a la izquierda. Los tres mirábamos hacia la derecha –en realidad nuestra izquierda–, desde donde siempre supuse que mi padre, fuera del espacio visible de la fotografía, intentaba llamar nuestra atención para que el fotógrafo pulsara el botón que detendría el instante en una imagen. Con una sonrisa insinuada en los labios, producto seguramente del esfuerzo que se hacía a nuestro entorno para que tres niños tomaran la pose deseada, mamá miraba fijo al lente de la cámara.

Lo que me extrañó en los pocos minutos que estuve allí e invariablemente retuvo mi memoria años después, fue la presencia de esa imagen familiar, íntima, en un espacio ajeno, incluso adverso, como no tardé en comprobarlo. Lo cercano y lo otro juntos, lo propio y lo intruso bajo el mismo techo. Era curioso constatar que personas desconocidas, seres para mí sin pasado, pudieran mantener una relación de cercanía con una imagen tan mía, tan arraigada en mi historia personal. Dos mundos paralelos se cruzaban en ese punto preciso, como si dos universos se conectaran de pronto por un agujero negro, por un túnel impensable en el espacio-tiempo.

–Tu primo anda por ahí, no tardará en venir –afirmó, rompiendo el silencio–.

Casi al instante, como si lo hubieran coordinado, entró a la habitación un hombre muy rubio, de pelo rizado. Lleva una pollina ridícula peinada hacia el lado derecho de la frente, lo que le daba ese aire ingenuo del campesino que se viste «bien» para la misa de domingo. Ahí se evidenciaba aún más lo rizado de su cabello, como el pelo de un negro que intenta alisarlo con gomina. Era menudo y delgado, un rasgo que

poco a poco fui descubriendo como característico de los Benítez. Por la edad –parecía tener unos treinta y cinco años– y la complicidad un tanto amanerada que lo unía a mi tía, supuse que debía ser uno de esos solterones que vive con su mamá y que terminan su existencia solos, entre las mismas paredes, con los mismos muebles. Lo más curioso del personaje eran sin embargo los movimientos de su cuerpo, menudos y nerviosos, como de lagartija cazando, y la mirada esquiva que acompaña como rictus involuntario al hombre acomplejado. Al entrar, tras mirarme de reojo, se paró junto a mi tía, en el extremo opuesto de la mesa. Allí se quedaron los dos, sondeándome, preguntándose el uno al otro, con la mirada, cómo proceder.

–Es tu primo, el hijo de Velia –nos presenta la tía–.

–Que tal –murmura incómodo–. Intercambiamos palabras que no retuve, fórmulas habituales de cortesía sin duda, mientras me explicaban que no podían ofrecerme café. Enseguida se instaló ese silencio incómodo que precede el fin de una conversación o una visita indeseada. Por las miradas que intercambian y por el semblante perturbado y nervioso de mi primo, supe que mi presencia allí no era bienvenida. Alguna razón, para mí desconocida, hacía de mi aparición un factor de desequilibrio. Comprendía por supuesto que mi llegada inesperada fuera una sorpresa difícil de asimilar, sobre todo en las complejas circunstancias que enfrentaban, y casi me decido a explicarles que no se preocuparan, que había previsto quedarme en un hotel, que solo quería conocerlos. Pero en sus miradas vislumbré un brillo adicional; una molestia, un desconcierto, que me excluía por completo y no dejaba abierta ni la más recóndita opción. Tenía que irme.

Decepcionado por la extraña situación y con la clara intención de terminar la visita, les pregunté si sabían dónde vivían mis tíos y tías, y si podían indicarme cómo llegar. Sin salir, como si se escondieran de alguien, me indicaron un lugar cercano, a unas tres cuadras, justo al lado del correo, donde podría tomar el transporte para ir al Limonar. Era una pequeña localidad rural a media hora de Guantánamo. Allí vivían mis tíos en medio de antiguas haciendas de café. Luego supe que a escasos cien metros vivían otras tías y tíos y que no quisieron decírmelo. Por el contrario, buscaron deshacerse de mí enviándome lo más lejos posible. Tal vez, a los que luego preguntaron quién era el extranjero que había entrado a su casa, respondieron que era un turista preguntando por el correo o por algún lugar turístico. Lo cierto es que se deshicieron de mí con una urgencia nerviosa.

–Al llegar al Limonar, en el abasto, pregunta por los Jiménez, todos se conocen en la zona.

–Muchas gracias, tía. Buenos días, y disculpen la molestia, por favor.

–No, si no es molestia. Ahí tomas un jeep y en una media hora estás allá.

Me despedí con la misma cortesía llana que marcó nuestro encuentro y me alejé de allí sin comprender lo que había sucedido, sin tristeza ni alegría. Al fin y al cabo, me dije, del conjunto de factores que construyen una familia –unos biológicos, otros de afecto y cercanía– a ellos solo me unía la genética. Una secuencia de características apenas más cercana entre ellos y yo que entre dos seres cualesquiera sobre la superficie del planeta.

Bajo la mirada furtiva de los pasantes, entre calles polvorientas que el viento animaba en ligeros torbellinos, llegué hasta el sitio que me habían indicado al lado del

correo. Pregunté por el transporte que podría llevarme al Limonar y me indicaron unos jeeps estacionados al borde de la calle. Era el mismo sistema de transporte que se empleaba en las barriadas marginales de Caracas, por lo general en las colinas que rodean al valle, en torno de la ciudad formal. Nada mejor, en efecto, que ese tipo de vehículos para subir zonas empinadas, sobre todo cuando hay que hacer paradas en plena carretera para tomar o dejar pasajeros. Eran carros largos de techo duro, cuya parte posterior había sido acondicionada para recibir entre cuatro y cinco pasajeros de cada lado, dos o tres en los puestos de adelante. Me sorprendió constatar que los de Guantánamo funcionaban de la misma manera que en Caracas: iniciando el recorrido solo cuando la carga estuviera completa o de acuerdo con el humor del chofer. Las mismas exigencias, surgidas de la necesidad, debían determinar la similitud de los procedimientos.

La única diferencia residía en lo prolongado del trayecto y en la relativa formalidad de los pasajeros en Guantánamo, que solo ocupaban los puestos disponibles. En Caracas, por el contrario, cuando regresábamos del colegio cada medio día, la subida en los jeeps representaba un momento de genuina algazara juvenil. Un número grande de niños y niñas se reunía entonces en la parada, junto a los que regresaban del trabajo o hacían las últimas compras para el almuerzo. Los cinco o seis jeeps de la línea no se daban abasto durante las horas de mayor afluencia, y hasta el más insólito apoyo de la carrocería se transformaba en un puesto suplementario. Los ocho asientos de la parte trasera, al interior del vehículo, iban ocupados como los dos o tres de adelante. No era raro, además, que alguna madre llevara un niño en sus piernas, con dos o tres bolsas de mercancía. Tan pronto como el jeep

arrancaba, los peldaños metálicos bajo las puertas delanteras eran ocupados de inmediato por muchachos risueños a derecha e izquierda, aferrándose al marco de la puerta. Igual sucedía en la parte posterior, sobre el parachoques o en las escaleras de metal que habían sido improvisadas para permitir el acceso de las personas mayores. En ese lugar se agrupaban de uno a cuatro pasajeros. A veces, en las horas pico, si el chofer lo permitía, sobre el capó del motor se instalaba al menos un muchacho, apoyando sus pies sobre el parachoques delantero. Ese era mi puesto preferido.

La verdad es que siempre me sorprendió la fuerza de esos vehículos, capaces de subir carreteras empinadísimas, cargados de pasajeros y equipajes, mientras el chofer esquivaba los carros que bajaban, eludía los huecos de la carretera y se lucía en insólitos ejercicios de manejo, para no golpear a alguno de los pasajeros que colgaban de los laterales contra los carros estacionados a la orilla de la carretera. Aquello configuraba una extraña y alegre caravana, mitad mecánica, mitad animal, un gran cuerpo metálico y rugiente cubierto de cabezas, brazos y piernas ascendiendo la montaña.

No recuerdo si me informaron que el próximo jeep saldría después de almuerzo o si, seguro de que habría uno cada hora, decidí comer antes de emprender el viaje. Se acercaba la hora del almuerzo, y no quería desestabilizar la economía precaria de unos familiares que vivían en la estrechez característica de los sistemas comunistas, carencias acentuadas en Cuba –ese era al menos el leitmotiv de la propaganda oficial– por el bloqueo norteamericano.

Busqué un lugar donde comer. No había nada; ningún restaurante, ninguna panadería donde comprar un

pan o algún dulce. Entré también en algunos abastos, con paredes y estanterías de madera, para adquirir algo que pudiera llevar como regalo a mis familiares. Pero solo encontré anaqueles vacíos con dos o tres latas viejas ocupando el centro geométrico de los entrepaños, sobre un pequeño letrero cuya función era indicar lo que podría adquirirse, por la libreta, cuando llegara la mercancía. Resultaba curiosa aquella austeridad monacal de los negocios y bodegas, con sus anaqueles íngrimos y sus muestrarios de envases metálicos. ¿Para qué conservar esas repisas que cubrían la totalidad de los muros del abasto con unas pocas latas y botellas vencidas? ¿Por qué no emplear la madera en otras cosas, en construir, por ejemplo, sillas o mesas?

Lo único que podía comprarse entonces en Guantánamo, al menos en las calles que recorrí esa mañana, era ron blanco y yogur líquido; un yogur que servían al aire libre, sin refrigeración alguna, y que el vendedor removía regularmente con un enorme cucharón como lo hacían en Caracas los vendedores ambulantes de chicha. Si no me traiciona la memoria, creo recordar que cada cliente llegaba con su envase de vidrio para comprar yogur, un gesto ecológico que sin duda redescubriremos en un futuro no muy lejano. Dejé al vendedor de yogur atendiendo a clientes vestidos con cholas y shorts. Un gordo de piernas arqueadas y nalgas exorbitantes llevaba la camisa abierta: exhibía un vientre deforme y grandes pechos, casi femeninos. Dos niños en franela blanca y otro con el torso desnudo, esperaban su turno bajo la sombra de un árbol que no llegué a identificar. Era inútil continuar buscando. Pregunté a un paseante dónde hallar un restaurante o algún lugar para comer.

–Aquí no conseguirás nada. El único sitio donde podrías comer es el hotel donde van los turistas. Hay

uno subiendo por esta calle a mano derecha, a unas ocho o diez cuadras de aquí, no puedes perderte. Es un hotel pequeño, de dos pisos, con un restaurante y suficientes habitaciones.

Decidí a ir hasta allá. Quería terminar el triste episodio de Guantánamo para dirigirme a Limonar donde sabía que encontraría la finca, los campos de café, el río y los bosques que habitaban la memoria de mis padres –y la mía– desde la infancia. Conservaba la esperanza de que con el tío Astral, quien había mantenido relaciones considerablemente estrechas con mi papá, pudiera obtener una recepción más acogedora.

Guantánamo me pareció ese día algo desolado, con calles muy rectas. Comencé a subir la ligera pendiente que llevaba hacia el hotel, al norte de la ciudad. Eran avenidas silenciosas, donde apenas circulaban algunos pocos vehículos de otra era, con árboles dispersos cuya sombra agradecí ese mediodía. Apenas me adentré en la avenida que, en un rincón estrecho, entre dos inmuebles destartalados, se formó de improvisto un pequeño remolino de viento. Arrastraba consigo hojas secas y polvo. Entonces me envolvió un extraño sentimiento de intemporalidad, como el que experimenté años antes en Boloña, mientras esperaba un autobús: los árboles y las casas, la calzada y las aceras, la escasa gente que pasaba, parecían suspendidos en el tiempo. Era como si esa pequeña e inestable turbulencia de la atmósfera hubiera alcanzado también al tiempo cósmico, mezclándolo todo al polvo y a las hojas secas, como si el tiempo de los cubanos y el mío, y el de todos los que habían vivido y ya no existían, desde la más remota antigüedad hasta el presente, se hubiera unido por un instante en esa

ínfima perturbación del universo. El pequeño torbellino había desaparecido ya por completo, pero el extraño y embriagador sentimiento de intemporalidad que había provocado en mí, duró por un momento.

Continué mi camino imbuido por ese sentimiento, como flotando en el tiempo, y con la imagen fija de la fotografía familiar encontrada bajo un techo ajeno. Era, quizás –eso me dije–, un ejemplo claro y concreto de esa vida mestiza que caracteriza a millones de personas en la América Latina y que sin duda es hoy parte de un número creciente de personas en el mundo entero. Una existencia atravesada por tradiciones distintas que un equilibrio curioso, siempre frágil, hace coexistir en un mismo individuo. Cada uno vive constituido por genealogías dispares, virtualidades que pueden activarse o desactivarse, a veces sin que sepamos la razón, en función de las circunstancias, y que hacen tan sutiles como variables los mecanismos de identificación en el mestizo.

Era la misma cercana lejanía que padecí una y otra vez en mi infancia caraqueña, cada vez que me encontré ante la necesidad de identificarme con alguna de mis referencias culturales, de mis genealogías familiares. Siempre la misma distancia ante lo propio, ese otro entrañable y cercano. Pertenezco –pude constatarlo– a un mundo que desconozco y me desconoce, o que me conoce como yo a él: por historias escuchadas, por relatos pensados en otro lugar y en otro tiempo, por intermediarios ajenos y distantes. ¿Y no es esa, acaso, o en gran medida, la historia de nuestras vidas, incluso en el plano intelectual? ¿No es así como juzgamos la producción de nuestros artistas, incluso nuestra propia obra, a través de historias pensadas por otros? Hay algo allí que trasciende la pequeña historia familiar que intento reconstruir, que nos constituye como latinoamericanos y que debemos integrar de manera consciente.

Nací en una de las barriadas populares de Caracas, en las faldas del Ávila, la montaña que con sus 2.765 metros de altura, separa el valle ocupado por la ciudad del mar y de su puerto. Mi infancia y mi primera juventud transcurrieron allí, en el entorno de una pobreza campesina que fue transformándose, a medida que avanzaba la década del setenta, en marginalidad suburbana. Las casas se aferraban las unas a las otras –y unas sobre otras– a cada lado de la carretera que subía a la montaña, mientras otras se perdían entre las quebradas en un laberinto de techos, muros, escaleras, matorrales y barrancos. Era una población mayoritariamente mestiza donde, entre el blanco y el negro, podían encontrarse los más disímiles tonos de piel, tan variados como sus inesperadas identificaciones culturales. Predominaba, no obstante, lo que en el habla popular llamábamos el café con leche, un blanco de piel bronceada y mate que sin ser blanco no llegaba al negro ni al mulato. Había, asimismo, familias donde un catire de apariencia española tenía como hermanas o hermanos a morenas o morenos e inclusive a negros, o de facciones claramente indígenas. Todos, sin embargo, nos sentíamos iguales e ignorábamos, hasta la inocencia, la larga historia de encuentros y desencuentros que hacía posible nuestras vidas mestizas. Jugábamos juntos en la calle, íbamos a las mismas escuelas, compartíamos el mismo ruido y el mismo horizonte reducido. Todos, también –me atrevería a afirmarlo– observábamos la ciudad desde arriba, tras la marea de techos de zinc que se extendía a nuestros pies, como algo diferente.

El techo de zinc era una especie de marca identitaria y una presencia activa en nuestras vidas. El barrio,

nuestro espacio de pertenencia, llegaba hasta donde llegaban sus rectángulos plateados. Con los tejados rojos de la zona "colonial" de La Pastora y, tras ellos, con las platabandas de los edificios que imaginábamos habitados por los ricos, comenzaba la ciudad, el espacio de los otros. En su conjunto, los techos metálicos del barrio eran como una inmensa caja de resonancia que dialogaba con el espacio, con la luz y con el viento. Tristes y fascinantes a la vez, sobre ellos resonaba la lluvia que venía del este con un rumor profundo y misterioso. Era como si la naturaleza hubiera encontrado en ellos una manera de ampliar su efecto sobre nosotros. En la época de lluvias, me gustaba subir a la pequeña platabanda que llamábamos el mirador para verla acercarse, parsimoniosa y lenta, como un gran velo blanco que las nubes tendían sobre la ciudad. La escena comenzaba con una brisa húmeda que precedía la lluvia y golpeaba, a veces con violencia, mi rostro. Yo cerraba los ojos para sentir su frescura despeinándome. Llegaba repleta de aromas y acompañada por un murmullo lejano, como una multitud de innombrables y pequeñas voces que se acercaban, alcanzando y luego arropando cada casa, cada edificio. Me gustaba verlos desaparecer así, devorados por el agua, hasta que su cortina blanca alcanzaba los techos de zinc. Entonces ese rumor lejano se hacía más y más potente, a medida que avanzaba el picoteo del agua sobre los techos, llegando a alcanzar un nivel ensordecedor que nos hacía salir corriendo, con las primeras gotas de lluvia, para hallar refugio. Tras la tormenta, con el sol rasante de la tarde, el zinc brillaba como láminas de vidrio. El barrio, por un instante, parecía prístino y limpio, renovado por las aguas, como si de repente toda la miseria de los ranchos fuera redimida por un pacto secreto entre el cielo y la tierra.

Con la llegada del sol salían los amigos para reanudar los juegos, todos juntos: los blancos y los negros, los mestizos, los más o menos indios, los casi negros.

Pero ese equilibrio precario, producto en gran medida de la pobreza y la ignorancia compartidas, se rompía de repente cuando una pelea callejera o una riña entre vecinos hacía aflorar –activaba podríamos decir– las diferencias culturales o raciales subyacentes. Entonces podíamos observar a un individuo, ese cuyo hermano tenía facciones claramente negroides o indias, insultar a su oponente con rabiosa agresividad, y con evidente desprecio, de negro o de indio. De la misma manera, el vecino de al lado, que en otras ocasiones nos hablaba con orgullo de su abuelo español, nos trataba de extranjeros al mínimo desencuentro, porque nuestros padres habían nacido en Cuba hijos, como él, de españoles y canarios. Inclusive yo, que a pesar del color de mi piel veía al blanco de las ciudades como al otro, al rico, y que en mi desconfianza mestiza percibía con una confusa mezcla de admiración y recelo, podía de repente encontrarme en la posición del blanco, observado y juzgado como el otro por una población más uniformemente morena, como las que suelen encontrarse en los pueblos del interior.

Era lo que sucedía, por ejemplo, cada vez que iba de vacaciones a la finca de mi tía, en los Valles del Tuy, a una hora y media de Caracas. Todo allí me obligaba a identificarme como blanco, a menudo me llamaban El portugués. Mi procedencia, la mirada de los demás, sus gestos y comentarios me colocaban de inmediato en el lugar de ese blanco que yo observaba con distancia en la ciudad. Para ellos yo era el citadino, el otro. Si la situación lo permitía –porque la violencia no llegaba a extremos que pudieran encender una

Nunca conocí a mis familiares europeos emigrados a Cuba…
De ellos siempre tuve noticias escasas y esquivas.

disputa o porque la empatía con alguna persona específica abría las puertas del diálogo– no era raro que intentara demostrarle lo contrario, es decir, que pese a las apariencias, del color de mi piel y de mi aspecto citadino, yo era como él, un muchacho de pueblo.

No pocas veces, en esos episodios de confrontación con mis propias fuentes, en particular cuando sentía hacia mí un rechazo contundente, excluido como extranjero, me descubría tratando de reconstituir mis orígenes españoles, como si ante el rechazo del mestizo, cuando ocurría, me aferrara a esa diferencia que en momentos distintos yacía adormecida, como una semilla en la tierra seca a la espera de las lluvias.

Nunca conocí a mis familiares europeos emigrados a Cuba. ¿Alguna imagen vista en la infancia? Si las vi, las he olvidado; más aún, si las viera hoy no sabría reconocer a nadie. De ellos siempre tuve noticias escasas y esquivas. Mi papá llorando al recibir la noticia del padre muerto. La carta que sólo él leyó; su silencio ¿Y la abuela paterna? ¿Y los abuelos maternos? Nunca supe de sus vidas ni de sus muertes. Ya tarde, y por comentarios aislados de mamá, supe que el abuelo paterno había muerto por voluntad propia. A principios de los años setenta, asqueado ya de la Revolución que le había robado sus tierras y con ellas la esperanza, decidió que no quería seguir viviendo. Se echó en su cama y se dejó morir negándose a comer. Nadie, eso parece, logró hacerlo cambiar de opinión, ni consiguió hacerle tragar un bocado de pan.

Quizás por eso, por la marcada ausencia de parámetros que me permitieran reconstruir segmentos aislados de una herencia familiar, de un árbol genealógico propio, anclado en Europa, mis encuentros

imaginarios con la abuela paterna se centraban en su acento, en ese exótico ceceo de su hablar español rememorado por mi madre. Recuerdo el sentimiento de extrañeza que sentía cada vez que imaginaba una escena similar. No lograba creer que un pariente mío, mi abuela, la madre de mi padre, hubiera podido hablar con un acento tan radicalmente diferente, y con ese acento: la manera de hablar característica de la ex metrópoli colonial cuyos ciudadanos nos trataban a menudo con tan descarnado desprecio. Era tan curioso, tan absolutamente desconcertante para mí, como pudo serlo en Francia el descubrimiento de obreros rubios y de ojos azules, o como había sido, ese mismo día, la presencia de una fotografía familiar, íntima, en pleno corazón de una vivienda caribeña y en medio de un ambiente hostil.

Caminaba buscando la sombra fresca de los árboles cuando de pronto, del lado derecho de la calle y encaramado en una pequeña colina rodeada de arbustos, percibo el hotel. Los quince o veinte minutos del trayecto se fueron sin darme cuenta, absorbido por las reflexiones generadas por el extraño encuentro con mi tía y mi primo, perdido en el delicioso sentimiento de intemporalidad causado por las hojas y el viento. Pocas veces se hace posible alcanzar estas fases de absoluta cohesión psíquica, de esas donde el espacio y el tiempo, la conciencia de los otros y de sí, desaparecen. De mi infancia podría rescatar algunos curiosos episodios como este; así, cuando, sentado sobre un árbol comiendo frutas (mangos, mamones o guamas) y conversando con un amigo, nos sumergíamos lentamente en un estado segundo que solo podría comparar con el de los sueños. Entonces solíamos pasar un tiempo considerable –que sería incapaz de medir– absorbidos en nuestras conversaciones. En esos momentos la introspección era tan potente, tan abrasadora, que solo salía de ellos cuando un ruido intenso e inesperado, o la voz de un amigo llamándonos para jugar, nos sacaba de allí y volvíamos como de un sueño, la mente embotada y lenta. Así se deshizo, de repente, la burbuja de intimidad en la que transcurrieron los últimos minutos de caminata al hotel. Ahora debía ocuparme en hallar sitio para almorzar, para luego volver a la parada de los jeeps y embarcarme al Limonar.

El hotel, de arquitectura reciente y sin gracia, daba, como todo en Cuba, una triste impresión de abandono. Alfombras y cortinas viejas, paredes deslavadas o que no habían sido pintadas en años. Creo que ese día era yo el único tursta, o al menos no vi a nadie más. Por un instante temí que incluso allí no encontrara qué comer. Pero de aquella soledad espesa, de entre los muros y los muebles, surgió la encargada del hotel, con los movimientos desenfadados del trópico, y me hizo pasar a un restaurante solitario en el primer piso. Las cinco o seis mesas de madera sólida y pesada, con sus cuatro sillas cada una, ocupaban sin orden el espacio. Los manteles, de un rosado salmón, lucían curtidos –como las cortinas– con los círculos que dejan los vasos de vino que se han derramado, y con otras manchas superpuestas como capas de tiempo solapadas. En Cuba, recordé, el jabón es un artículo raro.

No obstante, el local estaba limpio. No había lamparones frescos ni moscas. El tono opaco y desteñido de manteles y cortinas ofrecía un contraste curioso con la belleza de la vegetación que veía por la ventana, iluminada por el sol. Arbustos en flor se mezclaban con plantas de un verde intenso, indiferentes, en su opacidad vegetal, a las expectativas humanas, como a

mis esperanzas y temores. Comí en silencio, pensando tan solo en el viaje que me esperaba y en el encuentro cercano con lo esencial de mi familia. La primera experiencia no había sido alentadora, y sabía que lo más probable era que me viera obligado a regresar esa misma tarde a Guantánamo. Por lo que pude saber, el trayecto no era muy largo: de seguro podría regresar ese mismo día, incluso a pie, si se hiciera necesario.

–¿Tendría una habitación libre para esta noche? –pregunté a la encargada al retirar el servicio.

–Claro que sí –respondió mientras se alejaba–: puedes venir cuando quieras.

Al volver para limpiar la mesa, le dije:

–Quizás regrese esta noche. ¿Debo reservar la habitación?

–No hace falta, hay suficientes. Tu vienes y en ese momento pagas por las noches que quieras quedarte.

La encargada, una mujer joven y robusta, un tanto desaliñada, llevaba puesto un short azul demasiado ajustado, con el cierre entreabierto al nivel del pubis. Una blusa suelta de flores rosadas y amarillas cubría su torso. Sus senos, redondos y firmes, bailoteaban bajo la blusa a pesar del sostén. Mientras continuaba con sus quehaceres, una mecha de su pelo negro y liso escapaba del gancho plástico que lo mantenía atado; con un gesto de la mano intentaba, inútilmente, sujetarlo. A pesar de mis preguntas, que respondía lacónica, su interés estaba centrado en la conversación que mantenía con otra mujer cuyas palabras escuchaba salir de la cocina. Hablaban de problemas familiares, del esposo de una de ellas que andaba en amores con la vecina. El tema las agitaba al punto de conversar a gritos, como si estuvieran solas.

Pagué mientras preguntaba si la tienda del hotel estaría abierta.

–¿Qué necesitas?

–Bueno, quiero ver lo que tienen. Necesito comprar un regalo.

–Vente conmigo. Me llevó a un pequeño local en la planta baja que ella misma atendía, un rincón oscuro con vitrinas de madera y vidrio. Objetos artesanales que he olvidado con el tiempo, ropa, dos o tres cajas de tabaco y ron. Debía haber luz, porque pude ver dos lámparas adosadas a la pared, pero la encargada de seguro estimó que no era necesario encenderlas para un solo cliente. Entre los anaqueles pude encontrar, al menos, dos botellas de ron añejo, una exquisitez apreciada por los cubanos, pues solo se producía para la exportación y para las tiendas especiales, esas donde únicamente compraban –en dólares– los turistas.

Esta era mi primera visita a un país socialista y en verdad me parecía insólito que hubiera tiendas prohibidas a los cubanos, espacios reservados para quienes llegaban a ocupar un estatus superior: los extranjeros. Como siempre, cada prohibición generaba su sistema de pequeñas astucias, con mafias locales o regionales que alimentaban el único mercado próspero del país: el mercado negro. Por eso no era raro que el cubano con el que trabamos una relación apenas mayor a la del simple saludo, nos pidiera comprarle algún artefacto eléctrico en las tiendas del Estado. Luego nos pedía que se lo entregáramos en el recodo de alguna calle o a la entrada de un edificio apartado, alejados en particular de la curiosidad inoportuna –o interesada– de la policía.

En teoría, la intención de tales prohibiciones no era negativa, es decir, no buscaba maltratar al ciudadano cubano, sino conseguir el máximo posible de divisas extranjeras para invertirlas en el beneficio

colectivo del país. El Estado se encargaría de distribuirlas luego bajo la forma de alimentos, educación y salud; en principio, de manera equitativa, generosa, socialista. El objetivo parecía en realidad hermoso, y me hubiera sentido inclinado a aceptar la propaganda política que no cesaba de explicarlo, si no hubieran sido a la vez tan evidentes la absoluta privación en la que vivían los cubanos, como las múltiples distorsiones de un sistema que terminaba oponiendo los ciudadanos entre sí, y la sociedad entera, a un Estado todopoderoso y omnipresente que distribuía comida y ropa, educación y salud, beneficios y castigos, por igual, o casi.

Con mi morral y mis botellas de ron a cuestas, regresé a la parada de los jeeps que debían conducirme hasta El Limonar. Esta vez hice el trayecto tan rápido como me fue posible, centrado en un objetivo inmediato y apremiante: llegar hasta la casa de mi tío Astral. Al regresar a la parada subí a la parte trasera de uno de los jeeps estacionados, el que salía de inmediato. Tomé un puesto libre en la banqueta de la izquierda y pronto estuvieron ocupados el resto de puestos disponibles, con lo que nos dispusimos a partir. Mi emoción crecía a medida que dejábamos atrás las calles polvorientas de la ciudad y nos internábamos en la pequeña carretera campestre, tan cercana, tan curiosamente mía. El resto de los pasajeros, en su mayoría hombres, conversaba entre ellos, aunque era evidente que se hacían la misma pregunta: ¿Quién era y a dónde iría el extranjero inesperado?

Yo seguía observando el paisaje: la arquitectura, los árboles, las flores y los frutos, los elementales sistemas de iluminación o la señalización del camino que podía percibir desde la cabina, mientras trataba

de evitar, o me hacía indiferente, la mirada terca de los pasajeros que, con una insistencia callada, buscaban una ocasión para hablarme. Intentaba detectar todo aquello que pudiera conectar mi presente con el pasado de mis padres; por eso observaba el entorno como un arqueólogo, intentando imaginar lo que pudo haber sido treinta años atrás. Quizás aumentaba así las posibilidades de ubicar algún punto de vista reconocible por alguien que lo hubiera dejado en ese momento. Este árbol debió ser entonces muy joven, me decía; este otro, con signos evidentes de vejez, debió ser frondoso y debía esconder el edificio que hoy es muy visible.

Esta casa, aquel rincón me interesaban, me interpelaban. A cada instante me parecía encontrarme en medio de un paisaje conocido. Al salir de la ciudad, en particular, de no haber sido por la mirada tenaz de los pasajeros y el acento cubano, hubiera creído que transitaba por la zona de Barlovento, en la región centro-norte de Venezuela. La vegetación era la misma, verde y exuberante, generosa en hojas y árboles monumentales, pero también de pequeños arbustos y avara de flores. Incluso, las poblaciones que observaba me eran familiares, casi cercanas. Con placer me hubiera abandonado a la simple observación del paisaje, a todo lo que evocaba en mi memoria, y a esa curiosa y embriagadora experiencia de un presente y un pasado que se iluminaban el uno al otro en un constante chisporroteo de ideas, imágenes y sensaciones dispares. Esas palmeras que vibraban bajo el sol no estaban allí, o no solo lo estaban, relucían también en mi mente, en el recuerdo de todo aquello que mis padres me habían contado sobre la tierra de su infancia. Dos tiempos distintos se unían en una misma imagen, la cargaban de

energía y la hacían resplandeciente, como un poema surrealista. Recordé entonces la célebre frase de Pierre Reverdy que trataba de explicar el efecto de un poema por el encuentro de dos realidades distintas –y distantes– que se unían en el verso y que, al unirse, producían un chispazo de sentido, de emoción, característica de la imagen poética. Así era para mí el encuentro con cada uno de los objetos y seres que de alguna manera me remitían a ese pasado de mis padres, o a mi vida en Caracas.

No obstante, en una cabina estrecha con cuatro pasajeros al frente, a escasos ochenta centímetros de distancia, y tres pasajeros a mi lado, se hacía difícil eludir sus preguntas. Buscando romper la tensión que me asediaba me decidí a cruzar la mirada del hombre que me observaba con mayor insistencia, justo frente a mí. Llevaba un sombrero de paja y la barba hirsuta, con la camisa blanca abierta hasta la mitad del pecho y un saco de tela burda entre las piernas.

–¿Para dónde vas? –preguntó de inmediato–, atrapando la ocasión al vuelo.

–Voy al Limonar. ¿Sabe dónde queda? ¿Falta mucho todavía?

–Quince o veinte minutos. Yo te indico dónde debes bajarte. Poca gente va por esos lados, a menos que viva en la zona. ¿A quién buscas?

–A la familia Jiménez, al señor Astral Jiménez. Soy su sobrino. ¿Lo conoce?

–No, no lo conozco. ¿De dónde vienes?

–De Caracas.

–¡Eso está lejos! –dijo el chofer–, que no había intervenido hasta entonces, en ese acento cantado y sonoro del cubano.

Todas las conversaciones se habían detenido esperando saber quién era el extranjero que llegaba a

zonas tan lejanas y tan poco turísticas, a dónde se dirigía y en busca de quién. Uno de ellos pudo haber sido mi tío o un familiar cercano. No fue el caso, y tan pronto como pudieron satisfacer la curiosidad que despertaba un turista en esas zonas apartadas reanudaron sus conversaciones. Yo, que tenía la secreta esperanza de toparme de improvisto con algún familiar y que por eso mismo buscaba en cada rostro los rasgos de la familia, seguí observando el paisaje y la gente. Tras unos quince minutos nos detuvimos para dejar a los primeros pasajeros. Yo comenzaba a preguntarme cuándo sería mi turno. Mientras tanto continuaba buscando en el paisaje los detalles que pudieran delatar algún punto de contacto con las evocaciones de mis padres, reconocer quizás alguno de los lugares descritos por ellos. Observaba con asombro los detalles diferentes, siempre imaginando que muchos debían provenir de la Rusia lejana, de Siberia acaso, como la costumbre de elaborar los postes del tendido eléctrico en madera. Eran como largos pinos rectos a los que sencillamente le habían quitado la corteza y las ramas, al punto de que muchos conservaban las irregularidades del tronco. A ese poste rudimentario se fijaba luego un travesaño en madera, y a este último estructuras metálicas muy fuertes de donde se anclaban los cables a conos estriados de vidrio. Era un detalle insignificante, cierto, pero eso bastaba para cargar el paisaje con un ligero tono de exotismo y lejanía que hacía aún más curiosa mi experiencia. En ese paisaje que recordaba de manera tan perturbadora los campos de mi infancia, detalles como ese lo convertían en un factor extraño, incluso inquietante, precisamente porque los imaginaba provenientes de aquella lejana y temida potencia militar que era la Unión Soviética.

–Estamos llegando –dijo de repente el hombre con quien había conversado minutos antes–.

–Cuando te bajes pregúntale a la primera persona que veas o pregunta en el abasto, que el encargado seguro conoce a sus vecinos.

El sitio recordaba una zona distante de Barlovento donde mi padre, durante la reforma agraria venezolana de los años sesenta, intentó establecer una granja. Ahora que conocía las haciendas de su infancia se me hacía claro lo que él había buscado en esas tierras que en mi imaginación infantil me parecieron rudas y lejanas. Lo que buscaba allí, en las selvas tropicales de Venezuela, dormía lejos, en los bosques y ríos de su infancia; tuve que llegar hasta aquí para entenderlo, y para que una zona confusa de mi infancia cobrara al fin su sentido más íntimo.

Nunca olvidaré las noches que pasamos juntos, en plena selva, en el sitio escogido para abrir un pozo de agua y establecer el primer asentamiento. Mi papá y sus amigos, unos vecinos de Caracas, habían armado un techo rudimentario, de madera y zinc, de donde colgamos los chinchorros para dormir. Yo debía tener unos diez o doce años de edad y el hecho de pernoctar en plena selva, bajo un techo sin paredes, me producía un terror confuso. Durante el día habíamos recorrido los alrededores y pude palpar los suelos húmedos, a menudo inundados, que rodeaban el campamento. Caminando por entre los árboles caídos, las ramas y las hojas muertas del bosque, alcancé a ver una serpiente de colores vivos que de inmediato se hundió, reluciente, entre las hojas muertas, mientras las botas del que andaba adelante avanzaban sin dejar huella. Medía si acaso medio metro, y como nadie pareció verla no me atreví a

comentarlo. Me limité a dar un salto sobre la zona donde se había escondido y seguí adelante. Su imagen furtiva y sus anillos de colores intensos, tan bellos como intimidantes, se hundieron también en mi imaginario quedándose quietos, como el animal real agazapado entre las hojas secas.

Antes de que cayera la noche, que llega en esas regiones como un velo denso, de un negro impenetrable, los adultos encendieron una enorme fogata cuya luz amarillenta dibujaba una especie de cúpula vegetal en nuestro entorno y sobre nosotros. Me encerré en mi chinchorro, en el que fui acurrucándome a medida que se desvanecía la luz de la fogata y se instalaba la noche de las selvas, llena de ruidos y olores extraños, inquietantes y misteriosos para mi imaginación adolescente, casi infantil. Pronto no existía un estímulo que no proviniera del olor de los bosques y de esa especie de masa sonora en la que parecíamos inmersos como un buzo en el océano. A veces era el canto de un ave nocturna cuya trayectoria lograba seguir de un lado a otro del espacio, como si dibujara una línea sonora en la bóveda celeste. Primero parecía lejano y, poco a poco, entrecortado por intervalos de silencio, iba acercándose. Cuuu... cu cu… Cuuu... cu cu. Luego comenzaba a apagarse su canto nocturno, desvaneciéndose con lentitud hasta desaparecer en la oscuridad. Otras veces era el ruido de un animal escarbando entre las hojas secas, a la izquierda, a escasos metros, muy cerca de donde habíamos colocado las herramientas de trabajo, o el movimiento sigiloso de un cuerpo entre la maleza, hacia el sendero por donde habíamos llegado, el cacareo de centenares de ranas y sapos, y el canto menudo de millones de insectos cuyo vuelo sentía cercano, algunos incluso golpeando contra mi chinchorro. Era Cuba lo que

mi viejo buscaba en Barlovento, y yo no lo sabía, no podía saberlo. Ignoraba que la noche de la selva, llena para mí de sonidos nuevos, era para él una intimidad otra. Y nada me dijo. Lo supe veinte años más tarde, en otra tierra para mí tan ajena como cercana. Cuba en Barlovento para él, Barlovento en Cuba para mí, lo otro entre ambos, formando parte de nosotros.

Jean de Léry viaja a Brasil en el siglo XVI y escribe sus memorias de viaje. Narra sus experiencias ante lo exótico absoluto. Yo viajo a Cuba y me encuentro con lo otro, un otro que me explica en lo más íntimo, en lo propio. El viaje exótico se hace íntimo, el relato del otro autobiográfico.

–Aquí es –añadió el pasajero que se había ofrecido ayudarme. Pregunta en el abasto de la izquierda.

El jeep se detuvo al lado derecho de la carretera, entre el asfalto y tierra de la cuneta.

–Muchísimas gracias por su ayuda, señor –dije–, y bajé de inmediato tratando de no golpear con mi morral a los demás pasajeros.

La carretera de asfalto donde me detuve seguía luego internándose en el paisaje, como si dejara de existir tras los árboles cercanos. Al lado opuesto de la calzada estaba el abasto donde mis padres iban a hacer sus compras. Lo reconocí por su posición paralela a la carretera de asfalto, y perpendicular a la de tierra que se internaba en los cafetales, tal y como me lo había descrito mi madre. Iban allí a caballo o a pie cada vez que necesitaban comprar algo, de manera que su finca no podía estar lejos, uno o dos kilómetros a lo sumo. Recorrí con los ojos el paisaje aledaño buscando un signo que pudiera orientarme. Era inútil. Podía ser en cualquier lugar. El mundo entero es equivalente en todas sus direcciones y por completo opaco cuando nada nos ata a él. Los árboles son vegetales sin nombre, inclasificables. Sus flores no abren con el sol, sus frutos no maduran y caen. Las casas parecen simples fachadas de teatro y las personas que pasan meros seres vivos, como autómatas orgánicos sin historia, sin nombre, sin familiares ni amigos. Todo se reduce al instante mismo en el que los vemos, exactos en su apariencia cinematográfica, conjugados en presente. Solo el abasto, y precisamente porque formaba ya parte de una memoria viva, por ligera que fuera, parecía tener sentido. Era una de esas casonas grandes con techos de zinc a dos aguas y un alero ancho que reposaba sobre columnas de madera. Los clientes entraban por cinco grandes puertas de al menos tres metros de altura. Justo frente al abasto, perpendicular a la carretera de asfalto, comenzaba la carretera de tierra, de un color amarillento que resplandecía bajo el sol. Crucé la calzada y entré al caserón. Las cinco puertas de entrada daban a un gran espacio interior dividido en dos partes, de un lado y otro de un enorme mostrador de madera. Al interior, los objetos se perdían en la penumbra. Repasé discretamente el rostro de las pocas personas que esperaban su turno, temiendo incluso reconocer en sus rasgos a algún familiar desconocido. Observaba el color de su pelo, las entradas en la frente, la forma de sus ojos y su nariz. Ninguno me pareció siquiera cercano en sus rasgos y, por lo demás, parecían ignorarme.

Me dirigí al encargado que atendía detrás del mostrador, con su sombrero de paja.

–Buenas tardes –dije–: busco a la familia Jiménez, ¿podría decirme, por favor, dónde puedo encontrarla? Me ilusionaba que alguno de los presentes pudiera decir: «soy Astral Jiménez», o «yo voy para allá, si me esperas unos minutos puedes venir conmigo», pero

nadie pronunció una palabra. Por el contrario, callaron de repente como callan las chicharras cuando nos acercamos demasiado al árbol donde cantan. –Claro –respondió con indiferencia el encargado del abasto, mientras servía a uno de los hombres que parecían ignorarme–: Toma la carretera de tierra y pregunta en la primera casa que encuentres a mano izquierda, ellos saben dónde viven. Tienes que atravesar una hacienda para llegar hasta allá y no te será fácil hacerlo sin su ayuda.

–Muchas gracias –respondí—, y de inmediato tomé la dirección indicada.

Salí de la oscuridad del abasto y por un momento me cegó la luz intensa de la tarde. Luego, en una transición paulatina, fue reapareciendo el paisaje. Atravesé de nuevo la calzada ardiente y tomé la carretera de tierra. Iba como encantado por la cercanía del paisaje, buscando en mis recuerdos todas las imágenes que pudieran concordar con lo que estaba observando. Recorrí unos doscientos metros bajo un sol abrasador, rodeado de chicharras y mariposas, escuchando el canto lejano de las aves y recordando Barlovento. En el punto donde la carretera giraba a la izquierda y comenzaba a bajar vi, en una ligera elevación del terreno, a una mujer blanca que barría su patio, a unos cincuenta metros de la carretera.

–Señora –dije en voz alta–, saludándola con un gesto de la mano: buenas tardes.

–Al verme dejó de barrer y se acercó con lentitud, observándome con detenimiento. Llevaba una bata blanca y ancha, ligeramente ceñida bajo los senos, con un estampado de pequeñas flores rosadas y hojas verdes. El tejido ligero parecía flotar sobre su cuerpo como una bandera al viento. Al llegar a la reja que

cerraba su jardín, y sin que tuviera tiempo de preguntarle lo más mínimo, exclamó: –¡Tú eres hijo de Erial!, ¡es increíble! –agregó–, recorriendo mi rostro con su mirada: Eres igualito a él, su verdadero retrato.

Escucharla y observar su cara de asombro me produjeron un escalofrío extraño, como si de pronto me hubiera encontrado con una aparición, con un fantasma, como si yo mismo fuera de repente ese espanto.

Fijaba sus ojos sobre mí como buscando a otro y en vez de ver al hombre joven que se acercaba para pedirle ayuda, parecía estar viendo a mi padre en su interior. No me veía a mí, sino a una imagen ya vieja clavada en su mente. Seguramente sabía que mi papá había muerto en Caracas, quince años antes, y el parecido entre él y yo debió causarle una impresión muy fuerte que se comunicó de inmediato a la totalidad de mi cuerpo bajo las formas del escalofrío. En otra circunstancia hubiera encontrado normal que una persona desconocida reconociera en mí los rasgos de mi padre. Nada más natural en el fondo. En Cuba, en cambio, en esa tierra recóndita y mítica, en medio de personas y lugares en absoluto desconocidos, el encuentro con ella me causó una impresión tan fuerte que nunca pude olvidar. Lo que sentía, en verdad, era que dos tiempos distintos, dos pasados ajenos entre sí entraron de repente en colisión, como los polos opuestos de un primitivo circuito eléctrico. Aquello no solo era inesperado, sino que me parecía sencillamente improbable, imposible casi. De repente tomé conciencia de que en ese espacio distante y otro mis padres habían vivido y dejado su huella. Un retazo de ese mundo que se desplegaba ante mí tan solo en presente, mostró de pronto su densidad.

–Tu papá y yo fuimos amigos –afirmó–, mientras continuaba escudriñándome con su mirada. Debes estar buscando a tu familia.

–Sí, busco a mi tío: Astral Jiménez. ¿Podría decirme cómo llegar a su casa por favor? Con su mirada todavía centrada en mí respondió con pausa, haciendo durar el instante.

–Para llegar desde aquí tendrías que atravesar las haciendas de café, y lo más probable es que te pierdas. Pregunta en la primera casa que veas a mano derecha, después de la curva. Ahí vive Piquine, tu tío por parte de madre. Él podrá decirte cómo llegar hasta allá o inclusive tal vez llevarte. Todos viven cerca, pero si no conoces los cafetales te perderás. Sus ojos recorrían palmo a palmo mi rostro y por momentos parecían ausentes, como si estuvieran viendo un objeto distante.

–Muchas gracias, señora –dije con toda la amabilidad que me fue posible, tratando de imaginar, sin detenerme en ello, las relaciones que pudieron unirla a mi padre–. Incómodo por lo inesperado de la situación, y sorprendido, seguí mi camino.

–¿Cómo te llamas? –preguntó– cuando yo ya me despedía con un gesto de la mano, tratando de pensar el encuentro cercano.

–Ariel –respondí, deteniéndome por un instante–. Enseguida ella regresó a su labor cotidiana, de seguro rememorando segmentos de su infancia y primera juventud. Yo estaba ya inmerso en mis pensamientos y seguía un objetivo preciso. Un tío, para mí desconocido, esperaba allí a pocos metros, ignorando que pronto se cruzarían nuestros destinos. Yo para enriquecer mi historia familiar con su imagen, su nombre, sus gestos; él para conocer a un sobrino distante del que tal vez nunca tuvo noticias.

La constante sucesión de emociones potentes, cargadas de reminiscencias sicológicas densas y variadas era para mí abrumadora. No conseguía asimilarlas con la rapidez que se imponía ni pensarlas a cabalidad para comprender lo que despertaban en mi imaginario familiar, pues de inmediato se producía otra y luego otra y otra más. Caminaba ensimismado, registrando como podía cada detalle, sin juzgarlo de inmediato, y hasta gestos que a la distancia de veinte años reconozco anodinos cobraban entonces un resplandor sorprendente. Emprendí la bajada de tierra con la impresión de estar recorriendo sectores conocidos de El Ávila, al norte de Caracas, cuando la carretera de tierra pasa ya la cima de la montaña y se interna en sus gargantas para bajar hasta el mar. El calor era intenso, y aun así una brisa fresca salía de la vegetación circundante. Se alcanzaba a sentir la humedad entre los troncos de los árboles, debajo de los arbustos. El olor de la tierra en la carretera, el canto de los insectos.

Apenas cincuenta o cien metros más abajo, del lado derecho, pude observar una cabaña discreta, como uno de esos ranchos que construyen los campesinos venezolanos en las zonas más apartadas y solitarias del país. Estaba hecha, en parte, con tablas horizontales e irregulares de madera que parecían talladas con machete, en parte con paredes de un bahareque tosco. Entre las rendijas de la madera brotaba la oscuridad del interior como si tuviera un espesor, una densidad. Alguna que otra gallina suelta picoteaba la tierra en los pocos metros limpios que la rodeaban. Me costaba aceptar que en ese rancho, la imagen misma de las viviendas harapientas que tantas veces pude observar en los recónditos campos de mi país, viviera un familiar mío. Era como llegar a uno de esos refugios

Del techo pendían bombillos sueltos, uno para cada espacio.
Ninguna imagen ocupaba los muros desnudos de su rústico hogar.

primitivos que en mi imaginario infantil caracterizaba a los campesinos más pobres y rústicos de Venezuela, indio recientemente asentado más que ciudadano de una nación cualquiera, ante el cual yo mismo, que venía de las zonas marginales de Caracas, me sentía blanco y citadino.

–¡Buenas tardes! –grité–, esperando que alguien saliera. Al poco tiempo apareció un hombrecillo delgado y curvado por la edad, que abrió la puerta con la misma calma apagada de mi tía en Guantánamo. Llevaba una gorra similar a la que usa el ejército cubano, su alero cuadrado deshilachado al frente, y unos anteojos grandes y gruesos que hacían ver sus ojos enormes. La camisa blanca y sucia que vestía, mal abrochada, con un solo botón, parecía flotar sobre su cuerpo de huesos y pellejos. Llevaba un cigarrillo maltrecho y sin filtro en la boca, y un par de botas negras, de apariencia militar, donde flotaba el ruedo de sus pantalones, lo que acentuaba la delgadez esquelética de sus piernas.

–Buenas –balbuceó–, en su voz apenas audible, tomando el cigarrillo con su mano derecha, mientras su mano izquierda, deformada por la artritis, sostenía la puerta entreabierta.

–Busco a Piquine –dije–, temeroso de que respondiera: «Soy yo».

No temía que mi tío fuera un campesino pobre y viejo; no era en absoluto un asunto de clase o de nivel social. Demasiado sufrí yo el desprecio de los otros como para sentir ese tipo de sentimientos, siempre aborrecibles y aborrecidos por mí. Temía solamente enfrentarme a ese extraño que de repente se hacía tan cercano, tan íntimo como puede serlo un tío; temía ver de nuevo materializada esa cercana lejanía que no me quitaba un instante desde mi llegada a La Habana.

Aquí y allá, en medio de ese espacio oscurecido por un hollín de años, un rayo de luz caía sobre el piso y sobre su cuerpo frágil de mi tío, haciendo brillar su gorra sucia.

Sería además muy triste y no podría hacer gran cosa para ayudarlo.

–¿Y quién es usted? –preguntó a manera de respuesta.

–Soy Ariel, el hijo de Velia, su hermana de Caracas.

Contrariamente a lo que había sucedido con mi tía en Guantánamo, el rostro arrugado de ese viejecillo encorvado se iluminó de repente y sus ojos enormes se abrieron todavía más tras los cristales burdos de sus anteojos.

–¡No puede ser!… ¡No puede ser! –repitió varias veces con su voz menuda–. La emoción era evidente en su rostro y debió serlo también en el mío, porque por un instante no supimos qué decir. Su cuerpo ensayaba diversos movimientos, que luego se detenían, para esbozar por un instante su contrario. No sabía si hacerme entrar o llevarme a un lado, al frente de su rancho, donde un banco tosco esperaba bajo la sombra. Al fin abrió la puerta y me invitó a entrar. Las planchas de madera clavadas entre sí por dos burdos travesaños se abrieron con el chirrido y el bailoteo típico de las bisagras fabricadas con grandes clavos doblados.

–Pasa mi niño, pasa, ya sabes cómo vivimos –continuó–, mirándome tan fijamente como yo a él. Entramos directamente a una especie de cuartucho oscuro, de unos tres metros de ancho por tres o tres y medio de largo. A un lado había un banco y al frente, en una mesa inclinada cuyas patas reposaban sobre bloques de cemento, seguramente para evitar la humedad del piso, un televisor viejo y una radio. A la derecha, tras una sábana sucia transformada en cortina, se encontraba la única habitación, un espacio oscuro apenas mayor que el saloncito donde entramos. Del techo pendían bombillos sueltos, uno para cada espacio. Ninguna imagen

ocupaba los muros desnudos de su rústico hogar. El habitáculo daba directamente sobre la cocina, con un piso de tierra de una irregularidad sorprendente. Era como si hubiera construido su rancho sin siquiera haber aplanado el terreno donde habría de vivir, como si su morada y su vida misma se hubieran posado de repente en el terreno disponible, conscientes del escaso tiempo que pasarían sobre la tierra o como si, tras años de uso, la parte central se hubiera ahondado paulatinamente de tanto barrerlo, dejando aparecer una multitud de piedrecillas medianas y chicas. Las planchas que cerraban la cocina tenían entre sí una separación mayor que en otras partes de la casa y una de ellas, perpendicular a la entrada, parecía haber sido eliminada para dejar una apertura horizontal en forma de ventana. En otros sectores de la pared, en particular cerca del suelo, a la izquierda, las planchas se habían zafado o estaban a punto de caerse, podridas, sin que eso pareciera preocuparle. Justo debajo de la apertura que servía de ventana se encontraba una mesita cuadrada, con dos poncheras metálicas boca abajo, una superpuesta a medias sobre la otra. Entre sus patas una cesta de mimbre. Un conjunto irregular y escasísimo de ollas y tazas metálicas, todas abolladas, ocupaba el espacio de su cocina hacia la izquierda, con un pipote lleno de agua en el suelo. Las tazas colgaban por el asa de un clavo, las tapas de las ollas incrustadas de canto entre las planchas de madera. Una que otra lata abierta con cucharas en su interior y un vaso de vidrio. En el centro humeaba todavía un fogón rudimentario. La luz de la tarde entraba por las rendijas de las paredes y se materializaba con el humo en rayos azulados y vibrantes. El olor pegajoso del hollín, la madera vieja,

la humedad de las cocinas campesinas. Aquí y allá, en medio de ese espacio oscurecido por un hollín de años, un rayo de luz caía sobre el piso y sobre el cuerpo frágil de mi tío, haciendo brillar su gorra sucia. Nada sin embargo brillaba tanto como sus ojos, ni me llenaba de contento como esa energía que salía a borbotones de su rostro cansado.

–Pasa –repitió–, dirigiéndose a la cocina: Debes tener sed.

–La verdad es que sí, ¡hace tanto calor! –agregué, aceptando el agua que me ofrecía–. Tomó un vaso de vidrio y una de las tazas metálicas que pendían del muro. Hundió la taza en el pipote de metal. Llenó el vaso y me lo ofreció. –Te traje un pequeño regalo –dije– después de tomar un trago de agua. No es mucho, disculpa, no pude encontrar lo que quería en Guantánamo, y le di una de las dos botellas de ron añejo que había comprado para regalársela al primero de mis tíos o tías que encontrara. –¡Muchacho! ¡Eso aquí no lo vemos ni en pintura! ¡Cosa más grande! ¡Gracias!, ¡gracias! Lo voy a poner en mi cuarto, mijito, para que nadie se enamore de ella, ¡porque eso aquí desaparece en un dos por tres!

Sentí el fresco reconfortante del agua bajando por mi garganta hacia la boca del estómago, como sucede a veces cuando el calor es intenso y la sed prolongada. Terminé de tomar observando con tristeza la pobreza de su rancho, mientras él escondía la botella en algún rincón de su cuarto, debajo de la cama o detrás de la ropa sucia. No me dejaba el asombro ante tanta miseria, ante tantas privaciones juntas.

–Tienes que conocer a tus primas –siguió diciendo, al salir del cuarto donde entró por unos segundos–. Vamos a verlas, viven cerca. Sacándose el cigarrillo de la boca me señaló la entrada, como invitándome a salir. Cerraba con esfuerzo la puerta del rancho y entre tanto le pregunté por Astral, mi tío paterno, y le dije que me gustaría ir a verlo.

–Claro –asintió con un ligero gesto de duda–. Luego vamos, no vive lejos. Primero tienes que conocer a tus primas. Vamos, vamos, ¡que se van a caer de culo cuando te vean! Viven a unos cien metros de aquí, al borde de la carretera.Atravesamos su patio y emprendimos la bajada.

Fue la primera vez, si no me traicionan la memoria y los años transcurridos, que sentí en sus palabras la sombra de una rivalidad entre ambas familias, la materna y la paterna. Poco a poco las tensiones entre ellos fueron revelándome episodios confusos de mi infancia; los silencios entre mi mamá y mi tía paterna, riñas y reproches que nunca entendimos, y esa marcada distancia entre nosotros y los primos y primas de mi papá que vivían en Caracas, que siempre vivimos como desprecio.

Seguimos bajando por la carretera de tierra, que fue transformándose en una leve pendiente hasta hacerse casi llana. Pronto llegamos a un caserío, de lado y lado de la carretera, donde todos parecían familia. Las dos primeras edificaciones de la derecha, en bandas horizontales de madera, sin pintura, me llamaron la atención. Eran perfectamente cúbicas, con una puerta y una ventana al frente, otra ventana al lado. Su techo de cuatro aguas le daba un aire oriental, chino o japonés, en especial por el alero grande que reposaba sobre pilares de madera. Las otras eran pequeñas construcciones en bahareque pintadas de blanco con cal. Tenían un techo de zinc oxidado a dos aguas. Una sola puerta y una o dos ventanas, sin cortinas ni vidrios y tan pequeñas que más bien parecían perfora-

ciones en los muros de aquellos cuartos grandes que tenían por casa. Debían ser espacios tristes y oscuros en su interior, sin duda muy calientes. En su exterior, en un ambiente árido, ni una sola planta floral para reducir la aridez, ningún intento por arreglar el entorno de aquellas construcciones escuetas. No parecían viviendas sino cabañas de un asentamiento temporal. Y tal vez eso fueron al inicio, una especie de campamento destinado a recibir a los obreros que participaban en los trabajos colectivos como la recolección del café. La pequeña construcción cuadrada, al centro del caserío, de un metro y medio a lo sumo, sin ventanas, parecía ser un baño público. De allí, sin embargo, de esos espacios hostiles, salió una multitud de niños y niñas semidesnudos y descalzos, junto con dos mujeres mayores mal vestidas y sucias. Eran mis primas, con sus hijos e hijas, observándome con asombro.

–Es Ariel, el hijo de Velia –les dijo mi tío con evidente emoción–. ¡Vino de Caracas a visitarnos! Mis primas debían tener entre treinta y treinta y cinco años de edad, pero era evidente que los partos repetidos y aquella vida ruda del campo les había impuesto un envejecimiento prematuro. Sus senos caídos, sin sostén, eran visibles tras las blusas sucias. Una de ellas, en especial, llamó mi la atención, no solo por su boca desprovista de todos los dientes frontales, también y en particular porque su rostro y su aspecto general eran como el doble de Consuelo, la vecina que en mis recuerdos de infancia representó para nosotros la imagen clara de lo que nunca quisimos ser: la marginalidad misma. La otra, con su franela de estampados rosados, sonreía con los labios cerrados, sin duda para esconder el hueco de los dientes que le faltaban. Cargaba un niño desnudo y barrigón en sus brazos. De su

pecho colgaba, atado a una cuerda, un chupón de plástico. Su ombligo, sobresaliente, medía entre un centímetro y un centímetro y medio, cercano al de algunos niños que pude conocer en Venezuela durante mi infancia. El suyo, al menos, parecía discreto, comparado al de esos niños cuyos ombligos alcanzaban a veces tres y cuatro centímetros, y eran tan largos como sus dedos.

–Ella es Mercedes –continuó Piquine– presentándome a la primera. Y ella Caridad, la mayor.

–Encantado de conocerlas –dije–. Nunca imaginé que tuviera tantas primas y primos, que la mía fuera una familia tan grande. En Caracas, aparte de mi mamá y mi tía Ibis, mi hermano y mi hermana, no conocemos a ningún otro miembro de la familia cercana.

–Ya ves –afirmó Caridad–, la desdentada de pelo negro y abundante, ¡toda tu familia está aquí!

Ambas comenzaron de inmediato a hablar al mismo tiempo, haciéndome una multitud de preguntas, mientras los niños corrían por todas partes y yo intentaba reconstruir en sus rostros menudos el rompecabezas de mi familia. Una me preguntaba sobre mi mamá, mi hermano y mi hermana, sobre la situación en Caracas; la otra sobre lo que pensaba hacer, los días que me quedaría con ellos, si tenía hijos y cuántos. Respondí como pude las preguntas más concretas, les expliqué que venía por muy corto tiempo y que tendría que irme al día siguiente, que estaba feliz de conocerlos, de reanudar una relación que nunca debió romperse. Tal vez porque supieron en ese momento que me iría al día siguiente y no querían perder la ocasión, la conversación comenzó a centrase en lo que podría hacer por ellos, cómo podría ayudarlos. Les expliqué que no era rico

De allí, sin embargo, de esos espacios hostiles, salió una multitud de niños y niñas semidesnudos y descalzos, junto con dos mujeres mayores mal vestidas y sucias. Eran mis primas con sus hijos e hijas…

y que buscaría la manera de enviarles alguna ayuda tan pronto como regresara a Caracas. Entonces comenzaron a preguntarme sobre las cosas que podría conseguir, lo que podía enviarles, cómo y cuándo: pequeños collares o pulseras en oro, relojes, zarcillos, camisas y pantalones –sobre todo blue jeans–, zapatos, jabón y perfumes…

–Claro, claro –repetía una y otra vez una de mis primas–. ¿Cómo podrás hacernos llegar algo, si ni siquiera llegan las cartas que enviamos a Caracas y nunca recibimos respuesta? –Es imposible –le decía a la otra–, en cuanto vean que nos envían un paquete se quedarán con él, se lo van a repartir entre ellos, seguro que no pasa de las oficinas de La Habana. ¡Nunca llegará hasta aquí, puedes estar segura!

–¡Déjenlo tranquilo! –insistía mi tío, observando la incomodidad que crecía en mí ante la multitud de pedidos–, ¡que él no puede cambiar a este país!

Qué triste circunstancia –decía para mis adentros– que fuera justamente en una de esas naciones donde durante décadas se ha querido erradicar «el despilfarro inmoral del capitalismo» donde existiera una sed tan radical por la posesión de esa infinidad de objetos que produce el reino del consumo y del mercado, el diabólico capital. Ni en los barrios pobres de Caracas, de donde yo provenía, existía una tal necesidad y una tan enfermiza febrilidad por tener. Era una situación difícil que me martirizaba, acosado por ellas y contrariado por no poder ayudarlas. ¡Cuánto lamenté entonces no haber llevado algunos pequeños regalos! Un jabón para los adultos, alguna ropa para los niños, caramelos, juguetes. La verdad es que nunca imaginé que me vería confrontado a una situación similar. De haberle preguntado a algún cubano que mantuviera contactos regulares con sus

familias, quizás hubiera podido alertarme. Pero la escasa comunicación que existió entre nosotros, ya sea por el atraso del correo en ambos países, o por el férreo control que, decían, mantenía el gobierno cubano sobre los ciudadanos, se había limitado a mi familia paterna, y la muerte de mi papá, quince años atrás, la detuvo por completo. Y ahora que podía constatar el estado de incultura y marginalidad en que vivía la familia de mi mamá, se me hacía fácil comprender por qué nunca hubo contacto alguno entre ellos y nosotros. ¿Cómo es posible, señor?, repetía en silencio –a pesar de mi incapacidad para creer–, ¿qué puedo hacer?

Debían ser cerca de las cuatro. La tarde avanzaba tranquila e indiferente y yo comenzaba a preocuparme por la noche que pasaría allí, con ellos, en medio de tantas privaciones. ¿Qué podría comer sin desestabilizar su precario equilibrio económico? ¿Dónde podría dormir? Llevaba dinero, y la situación hubiera sido soportable de haber podido comprar un poco de carne, arroz o legumbres, pero al llegar pude ver el abasto de la carretera, y era inútil que volviera. No había, así de sencillo, nada que pudiera adquirir para comer o que pudiera aportar para ayudarlos.

Con mi tío Piquine, era evidente, no hallaría sitio, incluso si su alegría abría para mí un espacio inmenso. ¡Nunca, en los últimos treinta años –eso dijeron mis primas– lo habían visto tan contento! Y ellas, con esa multitud de niños y niñas, tendrían seguramente menos espacio y recursos. De todas maneras, ninguna de ellas me invitó, nadie me había dicho: «Ven, quédate con nosotros». Al ver el estado de sus cabañas, por lo demás, era comprensible que no lo hicieran. Con toda seguridad, pensé, me vería obligado a retomar el jeep para regresar a Guantánamo esa misma noche. Debía

El patio frente a las casas era un desorden raro…
como si los habitantes del lugar los hubieran abandonado
antes de irse, a la carrera, huyendo de una catástrofe.

preguntarles hasta qué hora trabajaba la línea de transporte, ver a mi tío Astral y prepararme para el regreso.

La curiosidad que despertaba mi visita no dejaba de aguijonearlas. Siguieron haciéndome preguntas por un buen rato. Una de ellas, la desdentada, que trabajaba en la escuela como maestra, se ofreció para llevarme a que la conociera. –¡Eso está lleno de muchachas bellas, si vienes conmigo te acuestas con la que quieras, oye, con la que te guste, repetía! Las conozco a todas y sé cómo se comportan. ¡Tú vente conmigo y verás!

–Déjalo en paz –insistió mi otra prima–, que él vino aquí a conocé a su familia y no tiene por qué meterse en problemas. –¡No hombre, si no hay ningún problema! ¿Por qué va a meterse en líos si son muchachas solteras, mijita?

–Gracias, gracias –dije–, fingiendo interés, mi prioridad es conocerlos a ustedes. Por eso, si no les molesta, me gustaría ir a la casa de Astral, para conocerlo a él también y a su familia. No tengo mucho tiempo.

Enseguida se miraron entre ellos con asombro, casi con molestia, y al instante una de mis primas inquirió:

–¿No te vas a quedar allá? ¿No? Después regresas.

–Por supuesto, lo que más deseo es conocerlos, conversar con todos el mayor tiempo posible. Mañana mismo por la tarde debo regresar a La Habana. En otro momento, eso espero, volveré con calma. Aproveché un viaje de trabajo y así, a escondidas, me vine para Guantánamo. No quería perder la ocasión de conocerlos.

–Bueno, bueno, que yo sé cómo son las cosas con Astral y los Jiménez. ¡Ellos se creen mejor que nadie!

La rivalidad ancestral entre ambas familias crecía a medida que pasaba el tiempo; pronto entendí que tendría que lidiar con ella para no herirlos. Era patente que yo era para ellos un miembro blanco de la familia y que precisamente por eso un gesto deleznable en otras circunstancias podía despertar su desconfianza de clase, su secular susceptibilidad ante el blanco rico que era para ellos, una sensibilidad aún más dolorosa y a flor de piel, porque se trataba de un miembro de la familia. Pasar más tiempo con los Jiménez que con ellos, los Benítez, podría ser interpretado como un gesto de desprecio inaceptable y producir un sentimiento de humillación que no deseaba despertar en ellos.

Yo lo había vivido en Caracas ante la familia de mi papá, sus primos "acomodados". Era una de las varias líneas familiares que, en diversos períodos y desde el siglo XIX, emigraron a América huyendo de la miseria española o buscando horizontes más amplios. Algunos se habían ido a Cuba, otros a Venezuela. Ellos, los miembros de la rama familiar canaria que había emigrado a Caracas, tenían en ese momento una posición confortable. Eran comerciantes emprendedores y vivían en San Bernardino, una zona residencial relativamente lujosa en la Caracas de los años cincuenta y sesenta. Cuando mi papá decide dejar Cuba para vivir en Caracas, a principios de 1958, se instaló en los bordes semi rurales de La Pastora, a las faldas del Ávila donde vivía su tío Arturo, ferviente partidario de las batallas revolucionarias que se libraban en Cuba. Por eso, tan presto como Fidel triunfó, decidió instalarse en La Habana dejándole a mi papá, en un alquiler flexible, el lugar donde vivía. Allí debimos instalarnos a finales de 1959 o en los primeros meses de 1960.

A esa casa –que durante mi primera infancia fue muy bella, rodeada de jardines– iban a visitarlo sus

primos y los amigos españoles de sus primos, una pareja a la que por cariño llamábamos El chato y La chata. Venían los domingos, cuando mi mamá preparaba grandes comidas para ellos. Nunca, eso sí, vinieron sus hijos, y nosotros nunca fuimos invitados a sus apartamentos en la ciudad. Pero las visitas comenzaron a distanciarse, haciéndose esporádicas, si acaso una o dos veces por año, a medida sin duda que la zona donde vivíamos fue transformándose en una barriada marginal y peligrosa, hasta que en la madrugada del primero de enero de 1973, tras la muerte de mi papá, cesaron por completo. Nunca volvimos a ver a los primos canarios. El chato y La chata, a quienes recordábamos con auténtico aprecio, llamaron quizás un par de veces por año, y eso durante un tiempo. Nunca más volvieron.

En realidad –aunque solo lo entendí años después– ellos no venían a visitarnos. Visitaban a su primo blanco, venían a comer con él y por eso atravesaban la frontera de prejuicios que alimentaba y alimenta el clasismo de la sociedad venezolana, y, como pude constatarlo en Cuba, el racismo y las diferencias de origen que generación tras generación, de España a Cuba, y de Cuba a Venezuela, arrastraban consigo. Poco importaba que ahora, en la Cuba socialista, vivieran la misma uniforme pobreza, iguales en deberes y miseria. Unos eran blancos, de origen español, otros criollos, mestizos de cuerpo y alma. Apenas unos trescientos metros de cafetales los separaban, lo suficiente para alimentar un abismo de prejuicios que nunca, o casi nunca, lograban traspasar. Solo yo atravesaría la frontera esa tarde, como treinta años antes lo había hecho mi papá, un Jiménez, para casarse con una de las Benítez.

–Vamos –dijo mi tío Piquine–, yo te llevo.

Me despedí asegurándoles que vendría lo antes posible, y de inmediato nos dirigimos hacia los cafetales que bordeaban la carretera. Los niños se dispersaron a toda carrera, alborotados. Mis primas se quedaron conversando entre ellas. Un par de veces me volteé para despedirme con un gesto de la mano, al que ellas respondieron con cierta torpeza, como si dudaran de lo que debían hacer. Entendía sus reservas, comprendía lo que estaba pasando y, sin embargo, me alejaba con alivio.

Pronto nos internamos en la penumbra de un bosque fresco y claro. Grandes árboles, entonces frondosos, habían sido sembrados a intervalos regulares, de entre diez y quince metros de distancia. Su follaje aseguraba una sombra clara filtrando el sol para los cafetales que crecían como cobijados por ellos. Entre café y café, luego, y como para aprovechar al máximo el terreno, crecían innumerables cambures. Yo seguía a mi tío por la estrecha carretera que atravesaba los sembradíos, tratando a cada paso de anclar mis recuerdos en lo real. Por retazos se aferraban a las hojas y al terreno las historias escuchadas en mi infancia, y aunque los campos en ese punto eran llanos, imaginaba la cercanía de las montañas donde mi mamá alcanzó a escuchar los tiroteos de la Revolución, hacia 1957-58, justo antes de su viaje a Venezuela, cargándolas para mí de un sentimiento misterioso. En la guerra de guerrillas que libraban las tropas de Castro contra el gobierno de Fulgencio Batista era común que aprovecharan la noche para atacar algún convoy militar a las afueras de Guantánamo. Quilómetros a la redonda se escuchaban los ecos lejanos del tiroteo, e incluso la voz de auxilio de algún soldado perdido en la oscuridad de las montañas, huyendo del enemigo.

Luego se instalaba de nuevo el silencio y en la mañana se contaban los muertos. Los rumores circulaban después de boca en boca, de poblado en poblado. Que habían matado al hijo de Pedro González, que Carlos Arteaga estaba detenido, que en el bohío de Juan habían encontrado armas y municiones, y que en ese mismo momento, frente a su esposa e hijos, lo habían fusilado. Junto a esos recuerdos de sus últimos meses pasados en Cuba, surgía también la multitud de historias infantiles que una y otra vez escuché en los labios de mis padres. En los cafetales, por supuesto, en las montañas circundantes, pero sobre todo en el río, que debía estar cerca.

Seguíamos caminando y, atraído por el suave crujido de las hojas secas bajo el cuerpo ligero de mi tío, trataba de imaginar lo que pudo haber sido su infancia en la serena gloria de ese pequeño paraíso vegetal, cuando Cuba fue lo que su memoria retuvo desde entonces. Mi mamá me habló siempre de lo bello que era un cafetal florido, cubierto por completo de menudas florecillas de un blanco inmaculado sobre el verde sostenido del follaje, del aroma intenso que invadía las montañas, de las horas que pasó sola, recorriéndolo a pie o a caballo, de los días enteros recogiendo el grano maduro, de los baños entre muchachos, jugando y riendo, en el caño grande que bajaba de las montañas serpenteando entre peñascos.

–¿Queda lejos el río? –le pregunté a mi tío que caminaba silencioso delante de mí–.

–No –respondió, deteniéndose un momento para tomar aliento–. Está justo detrás de esta colina –continuó–, retirando el cigarrillo de su boca. Desde la casa de Astral podrás llegar en un salto. Solo tienes que bajar del otro lado. Igual podemos llegar por la carretera, es mucho más fácil y cerca. Ahí es

donde se bañan los niños cada día cuando vuelven de la escuela. Me imagino que tu mamá y tu papá te hablaron mucho de él. Aquí no hay nada que hacer, si no es meterse en el monte a trabajar, enamorar a las muchachas o bañarse en el río. Y eso que ahora es fácil y rápido ir pa Guantánamo. Cuando éramos muchachos ni siquiera existían los yises, ni la carretera, y si querías ir pa allá tenías que pasar unas dos o tres horas a caballo, atravesando los ríos, subiendo y bajando por esos montes. Y ni te cuento lo que era en tiempos de lluvia, con esos ríos bravos y la montaña mojá. ¡Ni los caballos podían bajar sin resbalarse! ¡Había que ser bueno montando, acostumbrao desde muchacho pa no caerse! Sus comentarios revivieron de inmediato los relatos de mamá, cuando por alguna circunstancia sus padres le pedían que fuera hasta Guantánamo a caballo. Lo mejor para ella, una jinete entrenada, era atravesar los ríos a caballo en el período de lluvias. Como siempre, claro está, lo que para el joven era un juego en situaciones de alegría, para el adulto, en particular cuando algún pariente estaba enfermo, se transforma en una verdadera pesadilla, y aquellos bosques debían cobrar un rostro distinto, agreste y amenazador, muy distante del hermoso y apacible entorno que descubría esa tarde por primera vez. El sendero que seguíamos se hizo de pronto más empinado, y a los pocos minutos llegamos a un claro abierto en el bosque, en lo alto de una pequeña colina.

–Aquí es –dijo mi tío–, bajando el ritmo, cansado por la subida.

Dos casas se encontraban al otro extremo del descampado; una de ellas, hecha en piedra y ya casi abandonada, ocupaba el lado izquierdo. Un techo de zinc la cubría por completo a unos cuatro metros

de altura, por encima de las piedras donde todavía se observaban las huellas del techo original. Piedras apenas amontonadas cerraban las puertas hasta la mitad, en un contraste claro con el mejor acabado de los muros antiguos. A su derecha una cabaña de madera, discreta y sin pintura, con su techo a dos aguas de un zinc oxidado y su característico porche, parecía habitada, aunque sus alrededores daban una curiosa impresión de abandono. Un perro amarrado ladraba a la izquierda.

No se trataba, o no solamente, del desorden característico de la marginalidad, sino de un caos extraño, inesperado, porque mientras algunos elementos como la carreta vieja (una estructura de madera con eje y cauchos de jeep), los muros de piedra cuidadosamente aparejadas y un gran tanque redondo, también de piedra, indicaban que alguna vez hubo allí manos laboriosas, otros elementos señalaban un franco abandono, una neta degradación. El patio frente a las casas era un raro desorden de piedras, pipotes metálicos caídos de lado, troncos y viejas cestas de mimbre, como si los habitantes del lugar los hubieran abandonado antes de irse, a la carrera, huyendo de una catástrofe.

–Astral se va a sorprender, ni siquiera imagina quién viene a visitarlo –decía Piquine a medida que nos acercábamos al cobertizo de la entrada–.

–¡Astraaaal! –grita hasta donde se lo permiten sus frágiles pulmones–, pero quien sale a recibirnos no es él, sino una mujer negra, relativamente joven y guapa, de unos cuarenta años de edad. Llevaba una franela de mangas cortas y rayas horizontales de color azul, con un blue jeans ajustado que alguna vez fue azul, su pelo recogido y atado a la altura del cuello por una peineta de plástico.

–¡Hola Piquine! ¿Qué te trae por ahí, mijito? –, pregunta, mientras trata de esconder la sorpresa que le produce mi llegada inesperada. Quizás reconoce en mí los rasgos característicos de los Jiménez, porque sigue hablando con Piquine sin quitarme la mirada de encima, sin el menor comentario.

–Buenas tardes –le digo–.

–Buenas tardes –responde–, con una sonrisa generosa que dejaba ver sus dientes completos y blanquísimos, aunque irregulares.

–Les traigo una sorpresa –dice Piquine, como haciendo durar el misterio–.

–¡Ya veo!, ¡ya veo…! ¿Y a quién nos traes por ahí, mijito?– ¡Por la ropa que trae y ese aire medio perdío no debe ser de por aquí!

–Es Ariel, el hijo de Erial y Velia, vino de Caracas y quería conocerlos.

–¡Vaya si es una sorpresa! –exclama de inmediato con una alegría inquieta. ¡Astral!, ¡Astral! –gritaba sin quitarme la mirada de encima, como si quisiera detectar mis más mínimas reacciones. ¡Ven a ver! ¡Adivina quién vino a visitarnos!

–Voy, voy –gritó mi tío desde el interior de la casa–.

–Pasen, por favor, no se queden ahí, entren y siéntense un momento, que él ya viene. Entramos los tres al saloncito principal, cuyo interior ordenado contrastaba con el abandono exterior, en tanto que, con movimientos enérgicos y rápidos, arrimaba las sillas de la mesa para que pudiéramos sentarnos. No hacía falta que nos presentaran, su presencia en la casa, la familiaridad entre ellos me indicaban que era la esposa de mi tío. De un rincón apartado de mi memoria surgió de repente el recuerdo de conversaciones lejanas con mi padre, contándome sus aventuras amorosas en el río cercano, cuando era apenas

un muchacho, con las negras hermosas de El Limonar. Mi tío, por lo visto, había sucumbido como él a la belleza escultural de sus cuerpos para fundar con una de ellas su familia. Para ellos no debía ser fácil, en medio del racismo característico de los cubanos blancos –de la mayoría al menos, porque mi tío de toda evidencia no lo era–, y por eso su esposa me miraba con esa ligera desconfianza, con la mirada curiosa de quien estudia los gestos de su interlocutor en la búsqueda de algún signo: un ligero parpadeo de los ojos al escuchar sus palabras, alguna mueca de la boca, como esos rictus involuntarios que delatan lo que no nos atrevemos a decir.

–¡Qué alboroto es ese! –decía mi tío atravesando el umbral de la habitación oscura de donde salía, el torso desnudo, la clásica gorra militar en su cabeza–. Todos compraban (¿o recibían?) un tipo específico de ropa, pues la gorra y los zapatos eran invariablemente los mismos, dándoles una uniformidad militar que no podía escapársele ni al desprevenido visitante que era yo, al menos para aquello que tenía que ver con la moda y los signos exteriores de riqueza y estatus. Astral era un hombre de altura considerable y delgado, de unos cincuenta y cinco años de edad. Como la mayoría de los hombres del lugar, acostumbrados a trabajar en el campo cortando monte, sembrando y podando árboles, era de músculos marcados. Las venas de sus antebrazos, serpentinas y sobresalientes, se asemejaban a los circuitos de un humanoide biomecánico. La grasa no tenía cabida en el cuerpo de esos campesinos austeros, aunque su piel, en especial a nivel del vientre y del cuello, daba signos claros de envejecimiento. Su rostro alargado parecía tallado en madera, esculpido en planos rectos y angulosos,

como de hecho el resto de su torso, particularmente las clavículas y los hombros. Sus ojos se hundían bajo las cejas y parecían tener una separación mayor que de costumbre lo que, unido a la frente despejada de los Jiménez, le daba un semblante risueño y generoso.

–¿A que no adivinas quién es? –preguntó su esposa–, con esa sonrisa luminosa, aunque inquieta, que no la dejaba nunca.

–Hola –dije al verlo llegar–.

–Hola –contestó–, todavía parco en palabras, desconcertado y tratando acaso de ubicarme en el universo mental de los rostros conocidos.

–¡Es tu sobrino, el hijo de Erial!

–¡Muchacho! ¡Eso sí que es una sorpresa! ¿Y qué tú haces aquí? ¿Cómo llegaste? ¡Cómo te pareces a él!

Una actividad febril se apoderó de ellos, como si trataran de ordenar los recuerdos de la infancia y los objetos de la casa al mismo tiempo, buscando además la manera más adecuada de recibirme. Piquine observaba sonriente, a un lado, y yo trataba de alguna manera de hacerlo partícipe del encuentro, de integrarlo a la conversación.

–Siéntense, por favor, siéntate Piquine –dice mi tío dirigiéndose a él directamente–.

–No gracias, debo irme, vine aquí pa traerlo. Lo esperaremos en la casa, él sabe cómo llegar.

–¡Pero ya es tarde, tendrá que quedarse aquí! ¿A dónde va a dormir? –pregunta Astral, dirigiéndose a Piquine y a mí–. ¡Quédate con nosotros, Ariel! la cama de mi hija está vacía, ella estudia en Guantánamo y no viene hasta mañana. No es ninguna molestia. Además, tenemos comida preparada, puedes comer tranquilo.

–No quisiera molestarlos tío, puedo regresar a la ciudad, tengo una habitación reservada en el hotel, e

incluso si esta noche llego tarde tengo un cuarto esperándome y un lugar donde comer. Quería conocerlos. Vine en un viaje relámpago a Guantánamo para eso. Mañana tengo que irme.

–No, no, por favor, aquí no molestas, al contrario –agregó mi tía–, queremos conocerte, hablar contigo. No sabemos casi de ustedes y ustedes tampoco de nosotros. ¡Hace tantos años que tus padres se fueron! No te vayas. En su mirada veía, agradecido, que su desconfianza cedía. El racismo se hace evidente desde los primeros instantes, solo en la forma de mirar, en las actitudes corporales. Es una fuerza que sale por los poros, secretada por el odio y el desprecio, que nada detiene ni esconde.

–Bueno, los dejo –dijo Piquine–, me voy pal rancho. Ya comienza a hacerse tarde y tengo varias cosas que terminar antes de que llegue la noche. No lo olvides Ariel, ¡allá te esperamos! Te falta saludar a los esposos de tus primas y a varios amigos de tu papá. Tiene que conocer a Gonzalo –dijo–, dirigiéndose a Astral, era el mejor amigo de Erial y seguro que le gustará ver a su hijo. Erial y él nunca volvieron a verse con todo lo que pasó. Pronunció estas últimas palabras con todo lo que pasó, en clara alusión a la Revolución; al decirlas bajó el tono de su voz mientras observaba de reojo las reacciones de mi tío. Ambos tuvieron posiciones opuestas al principio, y a los problemas de origen y de estatus social se agregaron seguramente las diferencias políticas, ampliando aún más la distancia y la desconfianza entre ambas familias. –Ni él ni ninguno de nosotros volvió a verlo –agregó Astral–, como haciéndole saber que lo pasado no había sido culpa suya sino una jugarreta del destino, de la historia trágica de los pueblos.

No quería que una discusión pudiera oscurecer las escasas horas que pasaría entre ellos, por lo que

agregué, como cerrando el capítulo: yo paso mañana temprano a verlos tío, no te preocupes. Será un placer conversar con ustedes, contarnos cuanto sea posible los unos de los otros. Para eso vine. Y dile por favor a Gonzalo que será un placer conocerlo.

–Podríamos preparar una comida juntos –prosiguió Astral–, puedo matar un lechón y lo asamos aquí.

–También puede comer con nosotros –se apresuró a decir Piquine, respondiendo al reto–, tenemos unas gallinas.

–No hombre –agregó Astral–, con un lechón comemos todos juntos.

–Bueno, mañana veremos –respondió Piquine–, tratando ahora de eludir una conversación que se le hacía incómoda, o quizás reflexionando sobre las consecuencias de matar una o dos de las pocas gallinas que rodeaban su rancho.

–Mañana temprano paso por allá. Dales un saludo a mis primas, por favor.

–Claro, claro, mañana nos vemos.

–Hasta mañana, y gracias por todo, tío. Me saludó con la mano, con sus grandes ojos sonrientes y se internó de nuevo en los cafetales oscuros del atardecer, el eterno cigarrillo en la boca. El sol agonizaba ya en la cima de las colinas circundantes y sus rayos de un naranja rojizo atravesaban el bosque en diagonal, anunciando la noche próxima.

–Bueno, voy a preparar los chécheres pa la cena, aquí comemos temprano, además, debes estar hambriento.

–Y yo, que ni siquiera los he presentado. Ella es mi esposa –afirmó mi tío–, seguramente tratando de decir: sí, es negra. –Se llama Carmen.

–Ya nos conocimos –dije–, y en mi mirada debió percibir el agradecimiento y la alegría de estar allí, en-

tre ellos, en el calor de un hogar que había logrado superar los odios de raza. Yo, igual que ellos, había vivido siempre en las fronteras, cruzando de un lado al otro las barreras invisibles que separan los países, las clases sociales, los niveles económicos, las culturas. Agradecido además de que un familiar me abriera, al fin, y con esa generosa acogida, las puertas de su casa.

Saqué de mi morral la segunda botella de ron añejo comprado en Guantánamo y les dije que era un pequeño regalo para ellos, que sentía vergüenza por no haber traído otra cosa. No me fue posible encontrar algo mejor, agregué.

–No te preocupes, sabemos que no hay qué comprar. De todas formas, el mejor regalo que podías darnos era tu visita, haber llegado a estos montes pa vernos. Es tan inesperado y sorprendente, que no pudiste traernos nada comparable.

Astral, poco a poco lo iría corroborando, no decía eso para excusar mi falta, o no solamente, sino porque en efecto lo pensaba. Era la persona más desinteresada que pudiera imaginarse, la menos apegada a los bienes materiales que hubiera conocido. Desde niño vivió inmerso en la frugalidad tranquila de esos cafetales, en plena montaña, y sus necesidades en el plano material no sobrepasaban el deseo de asegurarle la comida a su familia, protegerse de la lluvia y del sol, proporcionarle la salud y una buena educación para su hija. Lo demás, sencillamente, excedía sus deseos, existía en esferas separadas de lo real, donde no alcanzaban a llegar sus anhelos.

–Para mí es una experiencia extraordinaria estar hoy aquí, junto a ustedes, después de tantos años. Siempre escuché hablar de ustedes; mis tíos y tías, el río, los cafetales, pero nunca tuve la suerte de conocerlos. Estoy feliz de haber venido, lo único que lamento es el poco tiempo que puedo quedarme.

–¿Y cómo hiciste para llegar aquí, muchacho?

–Una señora, que fue amiga de mi papá, en la primera casa a mano izquierda, me dijo donde vivía Piquine, y él me trajo hasta aquí por los cafetales.

–Debe ser María, en la curva –dice Carmen dirigiéndose a Astral–.

–Sí, justo en la curva –agregué. Por cierto, me dejó sorprendido, porque inmediatamente, sin que se lo dijera, reconoció que era hijo de Erial.

–Y en realidad sí –dice Astral–, te pareces mucho a él y tienes una edad cercana a la de tu papá cuando se fue de aquí. Debió quedarse impresionada: ellos fueron novios cuando muchachos. Pero dime, ¿cómo pudiste venir a Cuba?

–La historia es larga. Trabajo en Caracas, en el Instituto Internacional de Estudios Avanzados (IDEA), y estamos tratando de armar un instituto de diseño. Por eso me invitaron al seminario de ALADI, la Asociación Latinoamericana de Diseño Industrial, que tiene lugar esta misma semana en La Habana. No tenemos ningún proyecto armado, solo vine como observador. Además, el seminario era bastante malo, las conferencias fastidiosísimas y la mayoría de los proyectos que presentaban parecían más bien deseos, sueños infantiles, que proyectos concretos. Es cierto que una idea fija me obsesionaba: llegar hasta acá para conocerlos. Así que me compré un boleto aéreo y hoy mismo, por la mañana, tomé el vuelo para Guantánamo. Las direcciones de mi mamá tenían treinta años y ni ella misma sabía si su hermana y hermanos vivían todavía. Vine con la dirección de una de mis tías maternas. Es increíble, hasta donde sé, mi mamá no recibió jamás una carta de su familia y nunca la vi es-

cribiendo una para ellos. Se fue de Cuba y tan pronto como llegó a Venezuela cortó los lazos con ellos. No supimos nada de sus padres, ni siquiera de su muerte. De ustedes, inclusive, lo que supimos fue muy poco; por lo que recuerdo fue siempre mi tía Ibis, y no mi papá, quien me contó algunas pocas historias familiares. Hace además tanto tiempo que casi las olvido.

–¿Y entonces, encontraste a tu tía?

–Sí, sí, la encontré, y en la misma dirección de antes, en la calle Máximo Gómez. Pero la verdad es que sentí que no podía quedarme. No sé por qué. Mi primo, en particular, fue bastante distante. Creo que ni siquiera me dijo su nombre. En todo caso no lo retuve. Llegué ilusionado a conocerlos, sabes, quería saber quiénes eran, cómo vivían, reanudar los lazos familiares, y lo que encontré fue una gente extraña. Mi tía fue amable, no puedo quejarme, solo mi primo fue de un maleducado que no esperaba. ¡Con decirles que no pude hablar con ellos ni diez minutos! Se miraban entre ellos, nerviosos, como si mi presencia les molestara, como si hubiera venido a reclamarles algo. Fue decepcionante. En pocos minutos me fui de ahí.

–¿A cuál de tus tías visitaste?

–A Sara, la que llaman Nena. Aunque, como te digo, no pasé ni quince minutos en su casa. Ni siquiera me ofrecieron café. En serio, ¡casi me devuelvo a La Habana!

–Imagínate tú, muchacho, ¡qué cosa más grande! –dijo Carmen–, no ibas a irte sin ver a los demás. Oye, ¡que aquí no somos todos iguales!

–Lo sé, lo sé, pero en ese momento me sentí malísimo y no sabía qué hacer. Luego me dije que alguno de ustedes debía ser diferente, y que al menos con Astral, con quien habíamos mantenido un contacto más fluido, la situación podría ser distinta. Tenía que

intentarlo, aunque fuera para llevarme algunas imágenes que pudiera mostrarle a mi mamá.

–Lo que pasa, Ariel, es que aquí en Cuba en cada barrio y en cada pueblo existe lo que llamamos un Comité de Defensa de la Revolución, un CDR. Es un grupo de personas que tiene la responsabilidad de denunciar cualquier actividad que pueda representar una amenaza para el sistema. Y resulta que tu primo es el presidente del CDR en su barrio.

–Pero si yo solo pasaba a saludarlos, no les hablé de política, ni siquiera pensaba quedarme en su casa. Conocer a mi familia, ¡eso era todo lo que buscaba!

–Sí, sí, pero ya sabes, las personas que tienen esa responsabilidad, y ese poder, porque es una forma de poder sobre tus vecinos, abusan de él, y terminan siendo espías los unos de los otros. Que un extranjero venga a visitarte es comprometedor, y él, que debe vigilar a los demás, no puede permitirse ningún error.

–Me cuesta aceptar que recibir a un familiar pueda ser considerado como un error.

–Un extranjero, cualquiera que sea, es una amenaza, y saber que un miembro de CDR ha estado mezclado en alguna actividad ilegal es a la vez un medio de promoción política y un arma de defensa para sus vecinos. Esa información puede darte credibilidad ante los responsables del partido en tu localidad y además puede serte útil el día en que esa persona pretenda denunciarte.

–De todas formas –agregó Carmen– hay tantas cosas ilegales que nadie puede vivir de otra manera.

–Sí, sí –continuó Astral–, y en caso de un pleito con tus vecinos tú puedes acusarlos de cualquier acto ilegal, que seguramente será cierto. Es, óyeme, una regla. Tú puedes culparlo de lo que a ti te dé la gana, que seguro que lo ha hecho porque aquí todo es ilegal.

No tenemos ni con qué comer, oye, y si un familiar te manda un regalo, está prohibido. Si te regalan unos dólares, es un delito. Si fabricas un collar para venderlo en el pueblo, te pueden meter preso. Si cosechas algo extra y tratas de venderlo, también. ¡Todo, oye, todo es ilegal! Y claro, tener un extranjero en tu casa es peligroso, en especial para los que tienen la responsabilidad de vigilar a los demás. Tu sola presencia allí era para él –y para su posición en el partido– una amenaza muy seria. Además, ellos se hicieron comunistas después de la muerte de su tía Blanca, porque al principio estuvieron abiertamente contra la Revolución. Y ya sabes, cuando existe o existió alguna duda sobre tu compromiso revolucionario, ¡tienes que ser más papista que el Papa para callar las dudas o los ataques del otro!

–¿Y qué amenaza podría representar para él o para el gobierno que un primo viniera a visitarlo, sin armas, sin misiones secretas de potencias extranjeras? La verdad es que me cuesta trabajo entenderlo.

–Porque la amenaza no proviene solamente de la confrontación armada, Ariel, ni del espionaje enemigo, sino de la comparación entre nuestras formas de vida y la de los países capitalistas. Todo contacto con el mundo del consumo es un riesgo, le da ideas a la gente, despierta sus apetitos, y eso es una amenaza para el sistema. Es un sacrificio que debemos aceptar mientras no haya triunfado el socialismo en el planeta entero. Entonces –eso es lo que nos dicen todo el tiempo– no habrá fronteras ni barreras para nadie. Todos seremos libres del abuso de los poderosos. Por lo pronto, debemos vivir en esta constante angustia, en esta batalla contra el capitalismo que nunca acaba. El problema es que tenemos treinta años esperando y no hay manera de que podamos

vivir en paz. Todavía no hay comida para el pueblo, ni libertad, que es lo esencial, lo más valioso. Puedo vivir con poco, sabes, he vivido así desde mi niñez, pero sentir que me están espiando, tener miedo de mis vecinos y amigos, sentirme prisionero en mi propio país, eso es algo que no soporto, y cada vez menos. Por fortuna, vivimos metidos en el monte, y aquí hay muchos menos problemas que en el pueblo o en la capital.

–Y es un discurso que sigue entusiasmando a pueblos enteros, porque sin duda parece hermoso.

–Sí, sí, tanto que muchos creímos que era posible conseguirlo, y otros se lo siguen creyendo. Ese día llegará, el futuro será radioso.

Me costaba trabajo aceptar que la situación pudiera ser tan dramática como lo contaba, tanto que tuvieras que desconfiar de tus amigos más cercanos, de tu familia incluso, como me lo había dicho el taxista en La Habana. Me parecía una exageración. Por eso me atreví a insinuar que a veces le acordábamos al Estado y a la policía un poder mayor del que tenían realmente. Que era imposible controlar de ese modo a un pueblo entero.

–Eso es lo que uno cree cuando vive en un país libre. Pero aquí las cosas son de otro modo, te lo aseguro. Sin ir muy lejos, mira lo que le pasó a Noelia, la prima de tu mamá, que vivía de venderle joyas artesanales a los extranjeros en La Habana. Un día se puso a tener contactos demasiado seguidos con la gente de la embajada española, hasta que la policía fue a buscarla a su casa. Al principio se puso brabucona, hasta que le hicieron entender que ellos podían meterla presa o sencillamente hacerla desaparecer, así no más, sin que nadie preguntara más nunca por ella. ¡Te puedo decir que salió de ahí y no paró las gestiones hasta que llegó a La Florida! Y tuvo suerte solo porque sus amigos de

la Embajada le consiguieron unos pasaportes falsos para que pudieran entrar a España y de ahí irse a Estados Unidos. Y lo peor no es eso, no, no. Lo más triste es que luego se enteró de quién la había denunciado. ¿Sabes quién lo hizo? ¡Su Papá, oye, su propio padre la denunció sabiendo lo que podía pasarle! Ahora vive en Miami y no quiere saber nada de Cuba. Dicen que es más gringa que los gringos, ¡hasta tiene una bandera americana en la puerta de su casa!

–Bueno, bueno –dijo Carmen–, ¡hoy no vamos a resolver ese problema, eh! Mejor me dejan poner la mesa pa comer. Hicimos sopa. ¿Te gusta la sopa?

–Por supuesto, ¡y seguro que la tuya me recuerda las sopas de la infancia! Cada gesto aquí me parece familiar. Es curioso: yo que nunca he estado en Cuba encuentro aquí más respuestas que preguntas, y en particular para mi infancia caraqueña.

–Imagínate –agrega mi tío–, tus padres nacieron en Cuba, todo lo que sabían lo aprendieron aquí, como nosotros.

–Sí, sí, es normal, seguro, pero no lo sabía, o no había tomado conciencia de eso.

Todos callamos de repente. Mi tío se paró para ayudar en la cocina, ella seguía preparando la cena. Yo continué pensando en silencio, tratando de asimilar aquello. Claro –me dije– vivimos siempre así, ignorantes de lo que le debemos no solo a nuestros padres, abuelos y bisabuelos, sino a una historia de cientos, de miles y millones de años que perdura en nosotros sin que lo sepamos. Una indescriptible multitud de hilos finísimos, arcanos, nos unen a innombrables antepasados y no lo sabemos. Usamos frases, dichos populares que algún día fueron inventados por alguien, corregidos o afinados por generaciones durante siglos, milenios quizás, y lo ignoramos. Repetimos sus gestos, usamos técnicas

y objetos que nos hacen herederos de una humanidad que llevamos dentro, que nos constituye en silencio, como la carne, como los huesos, la materia de la que estamos hechos.

Mi tía comenzó a distribuir los platos de plástico, con decoraciones florales en los bordes, y cubiertos de metal (un tenedor y una cuchara para cada uno) sobre el mantel de plástico. Luego puso en el centro de la mesa una gran olla metálica –la misma de mi tío Piquine en su rancho– con una sopa de boniato, malanga, pimentón y presas de gallina. Al contrario del apasionamiento político de mi tío, Carmen era una de esas personas que, ante la adversidad, se refugian en la intimidad doméstica como un molusco en su concha de nácar. Su universo no iba más allá de la casa y su patio, de las necesidades inmediatas de su hija y de su esposo. Muchos, seguramente, debían criticarla por su actitud escurridiza. Para ella no existía nada más allá afuera. Los americanos podían preparar una nueva invasión contra la isla, flexibilizar o ampliar el bloqueo comercial contra ellos. El socialismo triunfar en el planeta entero o, por el contrario, desaparecer de la noche a la mañana, que ella seguiría imperturbable su rutina familiar de palabras y de gestos, escuchando los argumentos de partidarios u opositores, en pro o en contra, por esto o aquello. Mientras nadie perturbara su minúsculo universo de afectos, los gobiernos podían caer o instalarse por décadas, las ideas políticas arraigar o morirse, que nadie lograría su adhesión o su rechazo. Por supuesto, ella tenía su opinión, y hubiera preferido vivir en otros tiempos, pero tan pronto como se le exigía tomar una posición, defender públicamente a éste o aquél, se hundía en su ostracismo, protegiéndose como un animal herido en su guarida. Los regímenes autoritarios, de izquierda o de dere-

cha –de cualquier ideología que se reclamen, ahora como antes– comparten una característica común: la de exigir la adhesión total de sus ciudadanos, sin resto, sin un afuera posible. Y eso lleva, no hay manera de evitarlo, a la toma de posiciones. Unos se entregan, ciegos, al régimen que se instala, otros se oponen desde el inicio, ariscos, y entre ellos se instala un odio profundo. Otros se van –cuando pueden–, dejan el país y se suman a la diáspora creciente, desarrollando una adversidad hacia su propia historia, criticando a los que se quedan, tratando de justificar su gesto por el desprecio de los que no se atrevieron a irse. Y en esa diversidad de posiciones –y de oposiciones– a veces se olvida lo esencial: que lo pavoroso no es la posición de estos o aquellos: lo terrible, lo realmente temible y condenable, es el régimen que obliga a sus ciudadanos a tomar posición por o contra, que opone los unos a los otros, que premia a quienes lo siguen y condena a los que piensan de modo distinto.

–Mañana matamos al lechón –dijo mi tío, rompiendo el silencio de repente–, y almorzamos con eso. ¡Vas a ver lo bueno que queda!

–Seguramente; papá y mamá lo preparaban también, sobre todo en diciembre.

– Es que el lechón, tradicionalmente, se come en diciembre, pero si no lo matamos ahora no tenemos con qué recibirte. Es así, ¿qué quieres?

–Bueno, ¡hoy estamos de fiesta porque estás aquí con nosotros! –afirmó mi tía–, justificando el hecho excepcional –seguramente un sacrificio considerable para ellos– de matar un lechón en pleno mes de mayo.

–Gracias, de verdad se los agradezco; solo me preocupa Piquine, no quisiera que vaya a sentirse mal.

–No te preocupes –dice Astral– que mañana lo invitamos a comer, o le mandamos un plato para que

almuerce con su familia. De todas maneras, mañana irás a verlo.

–Claro, claro, ya sabes, no quisiera herirlos.

–No te mortifiques por eso, lo mejor que hiciste fue quedarte con nosotros, allá te hubieras convertido en un problema para ellos. Aquí podemos matar un lechón (tengo otros, de todas maneras, no me dejarían tener muchos, pero los tengo), puedo aliñarlo y acompañarlo con malanga y boniato. Ellos si acaso tienen cuatro gallinas, las que puedan tener alrededor de su casa, y difícilmente podrían conseguir legumbres para ti.

–¡Con tanta tierra aquí, hasta el más flojo podría cultivar sus legumbres!

–No, no es tan fácil, depende si las tierras son tuyas o no, o si son de una cooperativa del Estado.

–Yo creía saber que aquí no existía la propiedad privada, que la tierra era un bien colectivo controlado por la administración pública.

– ¡Depende! –agrega mi tía–.

–Lo que pasa es que hay varios tipos de propiedad, y cuando se colectivizó la tierra uno tuvo la posibilidad teórica de escoger. Tú podías conservarlas o dárselas a las cooperativas del Estado. Era, como dicen, una forma más avanzada de propiedad, más cercana a lo que sería en el futuro una vez que el socialismo llegara a su apogeo. Como Piquine no era partidario de la Revolución y tenía miedo, le dio sus tierras al Estado. Seguro pensó que le iría mejor. Hoy es obrero del gobierno en sus propias tierras y debe entregar lo que allí se cultive. Él tiene derecho a unos pocos metros alrededor de su rancho, y no es que pueda serle de gran ayuda. Ahí puede tener unas gallinas para su consumo personal, no más. A cambio de su trabajo recibe setenta y cinco pesos mensuales, y la verdad es

que eso no alcanza para mucho. Además, con ese dinero solo puedes comprar los productos que provee el Estado por la libreta, es decir, según la ración que te corresponde por mes y no siempre hay lo que se necesita. También puedes comprar por la libre si tienes con qué pagarlo, porque es muy caro. Si no tienes dólares no es mucho lo que puedes hacer. Y tener dólares, como sabes, es un delito castigado con la cárcel.

–Y si te lo mandan tus familiares, ¿no hay nada malo en eso?

–Está prohibido, como es ilícito recibir regalos del exterior o de un pariente. Es ilegal, pero todo el mundo lo hace ¡porque si no la vida se haría imposible! Por eso te decía que puedes acusar a tu vecino de cualquier fechoría, que si no lo viste seguro que lo hizo a escondidas.

–Y tú, ¿qué hiciste con tus tierras?

–Yo fui revolucionario desde el principio y siempre quise trabajar para mi país. Desde joven creí en la justicia social, de manera que pude conservarlas. Estaba apegado a las tierras de mis padres y no quería perderlas. Además, mientras estuvo vivo, papá se negó a dar sus tierras. Tuvimos suerte, es obvio, porque si les hubieran interesado de todas maneras nos las quitaban o hubieran hecho lo imposible para que las abandonáramos. Hubieran soltado sus vacas en mis cafetales, como se lo hicieron a mi cuñado, para que los destruyeran o les hubieran echado candela. Cualquier cosa, en fin. Lo importante es que pude quedarme con ellas y, claro, que fuera revolucionario desde el principio ayudó mucho. De lo contrario no hubieran tenido contemplación conmigo.

–Total –insistió Carmen–, ¡pa lo que sirve ser dueño de sus tierras!

–De todas maneras –continuó Astral– mi producción entera sería para las cooperativas. De eso estuve siempre convencido. Tampoco teníamos opción, es cierto. Yo entendía que nuestra generación debía sacrificarse construyendo el socialismo para que nuestros hijos, en el futuro, vivieran mejor. No me dolía ese sacrificio, lo hacía con orgullo, porque el futuro sería radioso. El mismo Fidel lo decía. Superaríamos todas las dificultades, venceríamos. Nuestra fe era enorme. Vivíamos una gran esperanza, porque estábamos seguros de que se acabarían las diferencias sociales, la lucha de clases. La escena vergonzosa del rico ofendiendo al pobre quedaría relegada a la memoria de épocas primitivas. Vivir con ostentación ante quienes apenas si pueden comer, y mal comer, nos parecería propio de sociedades arcaicas. El poder político sería ejercido por el pueblo y el Gobierno, por eso mismo, por emerger de la base, serviría al pueblo. Además, nos parecía un movimiento inevitable, era una ley objetiva de la historia y todos los pueblos, uno a uno, llegarían al fin al socialismo.

Resultaba curioso escuchar el tono que tomaban sus palabras a medida que describía los sacrificios necesarios para la construcción del socialismo. Era como si fuera contagiándose poco a poco con el ideal revolucionario y hasta sus frases retomaban los argumentos que una propaganda constante exaltaba. «La Revolución», en esos relámpagos de fervor, resonaba en sus labios como una palabra mágica, cargada de un valor trascendental, de hondas reminiscencias bíblicas. Parecía una gran dama de la mitología griega, una diosa generosa y eterna guiando su pueblo, la mirada severa, el pecho descubierto, hacia la libertad, como en el célebre cuadro de Eugène Delacroix, sobre un tumulto de cuerpos muertos. Pronto, sin embargo, cambió su tono y al orgullo exaltado de sus primeras

palabras le siguió una amargura triste. Su voz tomó entonces el tono lento del desencanto, de una decepción insondable y profunda del viejo que mira hacia atrás y constata, con dolor irreprimible, que se ha equivocado, que su abnegación ha sido en vano.

–Y todavía pienso igual –insiste–. Sí, sí, creo que el capitalismo nos enferma, que nos acostumbra a vivir en el egoísmo, pensando no más en lo que podemos poseer, en lo que puede hacernos superiores a los otros. Además, un sistema de explotación como el de los países capitalistas terminará destruyendo al planeta, de eso no hay duda. Pero en verdad hubiera querido que tantos años de sacrificio nos aportaran una vida mejor, tranquila y justa para todos. Me hubiera sentido orgulloso de mí y de mi país, del inmenso esfuerzo que hicimos. No es normal no, no. No es justo que mi hija tenga que sacrificarse a su vez, como si nuestra entrega hubiera sido inútil. ¿Cuántos años más hacen falta? ¿Cuántos? No es posible, no; hay una falla en el sistema mismo, en su esencia, que no permite alcanzar los resultados esperados. Y lo peor es que no podemos decir ni ñe. Cualquier crítica, una mínima divergencia, y enseguida te catalogan de contrarevolucionario, de traidor y eres execrado, condenado. Te conviertes en una larva inservible, en un gusano.

Mi tía y yo lo escuchábamos en silencio. Era conmovedor ver que a un hombre mayor, experimentado y austero, le flaqueara la voz de esa manera. No era un momento de molestia, una rabieta incontrolada y pasajera, era el juicio severo de un hombre sobre sus propias ideas, su país, la historia, su vida entera.

–En Venezuela también –le dije, tratando de aplacar su dolor– vivimos una situación injusta. Riquezas colosales, a menudo mal habidas, llevan una existencia paralela y ligera, indiferentes a la miseria que los rodea, y eso tampoco es deseable. Hace falta un sistema de justicia que respete la actividad profesional y la propiedad privada de los ciudadanos, donde el sacrificio de un individuo tenga efectos reales sobre su nivel económico. Pero que no premie la corrupción ni permita la humillación de los que tienen menos que los demás. Donde cada ciudadano tenga, rico o no, posibilidades de estudio, derecho a la salud, a la vivienda, al menos dentro de límites razonables.

–Estoy de acuerdo contigo, sí, y por eso defendí la Revolución; lo único es que aquí ya no se puede vivir, somos reos del Estado. Tú, allá, puedes al menos tener una vida propia, salir del país si lo quieres –o si puedes, de acuerdo–, al menos tienes la esperanza de un futuro mejor. Si estudias y trabajas puedes progresar. Nosotros, aquí, ya no tenemos esperanza. Es la esperanza lo que nos han quitado.

Mi tía se paró en silencio a traer agua, mientras Astral continuaba hablando como si no pudiera detener el chorro de palabras que salían sin parar –que vomitaba, más bien– de sus entrañas, donde habían ido acumulándose durante lustros, décadas, sin encontrar respuesta, ni salida, ni sentido.

–Yo vivo en mis tierras, por suerte, porque no se las entregué al Estado. Al menos eso me permite tener mis cochinos y cultivar algo para mi familia. Adentro, en el monte, donde nadie pueda verlo desde la carretera, porque tengo que mantenerlos escondidos, como si estuviera cometiendo un crimen. Pero puedo hacerlo. Mañana te llevo para que veas las cosas que tengo sembradas. De ahí viene el boniato, la malanga, un poco de tomate. Por eso podemos vivir un poco mejor que los vecinos. Eso no está permitido en las tierras de una cooperativa. Mira –continuó–, señalan-

do una especie de caja metálica que tenía en el piso, al lado de la mesa: a nosotros nos consideran ricos aquí porque tengo mis cochinos y esta nevera rusa. Soy el único por aquí que puede tener un refrigerador con hielo, ¡un lujo enorme!

–¿Y el café, no puedes venderlo?

–No ¡Cómo se te ocurre! No puedo vender ningún tipo de mercancía y menos el café, que puede ser exportado para obtener divisas. Cada grano que pueda producir es para el Gobierno. Yo tengo derecho a mi consumo personal e incluso algún excedente, porque nadie puede controlarlo. Por eso puedo ofrecerte café. Tu primo, en Guantánamo, no podía hacerlo. Si te daba una taza era él quien debía dejar de tomarlo ese día. Y puedo asegurarte que lo que estoy diciéndote no es juego. Tu prima Gladis, a la que apodan Cuquita, pasó seis meses en prisión por vender un poco de café sin permiso. Y si estuviéramos hablando de toneladas, pero no, ¡eran apenas unos miserables sacos! Además, tampoco puedo contratar a obreros para que me ayuden a recogerlo. Los privados no estamos facultados para eso, solo el Estado puede. ¿Y qué tú quieres que haga solo? La mayor parte de la cosecha se pierde. Recojo un poco, para cumplir, para que no crean que soy un contrarevolucionario que está saboteando la cosecha, y basta; el resto de mi tiempo se lo dedico a mi familia, a las pocas matas que cultivo en la montaña. No puedo, y no quiero, hacer más. ¿Para qué, si al final vives igual al que no trabaja, al que no hace nada?

Oyéndolo comprendía mejor el estado de abandono que encontré en el patio, antes de llegar, la diferencia clara entre los muros viejos de la casa –la de sus padres españoles– y los trabajos recientes, hechos por él solo, sin otro material que la piedra, la tierra y

su descomunal, callado desconsuelo. La tristeza se ha convertido entre ellos en un material adicional, como las piedras y la tierra, densa y opaca. Sus fuerzas no le permitían otra cosa que no fuera asegurarle comida a su familia y mantener su cabaña, y eso porque es de madera, porque en cemento sería imposible. No hay cemento para los privados, salvo para aquellos que se ganen el derecho de tener algunos sacos, porque le han hecho un gran favor a los poderes locales con su trabajo, o porque están bien conectados. Mientras pensaba en lo que acababa de decirme, en esa curiosa simultaneidad que tienen las ideas en la mente humana, pensé en la casa de Manolo, el campesino gallego amigo de mis padres que vivía arriba, en El Ávila. Era la única del sector construida en piedra, y ahora que conocía la de sus padres en Cuba, entendí lo que mi papá buscaba con su amistad. Eran los ecos de su infancia cubana. Yo no alcancé a entenderlo entonces, porque no conocía Cuba, ni había viajado a Europa. De haberlo hecho, hubiera reconocido en esos muros de piedra un aspecto típico de la arquitectura rural europea, española en particular, con la uva parra creciendo sobre la alambrada al lado de la entrada y la hierba alrededor impecablemente cortada.

–Al menos –dije– ustedes en Cuba tienen la educación y la medicina gratuitas, y para todos por igual.

–La educación sí, y aun así se ha degradado muchísimo; al final lo que terminas aprendiendo es pura propaganda política, ideología, alabanzas para Fidel y la Revolución. ¿Y de qué me sirve tener la medicina gratuita si no se consiguen los remedios que te prescriben? ¡Igual te mueres como un perro!

El reino primitivo de la noche se había instalado, profundo y pleno de rumores, como las que conocí de

niño junto a mi padre, en las selvas de Barlovento. Hoy reconocía, en los bosques de su infancia, aquella vida exuberante donde él había ido a buscar la Cuba de sus sueños. Mi tía acababa de recoger la mesa y fregaba los platos con un mutismo imperturbable, como el silencio de las cosas, de las mesas y las sillas que la rodeaban. Mi tío y yo seguíamos conversando de Cuba y de Venezuela, de mi papá y su enfermedad, de su total descuido por la salud y su inevitable muerte prematura, a los cuarenta y dos años de edad, dejándonos solos.

–Voy a preparar tu cama –dijo mi tía–, mañana tenemos un día agitado y tú debes estar cansado. A fin de cuentas, has pasado el día entero viajando. ¡Y dejen ya de discutir, por favor! –gritó casi desde el cuarto–, que así no vamos a resolver los problemas.

–¡Al menos descargamos tanta rabia acumulada! –insistió mi tío–. Ven, te muestro el baño. Una ducha con agua fresca te caerá bien. El agua estaba fresca, cierto, como la noche, a pesar del día caluroso que agonizaba entre las sombras. Al salir del baño entré a la habitación de mi prima, un cuarto pequeño, tan austero y sombrío como el resto. No había en ella ni una sola imagen, ningún juguete, nada de lo que acostumbran a tener las niñas de su edad (tenía quince años) en su cuarto. Las paredes de madera curtida, sin pintura, se hacían aún más oscuras en la noche. La cama parecía enorme para el tamaño del cuarto, de un colchón espeso y muy alto, que escasamente dejaba un metro de cada lado, apenas suficiente para darle la vuelta. No había espacio para otro objeto, por pequeño que fuera. Ni siquiera poseía un baúl o un armario donde colgar su ropa. Supuse que tal vez la guardaba en otro lugar, acaso doblada en cajas debajo de la cama. Nunca lo supe. El edredón que cubría el

colchón era gris o al menos así lo recuerdo, oscuro y opaco. La única ventana del cuarto, que daba hacia el patio, carecía de vidrios y cortinas. Era tan solo un cuadrado abierto en medio de la pared por donde se alcanzaba a ver la vegetación, el caserón viejo de al lado y un pequeño retazo del cielo.

El universo de los objetos era tan reducido en el vecindario y tan uniforme que de una a otra casa parecían repetirse. En todas las cocinas se veían los mismos platos, las ollas y tazas metálicas, y del mismo tamaño. Los hombres usaban zapatos y gorras idénticas o muy parecidas, de corte militar, a tal punto que uno hubiera podido creer que se trataba de objetos endémicos, como las plantas o frutos de una región específica, que sus habitantes se limitaban a recolectar junto a las flores y frutos de la estación. Una austeridad absoluta reinaba en sus vidas. Era el resultado directo de una política destinada a desterrar por completo la noción de consumo, producto también de una escasísima producción interna y de una casi nula importación. Cada objeto podía y debía ser reciclado mientras fuera posible, mientras pudiera cumplir la función para la que había sido fabricado. El problema, sin embargo, no residía en esa loable aunque excesiva austeridad material, sino en las múltiples distorsiones del sistema político instalado para imponerlo; por la fuerza si fuera necesario. Todos debían ser felices como lo ordenaba la ley, porque la felicidad en Cuba, como la verdad, es una sola: la que dicta Fidel.

–Hasta mañana –dijeron mis tíos desde la habitación contigua–, interrumpiendo mis divagaciones.

–Gracias, ¡que duerman bien!

Al correr el edredón oscuro, la impecable limpieza de las sábanas almidonadas, de un blanco resplandeciente, contrastaba con lo austero y descolorido del

entorno, con el abandono del patio y los alrededores. Eran sábanas de una tela gruesa y recia, pero su olor a limpio me produjo un placer inesperado. Resaltaba en la habitación como la pulpa de algunas frutas tropicales, de aspecto más bien pobre y árido en el exterior, y de un blanco inmaculado en su interior, como una guanábana madura o, mejor, como la semilla de la guama, con el impecable blanco agamuzado de su piel dentro de la concha dura y seca que la protege de la intemperie. De ese modo, quizás –pensaba en las fronteras brumosas del sueño– deben actuar los ciudadanos sensibles en regímenes como estos: dirigir todas sus fuerzas hacia su fuero interior, concentrarse enteros en el escaso espacio de libertad que les deja el Estado, mientras construyen a su alrededor una gruesa cáscara protectora de indiferencia y olvido. E incluso allí, en la intimidad más recóndita, debían sin duda debatirse contra la propaganda política, ese compacto universo de palabras y consignas construido para llegar hasta lo más hondo de cada individuo. Algo similar recordaba haber leído en la entrevista de un gran músico soviético cuyo nombre olvidé. La música florece aquí, decía, profunda y sutil como el fruto de los cactus en pleno desierto, como una flor inesperada y grácil entre las rocas y la arena, en la rudeza indecible del medio. Afuera la brisa soplaba con suavidad, fresca y tranquila. Me dormí con lentitud sin siquiera darme cuenta, repasando una a una las imágenes del día que acababa, escuchando la vida animal que se debatía entre los árboles, el atareado murmullo de las noches campesinas.

*

Me despertó el ruido del machete contra la madera y la continua actividad de la casa. No debían ser más

de las seis o las seis y media de la mañana. El cielo aclaraba pero aún no salía el sol. Cuando me levanté ya mis tíos habían matado al lechón y estaban preparándolo y cortando leña para el horno de piedra. Sentí vergüenza por no haberlos escuchado ni haber estado ahí para ayudarlos. Ni siquiera supe dónde lo habían hecho. Probablemente en la vieja casona de piedra, en plena madrugada, de un golpe seco en la nuca.

–Buenos días –dijo Carmen al verme–. ¿Cómo dormiste?

–Muy bien, gracias; tanto que no escuché nada y no pude acompañarlos.

–No te preocupes, que esto no sucede todos los días. Ve a ver a tu tío, está ahí detrás del tanque cortando la leña. Yo te preparo un café y algo de comer para que desayunes.

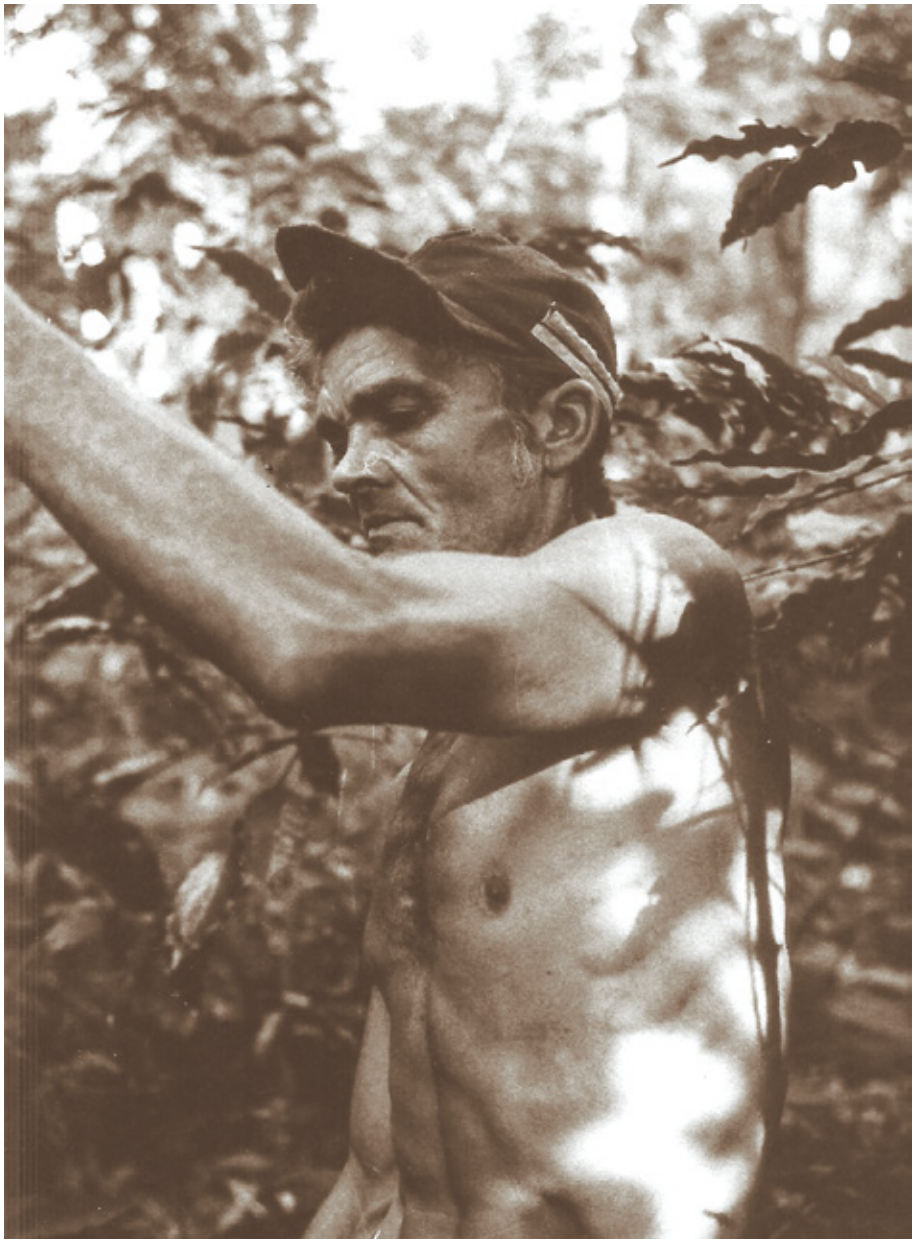
Mi tío Astral trabajaba en cuclillas, el torso desnudo, con sus botas militares y un viejo short sin correa, preparando el horno para asar el lechón. Su short era en realidad un viejo pantalón cortado a la altura de los muslos y rematado a mano con un ruedo rudimentario. Como casi todo en el patio, el horno estaba hecho de piedra con algunos ladrillos en su cuerpo central, aunque era evidente que el lugar de la cúpula, derrumbada hace tiempo, lo ocupaban ahora retazos dispares de un zinc oxidado y algunas planchas de latón viejo, seguro por falta de cemento. A su derecha, en una lata vieja y ennegrecida, tenía cerca de medio litro de gasoil.

–Buenos días –le dije–. ¿Ya trabajando?

–Hola, ¿cómo dormiste?

–Bien, de verdad, como un niño. ¿No es demasiado temprano para asar el lechón?

–No, por el contrario, si queremos tenerlo listo para el mediodía es mejor que empecemos ahora. Tú



En ese pequeño recodo del bosque y en las pocas plantas que contenía, semiescondidas, residía gran parte de su fortuna.

tienes que irte temprano y yo tengo que ir a Guantánamo a buscar a mi hija. Nos vamos juntos y aprovechamos para que conozcas a tu tía Equidad. En una media hora termino, apenas desayunes, ponemos el lechón. Después te llevo a la siembra, que tengo que buscar unas malangas, así la conoces.

–Me encantaría conocerla. Y el río, ¿está lejos? Mi mamá y mi papá me hablaron siempre de ese río.

–No, está cerca. Cuando vayamos al conuco tenemos que pasar por ahí. Ve a desayunar, que en cuanto termines nos vamos. Te voy a dar unas botas –dijo– con esos zapatos no puedes ir hasta allá. Por ahí tengo un par. Están viejas, pero para ir y venir te bastarán.

Pese a que las botas, de un cuero reseco y de una o dos tallas superiores a la mía me molestaban en los pies, no dejé de observar el interior cálido de los bosques que atravesábamos, cuesta abajo, rumbo al río y a su conuco. Él iba delante de mí con su machete en la mano. Yo lo seguía atento a lo que me rodeaba, sujetándome a las ramas y a los troncos de los árboles. La pendiente era aguda, la tierra negra y fértil de la montaña se deshacía bajo nuestros pies. Era en estricto el mismo paisaje, vegetación y clima del valle de Caracas, y casi me sentía bajando por las laderas del Ávila en mi primera juventud hacia las fuentes del río Catuche, de donde toda la parte alta del barrio traía el agua potable.

El agua venía por tuberías de hierro que pasaban a menudo por barrancos empinados, y durante el período de lluvias era corriente que se rompieran en diversos puntos, ya sea por un derrumbe o por la caída de un árbol. Entonces debíamos alcanzar las cabeceras del río, donde limpiábamos la tanquilla que recogía el agua, para luego bajar la montaña si-

guiendo y reparando la tubería en un trayecto largo y tortuoso. Ahí, con los viejos del barrio, aprendí algunos pocos rudimentos de plomería mientras me enseñaron a caminar en la montaña, fascinado por el espectáculo de una vegetación cuya profusión nunca más logré conseguir en mis caminatas de adulto. Algo cambió desde los tiempos de mi niñez, o bien porque el crecimiento de la ciudad introdujo variaciones climáticas que empobrecieron la vegetación de la montaña, como he podido comprobarlo en algunos puntos concretos (en particular por la desaparición progresiva de un parásito que los campesinos llaman «barba de palo» y solo crece en climas frescos), o bien porque parte de esa exuberancia existía tan solo en mi imaginación juvenil. El hecho es que durante esas incursiones aprendí a desconfiar de los troncos viejos, de los pequeños recodos entre las rocas o de las piedras amontonadas donde fácilmente se escondía una mapanare, una cascabel o una tigra mariposa, reptiles extremadamente venenosos. Caminábamos siempre atentos, cuidando de no apoyar la mano en los numerosos amasijos de hojas y ramas secas, menos aún sujetándonos en un hueco oscuro en la tierra. Por eso, cuando vi a mi tío bajar por la montaña con tal seguridad, sin temor de las ramas ni de los troncos caídos, no pude evitar preguntarle si no tenía miedo de encontrarse con una culebra.

–No, aquí, como por lo general en las islas, no hay serpientes venenosas. Eso solo existe en el continente. Las que hay aquí son inofensivas, cazadoras de ratas y otros pequeños animales. Incluso las cuidamos, porque nos ayudan.

–Es cierto, alguna vez escuché decir eso; aun así, me cuesta trabajo caminar por el monte con la misma seguridad que tú. Tampoco es que sea un experto. En

todo caso, es obvio que se me hace difícil andar por la montaña sin pensar en esas culebras venenosas que me hicieron temer desde muy joven.

–Es normal, he pasado mi vida entera aquí y conozco cada palmo del terreno. Mira, estamos llegando al río del que te hablaba tu papá. En lo más alto de la temporada de lluvias llega a tener un buen caudal, ahora casi ni se escucha.

De inmediato llegamos a un riachuelo de aguas cristalinas y calmadas, en cuyo cauce, de unos cuatro o cinco metros de ancho, serpenteaba el arroyo sobre un terreno amarillento. Por sectores, el agua parecía estancada cuando algún obstáculo la retenía; entonces se acumulaba en su superficie una ligera y sutilísima nata de restos vegetales, polvo y hojas muertas. Allí proliferaban las arañas de agua, esos fantásticos insectos que caminan sobre la superficie, como si volaran. De vez en cuando, en los trechos más anchos, se levantaba en su centro una pequeña isla de canto rodado y arena. En esos lugares se abría el bosque y el sol entraba iluminando extensiones considerables. Quizás era en una de esas islas, cuando se abría el bosque, donde mi mamá acostumbraba a tomar sol después de los baños, aunque en el recuerdo que me quedaba de sus historias infantiles se trataba de verdaderos peñascos plantados en el centro del río. Como no me atreví a preguntarle a mi tío si esas piedras existían, hacia arriba o más abajo, seguimos nuestro camino hacia la otra orilla, bajo la sombra de los árboles. Unos cien metros arriba, tras un pequeño grupo de arbustos, la fronda se abría de nuevo formando un pequeño claro en medio del bosque.

–Aquí es –dijo mi tío–, enseñándome un pequeño conjunto de plantas con hojas anchas y de un verde oscuro, ocho o diez de yuca y, tras sus hojas como es-

trellas de mar de un verde apagado, algunas de tomate y pimentón. Su conuco no debía exceder los quince metros de largo por algunos pocos de ancho. Eso era todo. En ese pequeño recodo del bosque y en las pocas plantas que contenía, semiescondidas, residía gran parte de su fortuna.

–La malanga es ésta, ¿no? –pregunté– señalando las plantas de grandes hojas acorazonadas.

–Sí, esa misma, asintió mientras desenterraba una de ellas para extraer los bulbos redondos de sus raíces.

–En el patio de mi casa, en Caracas, tuvimos varias matas similares, al menos por el tamaño y la forma de sus hojas; nunca, que yo sepa, nos comimos sus raíces.

–No sé, probablemente es una especie cercana no comestible. ¡De haber sido malangas puedes estar seguro de que tu papá y tu mamá las hubieran utilizado para la sopa!

En pocos minutos, sin detener la conversación, desenterró también varias yucas que separó con agilidad de sus ramas y hojas, recogió tomates y pimentones, los metió en un viejo saco de yute y de inmediato emprendimos el camino de regreso.

–Ya ves –afirmó sin detenerse–, así es como puedo ofrecerle a mi familia un nivel de bienestar muy superior, al menos en lo que respecta a la comida, a la mayoría de las personas que viven en Guantánamo e inclusive a muchos de los que viven por aquí. Pero tengo que hacerlo a escondidas, en plena montaña y apartado de los cafetales, como si se tratara de un acto condenable. Eso, los lechones y las gallinas, una que otra fruta y tenemos para comer. Lo demás lo conseguimos por la libreta, cuando llega mercancía: azúcar, sal, aceite y ese tipo de productos que no podemos cultivar. Luego siguió hablando, diciéndome en voz

alta lo que pensaba: que él estaría de acuerdo con la posesión colectiva de la tierra y con la nacionalización de los medios de producción. Durante mucho tiempo pensó que era la mejor manera de asegurar el bien colectivo, si a cambio todos pudieran tener lo que necesitaban; sin abusos, sin excesos, repetía, pero también sin angustias y sin convertirlos, como sucedía ahora, en esclavos de un sistema que hace lo imposible para evitar que los ciudadanos se diferencien por su iniciativa. Pero nada, es inevitable –insistía–, cuando el trabajo no representa para quien lo hace una mejora en sus condiciones de subsistencia, cuando el sacrificio de los padres no le garantiza a sus hijos una existencia mejor; cuando, en fin, hagas lo que hagas, vives y mueres como los demás, lo que finalmente termina sucediendo es que nadie trabaja, o hace el mínimo necesario, y hasta los pueblos más virtuosos acaban en la miseria. A él ya no podían engañarlo. Eso es así, aquí y en la China –decía–, donde quiera que se instale un régimen como éste.

–Es terrible eso que me dices, lo de un sistema político que se propone evitar, por todos los medios a su alcance, inclusive violentos, que los ciudadanos de un país se diferencien por su esfuerzo. Ahora, en La Habana, tuve la ocasión de conocer a varias personas que vivían de fabricar y vender pequeñas joyas artesanales, hechas de coral o madera. Las vendían en la calle y de eso vivían, de manera clandestina eso sí, porque al hacerlo arriesgaban su libertad. Lo peor es que todo el mundo lo sabía, incluso la policía, y si no les impedían venderlas, tampoco los dejaban en paz. La política del Estado parecía ser la de mantenerlos acosados, de modo que supieran que estaban siendo vigilados y que en un santiamén podían ser detenidos y encarcelados. Lo importante era darles un peque-

ño margen de maniobra para que pudieran conseguir un poco de dinero extra, sin que fuera suficiente para diferenciarse de manera notable de los demás. Había que mantenerlos en ese estado de zozobra constante, evitar que pudieran instalarse y progresar. Es algo que, sinceramente, enferma a cualquiera. La libertad en Cuba no es un derecho humano sino un regalo, una gracia que el sistema administra y te da o te quita cuando bien le parezca. Y sí, me sorprendió la riqueza de las librerías, el precio increíblemente bajo de los libros y discos, aunque siempre en las zonas centrales y turísticas, y siempre correctas en el plano político. Eso era lo aterrador, ese peso ineludible del poder, ese sentimiento de estar bajo sospecha constante, observado y controlado en todo momento y lugar. Era como vivir con un policía a cuestas, desayunando contigo, durmiendo a tu lado, velando tus sueños. Por eso –agregué–, lo que me parece terrible en toda esta política oficial es que, a fin de cuentas, el esfuerzo hecho para imponer esa igualdad teórica entre los ciudadanos es tal, que termina generando una diferencia abismal entre los funcionarios encargados de garantizarla y la inmensa mayoría de la población. Entre el discurso oficial y la vida cotidiana, entre el ideal teórico y su materialización práctica, lo que se instala es una enorme ficción. La utopía de un mundo cuya única justificación reside en el futuro radioso que algún día nos hará iguales y felices. Entonces se habrán acabado las diferencias entre ricos y pobres. No habrá clases sociales ni problemas de raza y los explotados desaparecerán con los explotadores.

–Bueno, es una manera de decirlo. Lo que puedo asegurarte es que esa ficción de la que hablas tiene un poder concreto, incisivo e innegable sobre nosotros. Es una quimera que nos ahoga.

Mis especulaciones políticas debieron parecerle insoportables o quizás ingenuas, quién sabe; en cualquier caso, de una complicación inútil para quien vivía inmerso en situaciones tan concretas como terribles. O tal vez le resultaba doloroso escucharlo, aceptar la pertinencia del discurso que durante años oyó en boca de los otros, de los detestables y odiados contrarrevolucionarios: los gusanos. El hecho es que desvió la conversación hacia la tarea que nos esperaba en lo inmediato: asar el lechón para el almuerzo.

Acabábamos de atravesar el arroyo y nos acercábamos de nuevo a su casa en lo alto de la colina. Antes de dejarlo, acaso para siempre, tomé una fotografía. Esperaba llevarle a mi mamá alguna perspectiva concreta, en especial de ese río del que tanto me había hablado. Lo hice porque sabía que ella nunca tendría fuerzas para volver. Cuba se había quedado como congelada en su memoria, en un pasado idealizado, y era evidente que no soportaba la idea de confrontar sus recuerdos con la realidad que temía. Incluso después de mi viaje, y a pesar de que durante años le ofrecimos la posibilidad de volver, nunca se atrevió a emprender el regreso. Prefirió morir lejos de su tierra y de su gente, sin que una imagen nueva viniera a perturbar el equilibrio perfecto de sus recuerdos, ese donde Cuba siguió siendo la misma de su infancia.

Al llegar a la cocina donde mi tía preparaba el almuerzo, Astral abrió el saco y vació su contenido sobre la mesa. Entonces les dije que iría a saludar a Piquine y a mis primas, para conversar un rato con ellos. No quería que se sintieran ofendidos.

–No te preocupes, yo te llevo un momento –afirmó mi tío–.

–Perfecto –agregó Carmen–, con eso, mientras vi-

sitan a Piquine y conversan con él, termino de preparar el almuerzo. No se preocupen que yo me encargo del lechón. ¡No es el primero que he asado!

–Me da pena contigo, Carmen, no quisiera dejarte sola preparando la comida, pero si no lo hago ahora luego no podré hacerlo.

–¡No, mijito! Ni te inquietes por eso. Vete a ver a tu tío, ¡que no te tenemos aquí todos los días! ¡Vete tranquilo, por Dios!

–Gracias, de verdad, muchas gracias.

–Y quítate esas botas, ¡que no te quedan muy bien que digamos, eh!

–Sí, la verdad es que me quedan grandes y si sigo con ellas me van a llenar los pies de ampollas.

Mi tío se cambió de ropa en la habitación. Yo me puse los zapatos que traje de Caracas y salimos tan pronto como estuvimos listos. La idea era ir hasta donde Piquine y mis primas, saludarlos y regresar para el almuerzo. Al mismo tiempo, quería aprovechar la ocasión para reconstruir en lo posible la historia truncada de mi familia, por lo que apenas salimos al patio seguí haciéndole preguntas.

–¿Y por qué se fue mi papá, tío; por qué para Venezuela?

–Por varias razones, creo; no solamente por las circunstancias políticas. Tanto él como el viejo tenían un carácter recio y no se entendían bien, en especial cuando Erial llegó a la adolescencia. Los problemas políticos fueron una excusa perfecta para irse.

–Es cierto, no creo que su oposición a la Revolución haya sido muy coherente y radical. Lo recuerdo en cambio como una persona que, en muchos aspectos, hubiera podido congeniar con las ideas del régimen. Profesaba, por ejemplo, un radical rechazo a las estructuras y dogmas de la iglesia católica, a tal

extremo de que ninguno de nosotros fue bautizado. Tampoco sentía una particular atracción por los bienes de consumo. Ahora, eso sí, demostraba una desconfianza innata ante los militares y su autoritario concepto de la disciplina y la obediencia. En ese punto, está claro, hubiera tenido una infinidad de encontronazos con el orden impuesto. Lo mejor que hizo fue irse.

–Sí, además, tampoco manifestaba mucho interés en lo que estaba pasando aquí. Se fue a Venezuela porque allá vivían su tío Arturo y algunos de sus primos canarios. Era más fácil. Y ya ves, en cuanto triunfó la rebelión Arturo se vino para Cuba. Por cierto que, antes de irse, tu papá escribió su nombre en ese tanque, ¿lo ves?

En el tanque de piedra, en efecto, podía leerse su nombre escrito con grandes brochazos de pintura blanca. La primera letra en mayúscula, luego dos otras en minúscula, el resto en mayúscula, como si en su apuro por irse no hubiera encontrado la calma para escribirlo completo: EriaAL

La ele final, ya casi un garabato, era difícil de leer. De toda evidencia no tuvo la paciencia suficiente para definir cada letra ni para hundir de nuevo la brocha en el pote de pintura. Por primera vez había escrito su nombre en los muros de su casa y lo hizo con la desenvoltura adolescente de quien no conoce de la vida sino el futuro, ignorante de que cada gesto lo hacemos, siempre, por primera y última vez. De esa curiosa manera dejó inscrito su nombre sobre el muro del tanque, a la carrera, y así lo descubrí yo treinta años después, como un gesto apresurado y torpe.

–Como que no tuvo tiempo de escribirlo completo, ¿no? –comenté como bromeando–.

–Bueno, él era de un carácter impaciente, tú debes

Y la verdad es que su nombre, escrito en blanco sobre el muro de cemento gris, era poco más que una aparición...

saberlo. ¡Imagínate cómo se sentía antes de su viaje! Además, era incapaz de escribir un párrafo completo. Comenzaba las primeras líneas de sus cartas en mayúscula, luego su escritura se iba degradando hasta que terminaba escribiendo con una letra horrible, nunca tuvo paciencia para eso.

Por lo visto –pensaba en silencio– toda su vida se le fue como el viento, como el vapor etéreo de las ollas hirviendo. No tuvo paciencia para perseverar en un trabajo ni para dejarle a sus hijos un módico equilibrio económico, como tampoco pudo plegarse a un mínimo de rigor en lo que concernía a su salud. Por eso tuvo una muerte prematura, porque cuando se declaró su insuficiencia cardíaca no tuvo fuerzas para respetar la dieta que necesitaba ni fue capaz de dejar el cigarrillo. Hay seres ligeros de alma que pasan por la existencia sin dejar huella, sin aferrarse a nada ni a nadie; es como si no solo su alma, sino su cuerpo entero carecieran de peso. Y así andan por el mundo, como espantos, como quimeras nocturnas. Y la verdad es que su nombre, escrito en blanco sobre el muro de cemento gris, era poco más que una aparición, un gesto leve que por alguna razón permaneció allí por más tiempo que él mismo sobre la tierra.

–¿Y de mi mamá? ¿Sabes dónde quedaba su finca? Ella me hablaba de una colina desde donde podía ver los cafetales y Piquine vive bastante escondido en el valle, no debe ser ahí.

–No, claro que no; su casa estaba en medio de los cafetales y sobre una colina, como la mía. Lo que pasa es que cuando Piquine le entregó sus tierras al Estado tuvo que dejarla para instalarse en un rancho a la orilla de la carretera, ese donde fuiste a verlo al llegar. Por esos días se concibieron grandes proyectos para la industria cafetalera y

había que dejar los cafetales libres, sin residencias privadas, al menos en las tierras del Estado. Soñábamos con la construcción de un país nuevo e imaginábamos un futuro maravilloso. Era un sentimiento contagioso. Yo mismo, durante décadas, defendí la Revolución con fervor. No admitía que nadie la contestara y siempre encontraba excusas para los errores que pudieran cometerse. Eso era para mí algo pasajero, un mal necesario, y si ocurría era porque enfrentábamos mucha oposición de los contrarrevolucionarios. Nunca sospechamos que nuestras ideas pudieran estar equivocadas, nuestros métodos viciados. La culpa, pasara lo que pasara, la tenían los otros.

–En Venezuela es igual, tío; cada candidato se cree en la obligación de ofrecer la refundación del país en cada nuevo período de gobierno. Siempre estamos recomenzando, reinventando la nación. Nuestra historia está llena de revoluciones restauradoras, liberales, amarillas; estamos habitados por esa ligereza del alma que nos impide echar raíces, construir instituciones que duren, que inspiren respeto y se impongan para crecer y para hacernos crecer. Quizás, y me disculpas que lo diga sin formar parte de esta realidad, la Revolución cubana no ha sido sino uno de esos tantos procesos de refundación que se nos imponen con una regularidad aterradora. Entonces creemos estar reinventando el mundo, construyendo por fin y por primera vez las bases de una nación justa y bella. Y lo peor es que lo que se desvanece con ese constante reinventar el país es precisamente la posibilidad real de construirlo.

–Puede ser, sí, aunque ese proceso tomó en Cuba dimensiones a todas luces distintas porque aquí no se ha tratado de un período, sino de toda una generación, de varias generaciones juntas, y aún no parece tocar fondo.

Las autoridades nos siguen hablando de un futuro radioso que nunca llega y que a mi entender no llegará nunca. Además, formó parte de un proceso ideológico e histórico de gran amplitud, casi planetario. En fin, vamos por aquí; ven, te voy a enseñar el solar donde estuvo la casa de tu mamá, no es mucho lo que queda.

Ya internados en los cafetales tomamos una carretera que me pareció la misma del día anterior. El ambiente era diferente, no obstante, y el bosque respiraba todavía como un gran cuerpo dormido, con el aliento fresco y calmado de la madrugada. Ambos caminábamos en silencio, contagiados por ese letargo del bosque que despierta y sin duda sintiendo el peso de las palabras que acabábamos de intercambiar. Era difícil imaginar, rodeado de esos cafetales hermosos, de ese fresco matinal que parecía surgir de las hojas y los troncos como debió hacerlo en el primer amanecer del mundo, que a escasas centenas de metros fermentara el odio, la envidia, la ambición humana más oscura. En minutos comenzamos a subir otra pequeña colina perdida entre la vegetación.

–Por aquí es, este era el camino que conducía al patio que tenían al frente. Mira, aquí todavía se adivinan los escalones; sus cafetales eran los que puedes ver hacia la derecha. Desde aquí hasta las laderas de la colina que ves al fondo eran las tierras de tu mamá.

–Tengo una foto de ella tomada desde abajo. A la izquierda se veía una ventana. Debía estar aquí, si no me equivoco, o cerca, quizás un poco más allá. De cualquier modo, era así, dando hacia los cafetales.

–Aquí, en este plano, tenía su cuarto. A la derecha mantenía unas jardineras con flores. A tu mamá le gustaban mucho las matas.

Desde ese patio, hacia los cafetales y hacia el río, tomé varias fotos esperando que alguna de ellas despertara en mi mamá la memoria de su infancia. Tomé otra desde el lugar aproximado de la ventana. Para mí era un punto cualquiera en los matorrales, y aunque lejanamente creía reconocer una que otra perspectiva, en particular aquella desde donde parecían haber sido tomadas las pocas imágenes que recordaba de mi mamá en su finca, para ella tal vez podrían representar una fuente inagotable de recuerdos. Era poco lo que quedaba, la vegetación había retomado su sitio y era difícil reconocer el antiguo emplazamiento de una vivienda. En su lugar se desplegaba la vida intemporal de los bosques, indiferente al tiempo y a nuestras nostalgias como a la historia humana.

–Bueno, ahora sí –dijo–: vamos donde Piquine que no tenemos mucho tiempo. El lechón se está horneando y no podemos dejar que se queme o que se seque demasiado. Tiene que estar en su punto.

–¡Vamos, sí, que quiero saludarlos, y son muchos!

Eran cerca de las nueve de la mañana; el sol comenzaba a calentar la tierra. Nos encontramos a Piquine en el patio, con sus dos yernos y un amigo que hace años había vivido en Caracas. Era evidente que me esperaban, el machete en la mano, para saludarme antes de internarse una vez más en el campo a continuar su trabajo. Por el camino venía pensando en lo que podría idear para ayudarlos puesto que no les había llevado ningún regalo. Entonces se me ocurrió que podría dejarles los pesos que tenía conmigo y que no me servían de mucho. Había cambiado unos trescientos dólares en La Habana y en verdad no tenía en qué gastarlos. Tampoco podía volver a cambiarlos en dólares, pues estaba prohibido. Era una de las tantas artimañas del sistema para retener en la isla el máximo posible de divisas norteamericanas.

Se trataba por lo demás de una suma considerable en Cuba; con eso podría ayudarlos un poco, remedando de alguna manera el error de no haber llevado algunos presentes.

–Hola –dije dirigiéndome al grupo, tan pronto como llegamos al patio donde se encontraban.

–Hola, hola –respondieron al unísono–. De nuevo me sorprendió el rostro iluminado de mi tío, con esa alegría genuina de los que no tienen nada y han aprendido a vivir de las pocas alegrías que les ofrece la vida, como las plantas en las zonas áridas del rocío nocturno, en la ausencia de las lluvias. Me costó retener las lágrimas al verlo tan lleno de huesos, los ojos abiertos, la sonrisa clara. Sus yernos eran campesinos de una juventud relativa, alrededor de los cuarenta, y si no eran robustos, tenían la rudeza del hombre acostumbrado al trabajo del campo. Músculos escasamente preeminentes, pero como dibujados con trazos rectos, brazos soleados con venas muy aparentes, su ropa siempre llena de tierra. Dos de ellos portaban la típica gorra militar, el tercero un sombrero de cogollo ridículamente pequeño. Todos, menos uno con el torso desnudo, llevaban camisas de manga corta abiertas al frente hasta el nivel del ombligo. Todos fumaban y eran delgados, iguales en huesos y miseria.

–Piquine se acercó para abrazarme y presentarme a sus yernos. Él es Juan Carlos –dijo–, el esposo de Mercedes.

–Hola ¿qué tal?, encantado –dije mientras le estrechaba la mano–.

–Él es Raúl, esposo de Caridad, la del pelo negro.

–Un placer.

–Y él es un amigo que conoció a tu papá y hasta vivió en Caracas, hace aaaaaños.

–Me dicen Lucho –agregó tendiéndome la mano–

antes de que mi tío pudiera terminar su frase, con un acento que no era ya el hablar pausado y llano de los otros, sino el fraseado fácil y vulgar del marginal. Luego supe, por mi mamá, que era cierto que había vivido en Caracas y que fue justamente por su conducta agresiva y poco confiable que se vieron obligados a regresarlo a Cuba. Un botón solitario cerraba su camisa al frente, de un azul celeste bastante intenso. Llevaba el cigarrillo en la boca y hablaba con él. Por momentos lo tomaba con su mano derecha, aspiraba una bocanada de humo y continuaba hablando. Mientras conversaba, con una gesticulación exagerada de las manos, el humo que salía del cigarrillo lo obligaba a entrecerrar el ojo derecho. La conversación se entabló con la característica alharaca de mis primas, hablando todos a la vez y yo tratando, a veces en vano, de responder a sus preguntas. Lucho era, de toda evidencia, el más insistente y el más preocupado por el provecho que podría sacarle a mi visita. Mis tíos, reservados; en particular Astral. Era patente la diferencia cultural y, ante todo, de urbanidad que lo separaba de ellos, y aunque compartieran la misma miseria y el mismo aire rudo del campo, la mirada de Astral y sus gestos eran siempre medidos, conscientes. Tras casi media hora de discusión y obstinadas preguntas, me decidí a decirles que en vista de que no pude llevarles un juguete para los niños o una prenda de vestir, quería dejarles el dinero que no podría llevarme de vuelta a Caracas. Alguna cosa –insistí, tratando de esconder la pena que sentía, evitando también despertar su susceptibilidad–, aunque solo sea para comprarles un regalo a los niños. Lo único que puedo hacer –dije– es dejarles una parte de los pesos que cambié en La Habana.

–No, ¡cómo se te ocurre! –dijo Piquine–, tú vas a

necesitarlos. ¿Con qué vas a comer en La Habana? No, no, ¡no hace falta!

Los otros se quedaron callados, esperando que insistiera en una oferta para ellos milagrosa. Astral, aunque callado, enderezó su torso seco y delgado dispuesto a secundar las afirmaciones de Piquine.

–No, no es problema alguno para mí, se los aseguro; cambié unos dólares en La Habana y no tengo qué comprar.

–Eso pa él es miedda –se apresuró a decir Lucho–, acercándose más al grupo. El peso no le sibve a él de naa, eso sibve aquí no más pa nosotros que estamos encerrados en esta isla de miedda.

–Bueno –intervine–, incómodo en el rol del extranjero rico repartiendo los pesos cubanos–, no es que sean mierda para mí, pero es cierto que no puedo hacer gran cosa con ellos y de todas maneras, como no puedo cambiarlos en dólares de nuevo, lo que no gaste en Cuba se perderá o tendré que regalárselo a desconocidos antes de irme. Así que prefiero dejárselos a ustedes, si les sirve de algo, claro.

–Vaya –dijo Raúl–, por supuesto que nos sirve, lo que no queremos es crearte problemas. Aquí, aunque poco, tenemos lo que hace falta para vivir.

–¡Más o menos, más o menos, y hay que decirlo rapidito! –agregó Lucho–, interesado en mi propuesta. ¡Si nos ponemos a pensar en la medicina, en la ropa y lo demás, la situación cambia, óyeme!

–Pues entonces, si están de acuerdo voy a guardar lo que me haga falta para el taxi y enfrentar cualquier imprevisto y el resto lo compartimos entre ustedes. A ver –continué–, ustedes son cinco…

–Yo no –dijo de inmediato Astral con aire severo–: ¡repártelo entre ellos!

A pesar de la miseria y de la ya cansada espera de ese futuro radioso que no llegaba, que no llegaría nunca, Astral no perdía aún esa dignidad austera de los que, por convicción ideológica, desconfían del dinero. Él esperaba algo mejor para su familia, para el país entero; aspiraba a una dimensión diferente de la vida. Su rechazo era instintivo, animal, determinante.

–No es un problema, tío, de veras; si lo propongo es porque puedo hacerlo. Además, me alegra dejarles con qué comprarles un regalo a los niños, por favor…

–No, no te preocupes. Repártelo entre ellos –respondió–, suavizando un tanto la rudeza de sus palabras. Dio un paso hacia atrás y se quedó en silencio, observándonos.

–Está bien –le respondí–, como quieras; veré qué puedo dejarle de regalo a tu hija. No quise seguir insistiendo. De inmediato comencé a compartir el dinero entre mi tío Piquine, sus dos yernos y Lucho. Aunque no me divertía la idea de alimentar los apetitos de un personaje como éste, se hacía difícil darle a los demás y no a él, así que me decidí a compartirlo en partes iguales. La cuenta fue de una relativa sencillez. A cada uno le tocarían setenta y cinco dólares en pesos cubanos. La suma, aunque importante, era para mi abordable y podría restituirla a la administración de mi trabajo al llegar a Caracas. Para ellos, en cambio, se convertía en siete meses y medio del sueldo urbano, que era de diez dólares mensuales (al menos si el chofer del taxi estaba en lo cierto), y mucho más en sus miserables sueldos de obreros rurales. No sé qué efecto pudo tener entre ellos ni qué destino le dieron, aunque podía imaginar la alegría que les produjo y el no menos considerable desahogo económico que les procuraba, al menos durante algunos meses. Todos, menos Lucho, tomaron el

dinero con la cautela de los pobres, enrollando los billetes con una meticulosidad nerviosa como si quisieran ponerlos a salvo entre sus dedos, pensando seguramente en lo que podrían adquirir con él. Lucho lo contaba con desenfado, con una gran sonrisa y su cigarrillo en la boca, ahora del lado izquierdo. Casi alcanzaba a leer su pensamiento. A mí, sin embargo, no me abandonaba un extraño sentimiento de vergüenza, el estómago apretado, las lágrimas a punto de brotar, como si estuviera cometiendo un crimen o abriendo de golpe una puerta de esperanza que, era evidente, se cerraría tan rápido como se agotaran los pocos pesos que dejaba entre sus manos. La austeridad de Astral y el rostro severo que mantuvo durante el proceso de repartición actuaban sobre mí como una condena implícita. Su dignidad me avergonzaba. ¿Pero qué podía yo ante tanta miseria? ¿Cómo no ofrecerles ese regocijo pasajero de unos pocos pesos inesperados? Pensé de pronto en la multitud de niños que tenían, en sus cuerpecillos desnudos y barrigones. No importa –me dije–, si alguna minúscula alegría iluminaba sus días con los pesos que dejaba, mi visita habría sido algo más que una aparición repentina, como los espejismos que, dicen, le permiten ver al viajero perdido en los desiertos la imagen temblorosa de ciudades distantes. Algo les habría quedado, incluso si al agotarse los magros recursos que les ofrecía se instalaba de nuevo la misma rutina monótona de sus vidas.

Terminaba ya la repartición llegó una de mis primas que, luego de dejar a sus hijos en el colegio y hacer algunos trabajos domésticos, se apresuró a encontrarse con nosotros. La otra era maestra, de manera que no podía disponer de su tiempo. El día anterior a mi llegada mi prima llevaba puestas una

falda y una blusa tan sucias como los pantalones y camisas de los hombres. Hoy, era claro, había sacado su mejor ropa y su peinado delataba un cuidado excepcional, como lo habría hecho para una fiesta. Lucía una bermuda roja hasta las rodillas y una blusa blanca muy limpia sostenida por dos tirantes de la misma tela anudados por un lazo a nivel de los hombros. Se veía tan delgada y sin gracia dentro de su ropa almidonada que me dio lástima. Apenas si tuve ocasión de saludarla y cruzar algunas palabras con ella. Ya su esposo urdía proyectos y ardía ansioso por irse a discutir con los suyos lo que podrían hacer con ese extra providencial de recursos. La tomó con un gesto delicado por el brazo, de seguro para apresurar el momento en el que podría decirle lo que acababa de sucederles.

–Bueno –dijo Astral–, debo regresar. No sé, Ariel, si quieres venir después; puedes quedarte conversando con ellos. Yo tengo que ocuparme del lechón que dejamos asándose. A lo mejor Piquine o alguno de ellos puede acompañarte.

–No, regreso contigo; de todas maneras, ellos tienen trabajo y no quiero molestarlos. Antes de regresar a Guantánamo pasaré de nuevo a despedirme. Es lamentable, pero mi viaje no puede extenderse por mucho tiempo.

–Muchas gracias, Ariel –dijo Piquine–, mirándome con sus ojos abiertos y brillantes, y de inmediato replicaron los demás: gracias, gracias, nos vemos en un rato. Estaré en la casa –continuó Piquine–, ¡hoy no me meto en el monte!

–Yo te traigo una parte del lechón, Piquine –agregó Astral–, ¡hoy es un día de fiesta y hay que celebrarlo! ¡Nos vemos pronto!

–Hasta luego, hasta luego –replicaron juntos—.

Para el almuerzo, Carmen dispuso la mesa con todo el confort del que disponía. Sus mejores platos –aunque eran de plástico no habían perdido aún el color de sus decoraciones florales–, su mejor mantel. En la única bandeja de porcelana que poseía, herencia quizás de sus padres, colocó el lechón asado en el centro de la mesa y en una olla de metal más discreta que la del día anterior, las legumbres cocidas. Un poco de aceite y sal. Algo de pan. Una garrafa plástica con agua. Tres servilletas de tela verde plegadas con esmero. Cuchillos y tenedores de metal. Había un acento bíblico en la severa frugalidad de aquella mesa, en la sencillez de los platos y los cubiertos, en la inmaculada pulcritud de un mantel utilizado en ocasiones especiales, como esa de un almuerzo que sabíamos ser el primero, y probablemente el último, que compartíamos. Durante la comida, de agradable sencillez campesina, mis tíos discutieron lo que harían con el excedente de carne. Un plato para Piquine y su familia, algunas costillas y parte del pernil para Cosette, su hija, y para la cena de esa noche. El resto lo conservarían en el refrigerador para el fin de semana y hasta que alcanzara. Hablamos también de Cosette, mi prima de quince años, que estudiaba en Guantánamo y que durante la semana dormía con Equidad, la hermana de Astral, su tía y la mía. Ese jueves, de manera inhabitual, Cosette regresaría del liceo, de manera que mi tío debía ir a buscarla aprovechando que tenía algunas diligencias que hacer. Nos iríamos juntos. Al terminar, Astral fue a vestirse. Yo terminé el café con Carmen conversando de todo y de nada. Nunca hablamos de su familia ni de las relaciones que mantenía con la de su esposo. Era un tema delicado y preferí no abordarlo con ella. A los cinco minutos mi tío salió vestido, su clásica guayabera blanca, con sus lentes en el bolsillo superior derecho y sus zapatos negros. Entonces nos despedimos de Carmen y emprendimos el camino hacia el rancho de Piquine. Mi tío llevaba el plato de lechón asado para él y su familia. Otro plato lo protegía del polvo y de los insectos. Antes de que nos internáramos en los cafetales volteé a ver a Carmen por última vez, el tanque con el nombre ya casi borrado de mi padre, la vieja casona de piedra y la discreta cabaña de madera donde vivían. Me invadió una tristeza inmensa, como si ese pasado que apenas por un instante emergió de la nada regresara de nuevo a las sombras y al olvido. Los ladridos del perro se escucharon todavía durante algunos minutos resonando entre los bosques.

El jeep que nos llevó de regreso a Guantánamo se detuvo en la parada, al lado del correo, donde el día anterior me subí a uno de ellos para ir al Limonar. El trayecto entero lo habíamos hecho en silencio. Mi tío no parecía conocer a ninguno de los pasajeros. Tan pronto como nos bajamos, Astral me condujo a casa de Equidad, a una distancia de tres o cuatro cuadras. Eran vecinos cercanos de Sara; ella no me lo había dicho. Ahora al menos sabía por qué no quisieron recibirme y por qué me habían indicado la dirección de Astral en El Limonar. No era una aversión personal, sino una de las consecuencias cotidianas del sistema pensado para aislar a un pueblo y llevarlo a creer que la realidad se restringe a lo que el gobierno dice que es. Que la felicidad es una y que ellos la habían conseguido, mientras el resto del mundo vivía sumergido en la miseria y el horror del capitalismo. Retuve poco, casi nada, de mi encuentro con Equidad y mis otras tías de Guantánamo. Quizás porque era el cuarto encuentro con un pariente desconocido o por esa casi autista recepción

que recibí de mis familiares maternos en la ciudad. Todos, de una u otra forma, parecían tener miedo. ¿Era una situación específica a Guantánamo o acaso a mi familia? En La Habana al menos no parecía ser así. ¿Tenía que ver con la cercanía de la base militar? Lo ignoro por completo. El hecho es que, si abrieron sus puertas y accedieron a conversar conmigo algunos minutos, ninguno salió a la calle para acompañarme hasta donde vivían los demás. Ninguno, salvo Astral y Equidad, se expuso conmigo a la mirada de sus vecinos. Siempre, desde el interior de sus casas, como un animal en su guarida, me indicaron el lugar donde vivían los demás. De mi encuentro con Equidad recuerdo a Ismael, su hijo, que había estudiado agronomía en la República Democrática de Alemania y al corto trayecto que hicimos en su viejo Ford de los cincuenta hasta la escuela donde estudiaba mi prima Cosette. Habíamos ido a buscarla aprovechando que Astral debía ocuparse de algunas diligencias en la ciudad. Subimos al auto. Ismael al volante, Equidad en el puesto delantero a su derecha, yo detrás. Los asientos eran de semi cuero, mitad rojo, mitad marrón. El techo no tenía ya la protección destinada a mitigar el calor exterior y en su lugar relucía, pintado a mano, un rojo similar al de su carrocería exterior, en relativo buen estado. El parabrisas estaba quebrado en dos puntos y por las grietas habían penetrado el agua y el aire, agrisando ligeramente la placa de plástico que se encontraba al interior. En esos puntos la transparencia del vidrio se reducía, aunque sin impedir la visibilidad del conductor. El retrovisor izquierdo era un espejo sostenido con bandas adhesivas, el derecho faltaba.

–¿Queda lejos el liceo de Cosette? –pregunté.

–No –respondió Equidad—.

–En menos de diez minutos estamos ahí –agregó Ismael—. Aquí no hay mucho pa donde ir.

–Supongo que, viniendo de Alemania, la vida en Guantánamo debe parecerte bastante restringida.

–Ni te cuento, esto es una cárcel. No hay otra manera de describirlo. ¡Una cárcel a cielo abierto!

–Shuuut –murmuró mi tía bajando el tono de su voz–, cállate, que tú vienes de Alemania y como que se te olvidó lo que son las cosas aquí.

Estábamos en el carro, en una carretera casi solitaria, y aun así mi tía temía hablar contra el Gobierno. Décadas de represión habían hecho del miedo un componente casi biológico en la personalidad del cubano, un rasgo colectivo, como el color de la piel o del cabello. Era un miedo interior, involuntario, animal, como si se hubiera metido en su sistema nervioso convirtiéndose en reflejo. Yo, que venía de Venezuela, donde por el contrario cada individuo se cree autorizado a decir y a hacer lo que le venga en gana, observaba aquello como la escena de un teatro del absurdo. En el fondo me sentía protegido, inmune por naturaleza a situaciones como la que observaba, incrédulo, en el oriente cubano.

–Aquí –continuó mi tía– hay que cuidarse de las paredes, porque hasta los muros hablan y te denuncian y te metes en tremendo lío.

–¿Y por cuánto tiempo vamos a soportarlo? –preguntó Ismael alterado–. ¿Hasta cuándo vamos a dejar que decidan lo que debemos pensar y ser y comer? Óyeme, ¡que esto no me lo aguanto más!, ¡en lo que pueda me voy de esta isla pal carajo!

–Tu eres joven y quizás puedas lograrlo; nosotros nos tenemos que quedar aquí y es mejor que vivamos tranquilos –le replicó mi tía levantando ambas manos, los dedos abiertos, para apoyar mejor sus pa-

labras—. Yo los escuchaba atónito y en silencio, sin poder decir una palabra, sin atreverme siquiera, observando la multitud de rasgos que unían a mi tía con los recuerdos, arraigados y vivos, que conservaba de mi padre. Sus gestos eran a veces los mismos y el solo movimiento de las manos y la particular curvatura de su dedo anular, idéntica a la que recordaba de él, me conmovían hasta las lágrimas. No dejaba de observar la silueta oscura de su mano, a contraluz, contra el parabrisas del carro. Todavía hoy, veinte años después, la recuerdo fija en mi mente, como una fotografía en blanco y negro. Nos acercábamos ya al liceo donde debíamos encontrar a Cosette; la conversación se enfocó en ella y su familia.

–Supongo que conociste a Carmen, la esposa de Astral –preguntó mi tía–.

–Por supuesto, ¡y la encuentro encantadora!

–Sí, sí, es encantadora, pero es negra. No sé cómo se le ocurrió a Astral casarse con ella. Nosotros somos diferentes. Yo quiero mucho a Cosette, porque es mi sobrina, a pesar de que es negra. Ellos son diferentes… son... ¿cómo decirte?... ¡Son otra cosa, vaya! La vas a conocer, es una negrita bella de quince años.

Preferí callar, como lo hice mientras discutían la situación política y la eventual emigración de Ismael, pero lamentaba sus propósitos y me preguntaba lo que podría ser el mundo cotidiano de una adolescente, sus afectos divididos, envuelta en ese lamentable clima humano.

–Mírala, ahí viene, es la de la derecha.

Cosette era una adolescente de un bello color mulato. Caminaba hacia nosotros acompañada por una amiga cuya piel alcanzaba un negro profundo de reflejos azulados. Yo las observaba acercarse en silencio. Incluso en su uniforme escolar, de camiseta azul claro

y de una falda recta en azul marino que le llegaba a mitad de los muslos, parecía tener un cuerpo hermoso. Ella se acercaba intrigada, sin duda preguntándose quién sería el hombre que venía a buscarla con su tía. No sé si fue la conversación que acababa de tener y el sabor amargo que había dejado en mí o la experiencia con su madre lo que me llevó a interpretar su mirada como lo hice, lo cierto es que me pareció ver en ella la misma desconfianza inquieta de Carmen. No era para menos. Su vida diaria debía estar marcada por un conflicto latente entre los dos extremos a los que pertenecía por igual.

–¿Sabes quién es este señor? –le preguntó mi tía luego de besarla en la mejilla–.

–Pues no.

–Es tu primo hermano, el hijo de Erial.

–Guao –respondió–, acompañando el sonido de su voz con un ligero gesto de la cabeza. Sus ojos brillaron por un instante y me pareció ver que la frente entre sus cejas enrojecía.

–¿Qué tal? –le pregunté, extendiendo mi mano para estrechar la suya–.

–Bien. ¡Sorprendida!

–Me encanta conocerte, conocerlos a todos ustedes. Esta misma tarde salgo de nuevo para La Habana, pero me voy con la alegría de haberlos visto, aunque haya sido un instante. Es mejor que años de silencio. Hoy, al menos, sus nombres tienen para mí un rostro concreto.

–¿Y por qué te vas tan rápido? –preguntó, mientras mi tía la empujaba suavemente por el brazo en dirección del carro.

–Vamos, vamos –decía Equidad–, que él tiene todavía que visitar a otras tías. ¿Cómo te fue en el liceo?

–Bien, como de costumbre.

De ese instante, justo antes de que nos subiéramos al carro, conservo una fotografía de Equidad, la única que tengo. Era una mujer bastante joven, de pelo corto y negro. Tenía la cara menuda y los brazos finos a pesar del vientre voluminoso que envolvía sus caderas y hacía desaparecer su cintura. Llevaba una blusa rosada de mangas cortas y cuello en V, con una decoración floral en negro en torno al cuello y a las mangas. Un pantalón de un negro impecable y unas sandalias también negras. Yo tomé esa fotografía, de eso no tengo duda. Lo curioso es que hoy, veinte años después, no recuerdo casi nada del entorno inmediato. El espacio del colegio donde fuimos a buscar a mi prima se desvaneció por completo. La realidad de ese momento se detiene allí mismo, en los bordes rectos de la fotografía. De regreso intentamos ponernos al tanto de nuestras vidas. Le pregunté a Cosette sobre sus estudios, sus proyectos futuros. Al llegar a su casa, aprovechando la ausencia de Astral, salimos a dar una vuelta por el vecindario. Pronto regresarían al Limonar y yo tendría tiempo para visitar a mis otras tías.

–Veo que tu liceo está fuera de la ciudad. ¿No es difícil para los que no tienen carro? ¿Cómo se trasladan hasta acá?

–Es lo que llamamos el Preuniversitario. Hay regímenes diferentes, unos están internados y solo salen los fines de semana o en ocasiones especiales. Otros pueden ir a dormir a sus casas si viven en Guantánamo o si tienen a un familiar cercano, como en mi caso. Es un liceo que tiene un área agrícola y en el que tenemos que trabajar en el campo recogiendo las cosechas de caña, naranjas, limones y fresas.

–Bueno, al menos puedes comer frutas, es más agradable que estar encerrado, ¿no?

–¿Comer frutas? ¡Ni lo pienses! Toda la producción es para el Gobierno, y si te cogen comiéndote una fresa te castigan. Te quitan una salida o qué sé yo. Para comernos una fresa tenemos que hacerlo a escondidas, e igual lo hacemos. ¡Ellos juran que se las saben todas! Me intrigaba lo que podía ser su vida de mulata entre esos dos extremos de su familia –de nuestra familia– y esperaba la ocasión oportuna para abordar el tema sin ofenderla. Por eso, cuando vi en la calle a dos jóvenes negras que pasaban frente a nosotros con el cuello y la parte visible de los senos llenos de talco, con manotadas blancas visibles y ostentosas, le pregunté:

–¿Viste eso?

–¿Qué?

–Las dos muchachas que acaban de pasar. Tienen el pecho lleno de talco. No es muy elegante que digamos, ¿no? ¿Por qué dejan el talco tan visible?

Por un instante la sentí dudar, silenciosa, como si se preguntara lo que debía responder y de qué manera, temerosa de iniciar una conversación que amenazaba con tornarse desagradable. A fin de cuentas, yo era para ella un desconocido… y un blanco.

–Bueno, tú sabes, dicen que los negros son sucios, que son ladrones, que son flojos. Por eso, cuando las muchachas se bañan dejan el talco visible para que se vea que están limpias.

–Sinceramente, me parece una vergüenza que una persona se sienta obligada a demostrar o a hacer evidente ante los demás que se ha bañado. Yo, en verdad, no lo haría.

–Yo tampoco lo hago –dijo ella con temple evidente–.

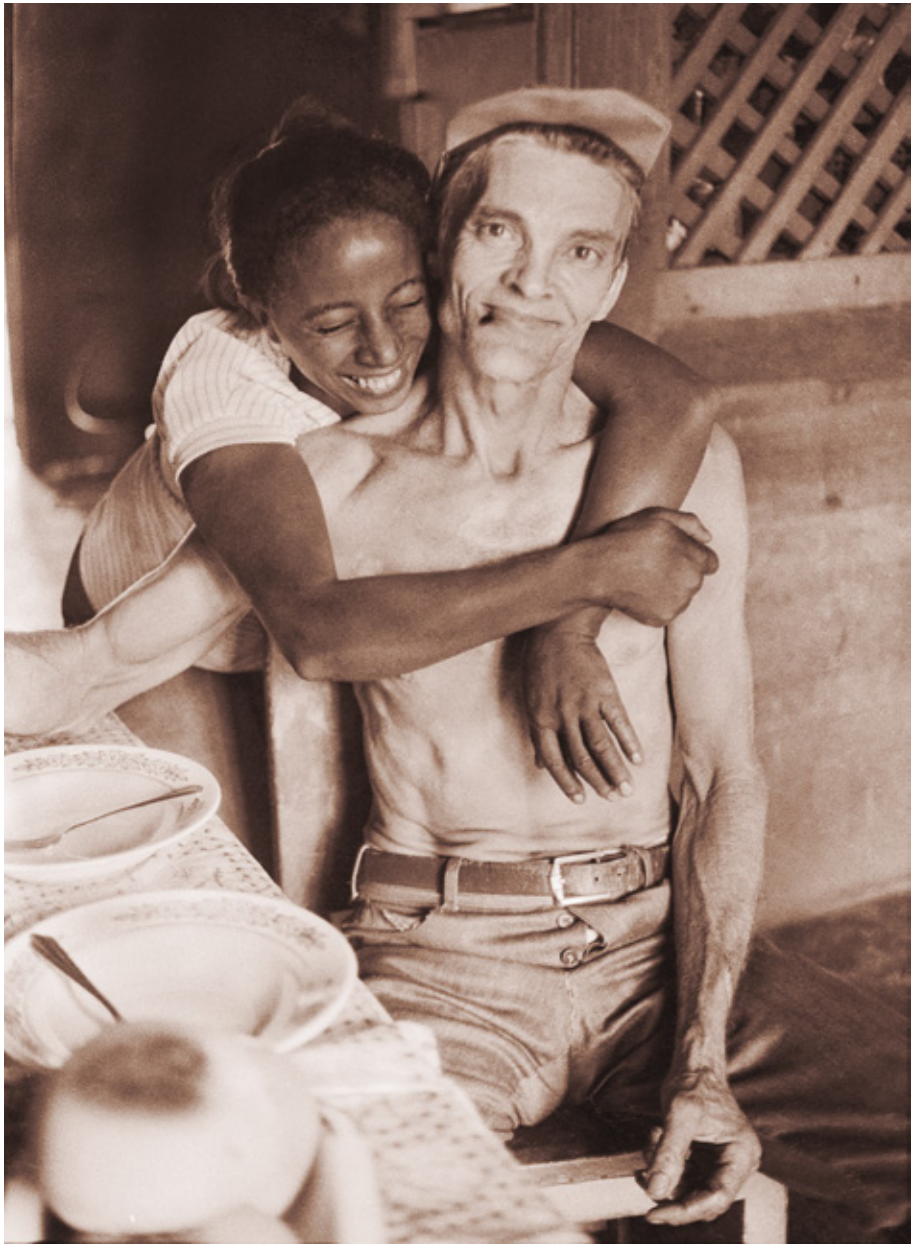
–De igual modo, la presión social debe ser fortísima y, además, son conductas que vienen de lejos, desde los tiempos de la Colonia y para muchos debe ser un automatismo del que ni siquiera toman conciencia.

No deja de ser insólito claro: si algún aspecto me ha sorprendido en Cuba es el racismo desacomplejado y abierto de los blancos. En Venezuela, con la infinidad de problemas que tenemos, con todas las diferencias sociales, raciales, económicas y culturales, el odio de razas –que existe– no llega hasta los extremos de obligar a los negros a vivir en barrios separados, o casi, como pude verlo en La Habana, en la zona del puerto. Existen, sí, pueblos completamente negros en las regiones boscosas de la costa, pero son una herencia cimarrona. Son poblados que fueron fundados por esclavos negros escapados de las haciendas coloniales, no son consecuencia de una presión social aún viva. Lo único que amenaza a esas comunidades es la desmemoria, la ignorancia que tienen de sus orígenes. No son consecuencia de una segregación racial como la que puede verse en Estados Unidos y, para mi sorpresa, aquí en Cuba. Si algo en Venezuela es aún más fuerte que el racismo es quizás el clasismo, el sentimiento de superioridad que tienen los ricos y sobre todo las familias de tradición –mantuanas o no– ante los demás. Es un sentimiento estúpido, pero real y más activo de lo que se piensa y se dice. ¡Es fácil, además, sentirse grande e importante cuando lo que te rodea es un ochenta por ciento de marginalidad y pobreza! ¡A cuántos ricos he conocido, llenos de ese sentimiento secular de superioridad, tan arrogantes y soberbios como ignorantes, que no hubieran pasado de taxistas o de cajeros en un Banco si hubieran tenido que elevarse socialmente por sus propios méritos!

–Sí, lo imagino, pero aquí el racismo sigue siendo enorme. A pesar de lo que dice el Gobierno y de los esfuerzos que se hacen –porque en verdad la Revolución ha condenado el racismo y la exclusión social, eso me consta– el odio entre unos y otros

sigue vivo. Imagina mi caso, con una mamá negra y un papá blanco.

–Sí, puedo entenderlo; por eso me sentí bien con tu papá y tu mamá, porque son una excepción. La pobre niña experimentaba como podía, en medio de prejuicios seculares, complejas experiencias de pasaje, de traducción, de interculturalidad. Se sabía heredera de dos historias que se entrecruzan sin fin, que se excluyen también. No le era fácil encontrar su lugar y a lo mejor no lo encontraría nunca. Siempre estaría entre dos mundos, cruzando como fuera posible una frontera impalpable, movediza, dolorosa. Su situación se me asemejaba a la mía o a la de todos aquellos que, por diversas circunstancias, se sienten pertenecer por igual a dos o tres nacionalidades distintas, o a diversos estratos sociales y culturales. Esa múltiple pertenencia es sin duda una riqueza, una ampliación de la experiencia humana. Entonces se puede amar a su país sin cegarse ante sus prejuicios colectivos, sus limitaciones, sus carencias. Pero es una riqueza a menudo dolorosa, en particular cuando los mundos a los que se pertenece difieren en sus niveles de complejidad y se juzgan con rigor el uno al otro, incluso con desprecio. Es un constante estar aquí añorando un allá. Un estar allá añorando el aquí. Uno termina construyéndose un lugar propio, ubicuo, nómada, una especie de nave espacial de la pertenencia, donde lleva consigo elementos y signos de ambos mundos, donde ambos coexisten al abrigo de los otros. Poco a poco se irán creando en ella los pasajes indispensables, las conexiones, las equivalencias, los puntos de distanciamiento. Ya no serán tan solo realidades contrarias o lo otro juzgado a partir de lo propio, sino una pertenencia múltiple y estratificada, siempre tensa,



...y en mi mirada debió percibir el agradecimiento y la alegría de estar allí, entre ellos, en medio de un hogar que había logrado superar los odios de raza.

eso sí, que acepta lo heterogéneo como parte de un mundo diverso y amplio.

–Bueno, me disculpas, es mejor que regresemos; mi papá debe estar por llegar y tenemos que volver al Limonar. Me encantaría que algún día pudiéramos conocernos mejor, con más tiempo. ¿Crees que puedas volver?

–Espero, sí, que otra vez pueda venir y que pueda quedarme unos días, ahora tengo que regresar a La Habana. Mi avión sale a las seis. Tenía todavía pendiente el regalo para ella, y no sabía cómo hacerlo, cómo abordar la idea de un regalo en dólares, lo único que podía dejarle, sin ofenderla. Al final me decidí a decirle: Tengo un pequeño regalo para ti, nada especial, es lo único que puedo dejarte. Cometí el error de no comprarlo en Venezuela y aquí, en Guantánamo, no encontré lo que esperaba. Además, estuve allí un par de horas. Así que quiero dejarte algo para que tú misma decidas lo que te compras. Entonces le di un billete de veinte dólares, dos meses del salario medio urbano.

–¡No, por favor, no hace falta! No, no, ¡no puedo aceptarlo! –dijo confundida, dividida entre el malestar y el deseo de tenerlo.

–Acéptalo, por favor. Me sentiría muy mal si me voy sin dejarte un pequeño obsequio. Será un testimonio de nuestro encuentro. Por favor. No hablemos más de esto. Tenemos que irnos. ¿Por dónde regresamos?

–Por aquí –dijo–, señalándome una calle que cruzaba a la izquierda.

–Me siento confundida, Ariel.

–No hablemos más del asunto, por favor. Tu papá nos está esperando. Cuando llegamos a la casa de Equidad, Astral había regresado y estaba ansioso por

volver con su hija. La última imagen que conservo de ellos es una fotografía que tomé justo antes de que saliera el jeep que los llevaría de vuelta a su finca. Cosette a la izquierda, sonriente en su uniforme azul marino y celeste. Astral a la derecha, en su guayabera blanca demasiado ajustada, sus lentes en el bolsillo derecho, su gorra de punta cuadrada en la cabeza.

Desde ese instante muchas cosas pasaron en mi vida y en las suyas; los recuerdos del viaje han ido reduciéndose en mi memoria, concentrándose en las pocas imágenes que conservo, en los episodios más densos de mi experiencia. Es como si todo lo vivido antes y después de esos instantes fugitivos atrapados por la albúmina, hubiera ido evaporándose lentamente bajo el sol ardiente de los años, como si solo quedara lo que en ellos, como la humedad bajo la sombra de las piedras, encontró refugio.

Antes de irse, Astral me indicó el lugar donde vivían mis otras tías. Aurora, la hermana de mi mamá que seguía a Piquine en edad, y Ángela, a la que llamaban Pequeña, mayor que Piquine. Con ellas, en su conjunto, la experiencia no duró sino algunos minutos, media hora a lo sumo. Nunca dejó de intrigarme la curiosa circunstancia de Guantánamo, la distancia fría de mis tías y primos maternos. ¿Qué pensar, cómo interpretarlo? A veces me digo que, como en el primer encuentro con mi tía Sara, la política y el miedo a la delación jugaron un papel considerable; lo curioso es que no funcionó igual con los Jiménez. Es verdad que mis primos maternos, los Benítez, fueron conocidos al inicio por su oposición al régimen, lo que podría explicar luego el excesivo celo revolucionario. No dejo sin embargo de pensar que también debieron actuar los prejuicios de raza,

los conflictos de clase entre los Jiménez y los Benítez, que es como decir entre unos y otros, entre los que se sienten de alguna manera herederos de la metrópolis española, su prestigio histórico, su grandeza pasada, y los otros, los mestizos, los que nunca se sintieron del todo en casa. Quizás, quién sabe, un resto de rencor contra la hermana lejana, la que se fue, la que nunca escribió o suponen que nunca lo hizo. Lo cierto es que de los Benítez conservo un recuerdo esquivo y borroso. La extraña cercana lejanía de una familia sin afectos, para siempre reducida a su componente biológico, indiferente.

Desde la vivienda de Aurora, la última tía que visité, tomé un taxi al aeropuerto. Casi eran las cuatro de la tarde. No tenía más tiempo. Solo fueron dos días escasos en los que intenté suplir treinta años de distancia y de olvido. No era mucho, en verdad, pero era todo. El taxi que me llevó de regreso al aeropuerto de Guantánamo recorrió por segunda vez las largas carreteras desoladas que ya no eran exactamente las de antes. Ahora, al menos dejaban en mi memoria el eco de un mundo perdido, de un pasado que por un instante se hizo presente, arraigó para mí entre las cosas del mundo. Volví a recorrer los sitios donde imaginé ver la bahía de Guantánamo y la base americana. Pensé de nuevo en ti, Blanca, y en tu última morada, el mar de Las Antillas. Durante décadas cargué con esas imágenes en mi mente, como ese personaje de Buñuel que se paseaba con un horrible saco a cuestas. A veces, mientras intentaba dormir, veía los ojos de Piquine tras los vidrios de sus lentes, su cuerpo menudo ofreciéndome el vaso de agua. Sentía el olor de las sábanas blancas en el cuarto de Cosette y recorría con mi tío los cafetales por la tarde, mientras mis pisadas y las de Piquine hacían crujir las hojas muertas. Otras

veces era la fotografía de mi mamá en la casa de Sara y la mirada nerviosa de mi primo. La bata ligera de la señora que barría el patio llegando al Limonar y que reconoció en mi rostro los rasgos de mi padre. Las palmeras vibrando bajo el sol, el aroma del mar.

En noviembre de 1989, con la caída del Muro de Berlín, y más claramente en 1991, con la disolución de la Unión Soviética, la vida cambió para la mayoría de los países comunistas y un torbellino de esperanza –de angustias también– se apoderó de sus ciudadanos. La Revolución cubana, en cambio, que parecía anclada en el pasado como roca milenaria en la corteza terrestre, respondió a esos vientos de libertad con un control más severo de la población. Comenzaba el «Período especial» que, entre 1989 y 1993, hundió a Cuba en el peor momento de su historia. La situación, más que especial, fue tan dramática en las ciudades que sus habitantes debieron recurrir al reciclaje de la basura para vestirse y asegurar las tareas más elementales. Se recogieron las botellas y potes de plástico para fundirlos y construir con ellos, en moldes improvisados, las típicas cholas brasileñas. Se conservaron los envoltorios de los caramelos para tejer bolsos y carteras curiosamente Pop, un Pop de la miseria. Se fundió el vidrio de los tubos de neón desechados para construir lámparas, bandejas, fruteros y diversos objetos utilitarios. Se improvisaron resistencias con cables y metales sumergidos en las bañeras para calentar el agua del baño. Comer, vestirse, desplazarse, se convirtió en una obsesión nacional. Cuán importante debió ser entonces para Astral su pequeño conuco escondido en la montaña, lejos de la carretera, de la fiscalización y la codicia de los vecinos. Ese, su tesoro escondido, debió convertirse en su única ocupación, mantenido con esmero, cuidado con un celo casi animal. Y tú, Piquine, viejecillo encorvado, debiste apagarte con lentitud hasta que tus ojos, liberados ya de los gruesos vidrios burdos de tus lentes, se cerraron para siempre.

Veinte años pasaron desde ese encuentro y a veces creí olvidarlos. Pero no fue posible. No me dejaron, no me dejó la historia. Esa gran diosa eterna y generosa de «La Revolución» miró hacia Venezuela y encontró en ella un terreno fértil para sus sueños –siempre postergados– de libertad y justicia. Hoy, como ayer en Cuba, otras multitudes levantan banderas, otras bocas gritan consignas parecidas y esperan, esperan, esperan. Yo todavía escucho el eco aletargado de tu voz, Astral, preguntándote, preguntándonos: ¿cuántos años más hacen falta?

Este libro se terminó de imprimir en 2021, en Malaga, España.

Con la colección CIUDAD VIVIDA, hemos querido abrir un espacio para la multiplicidad de textos que, sin ser necesariamente producto de una actividad literaria regular, le dan forma concreta a la memoria de los ciudadanos en las urbes complejas del presente. El objetivo es publicar relatos autobiográficos de la más variada naturaleza y en torno a los más diversos temas, con una constante sin embargo: que en ellos la imagen fotográfica juegue un rol fundamental –si no central– en la configuración de su contenido y su estructura interna. Por autobiográfico entendemos no exclusivamente aquellos relatos donde un autor nos cuenta su vida, sino también cómo se han vivido, desde una experiencia personal, determinados acontecimientos históricos (políticos o no), ciertas configuraciones urbanas o arquitectónicas; cómo, en fin, se vive en y desde la urbe.

Ariel Jiménez *es historiador y curador de arte moderno y contemporáneo. Estudió Historia del arte y arqueología en la Universidad de la Sorbona, París (DEA 1983). Ha sido curador de numerosas exposiciones en instituciones públicas y privadas de Venezuela, América Latina y Estados Unidos. Actualmente trabaja como curador independiente.*

Colección **CIUDAD VIVIDA**

ARCHIVO FOTOGRAFÍA URBANA

ISBN 978-84-122665-4-2